



AGOSTO
1932

DESPLEGADO



CURSOS y CONFERENCIAS

- SUMARIO:**
- Félix AGUILAR — LA DETERMINACIÓN DE LA INTENSIDAD DE LA GRAVEDAD Y LA FORMA DE LA TIERRA EN NUESTRO PAÍS: I. *Antecedentes relacionados con la determinación de la forma y dimensiones de la tierra.*
 - Augusto BUNGE — LA REVOLUCIÓN RUSA: IV. *En las vísperas del segundo plan.*
 - José GONZALEZ GALE — EL PROBLEMA DE LA POBLACIÓN: IX. *La población del mundo a través del tiempo.*
 - Luis REISSIG — ANATOLE FRANCE: I. *"Abeille".*
 - Angel VASSALLO — NUEVOS PROLEGÓMENOS A LA METAFÍSICA: I. *La metafísica en Kant.*
 - Raúl A. ORGAZ — INTRODUCCIÓN A LA SOCIOLOGÍA: III. *El problema de las relaciones.*
 - Aníbal PONCE — PSICOLOGÍA DEL ASOMBRO.

AÑO II
NUM. 2

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar
Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores

SECRETARIA: BELGRANO 1732

DESPLEGADO

BUENOS AIRES

ESPASA-CALPE. S.A.

• tiene en venta las siguientes obras:

Biblioteca Carlos Marx

En esta gran biblioteca, dirigida por el profesor W. Roces, se publican las obras maestras del socialismo universal. Han aparecido ya los siguientes volúmenes.

LISSAGARAY — Historia de la Commune de París	\$ 12.50
FRANZ MEHERING — Carlos Marx (historia de su vida)	„ 15.—
MARX y ENGELS — El manifiesto comunista ..	„ 12.50
F. ENGELSS — Anti - During	„ 11.50
V. I. LENIN — La revolución de 1917 (dos tomos)	12.50

Historia de la Revolución Rusa

Por LEON TROTSKY

Es, sin duda, la mejor historia de las transformaciones políticas por que ha pasado Rusia, y ha sido dividida en dos tomos correspondientes a "La Revolución de Febrero", \$ 8.—, y "La revolución de Octubre", \$ 9.—.

OTRAS OBRAS -sobre CUESTIONES SOCIALES

CHAPOVALOV — Cómo me hice marxista	\$ 3.—
PUMARIEGA — Del capitalismo al socialismo	„ 2.50
GABRIEL MORON — La ruta del socialismo en España	„ 3.—
POLONSKI — La literatura rusa de la época revolucionaria	„ 4.—
SAMUEL V. HARPER — Escuela de bolcheviques	„ 3.—
MOLOTOV — El segundo plan quinquenal de los Soviets	„ 1.50
ZUGAZAGOITIA — Rusia al día	„ 4.—

De venta en:

ESPASA-CALPE S.A.

MONTEVIDEO 22

BUENOS AIRES

y en todas las principales librerías.



La determinación de la intensidad de la gravedad y la forma de la tierra en nuestro país

Por FELIX AGUILAR

I

ANTECEDENTES RELACIONADOS CON LA DETERMINACION DE LA FORMA Y DIMENSIONES DE LA TIERRA.

Me propongo mostrar las ventajas que para la determinación de la forma de la tierra ofrece en general el método dinámico en frente de los clásicos procedimientos geométricos.

También he de referirme a las circunstancias especialmente favorables que ofrece nuestro territorio para investigaciones científicas de esa naturaleza.

Sucesivas hipótesis sobre la forma de la tierra

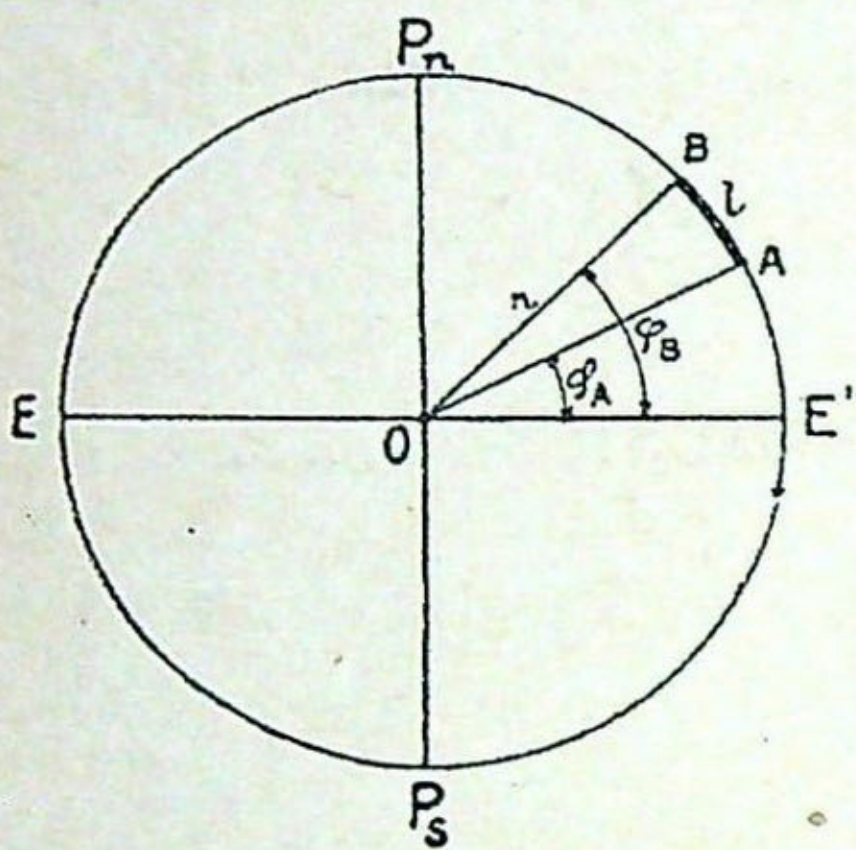
El problema capital de la geodesia, la determinación de la forma y dimensiones de la tierra, ha sido abordado por métodos geométricos de acuerdo a sucesivas hipótesis sobre la forma de la superficie matemática de nuestro planeta.

Hipótesis esférica. Sin detenernos a considerar hipótesis

que actualmente sólo tienen un valor histórico, empezaremos por suponer esférica a la superficie de la tierra.

Al referirnos a la superficie matemática de la tierra hacemos, naturalmente, abstracción de las irregularidades continentales y de las del fondo marino, irregularidades que si bien impresionan como accidentes locales, pierden importancia cuando se las refiere al radio terrestre como unidad de longitud.

La verificación experimental de la hipótesis esférica es muy sencilla.



Sea $P_n E' P_s E$ un meridiano, $E E'$ el ecuador, A y B extremos del arco l y r el radio de la tierra.

El parámetro r basta en este caso para determinar las dimensiones de la superficie terrestre.

Mediante ciertas operaciones geodésicas y astronómicas se determina el largo del arco l y las latitudes geográficas en los extremos del mismo.

Con estos datos obtenemos:

$$r = \frac{l}{\Delta \varphi}, \text{ donde } \Delta \varphi = \varphi_B - \varphi_A$$

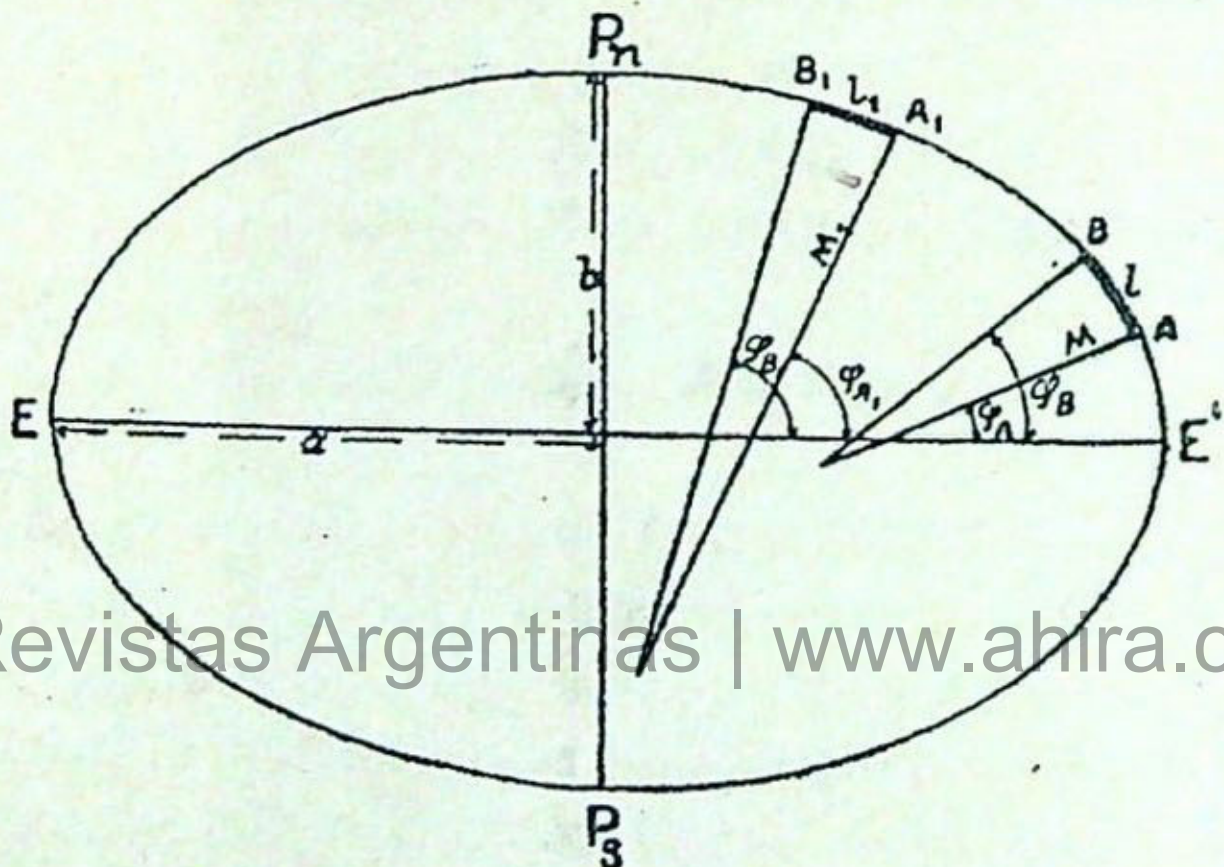
Hipótesis elipsóidica. Si suponemos que la superficie matemática de la tierra es un elipsoide de rotación, se necesitan dos parámetros para determinar sus dimensiones.

Sea P_n el polo norte y $P_n E'$ una elipse meridiana, a el semi-eje mayor, b el semi-eje menor.

Las dimensiones del elipsoide de rotación quedan determinadas por a y b o por el aplastamiento

$$\alpha = \frac{a - b}{a}$$

y uno cualquiera de los semi-ejes.



Las longitudes de los arcos l y l_1 y las latitudes geográficas en los extremos de los mismos son deducidas de mediciones geodésicas y astronómicas.

Por otra parte, como es

$$l = \int_A^B M d\varphi = a(1-e^2) \int_A^B \frac{d\varphi}{(1-e^2 \operatorname{sen}^2 \varphi)^{3/2}}$$

$$\text{y } l_1 = \int_{A_1}^{B_1} M_1 d\varphi = a(1-e^2) \int_{A_1}^{B_1} \frac{d\varphi}{(1-e^2 \operatorname{sen}^2 \varphi)^{3/2}} \quad (2)$$

donde M y M_1 expresan, respectivamente, los radios de curvatura, esos arcos resultan expresados en función de los dos parámetros a determinar y de las latitudes geográficas medidas en A , B , A_1 y B_1 .

Las (2) bastan para determinar a y b .

La hipótesis elipsóidica que es suficiente en todas las aplicaciones prácticas de la geodesia superior, no representa, sin embargo, la verdadera forma matemática de la tierra. Las observaciones modernas han puesto claramente en evidencia diferencias sistemáticas entre ambas superficies y han mostrado la necesidad de una hipótesis más rigurosa.

Así ha derivado el problema geodésico hacia la determinación del potencial que incluye el de atracción newtoniana y el de la fuerza centrífuga.

Entre las superficies de nivel del potencial de la gravedad, desempeña un rol preponderante la que corresponde a la superficie libre de los mares, supuesta en equilibrio relativo.

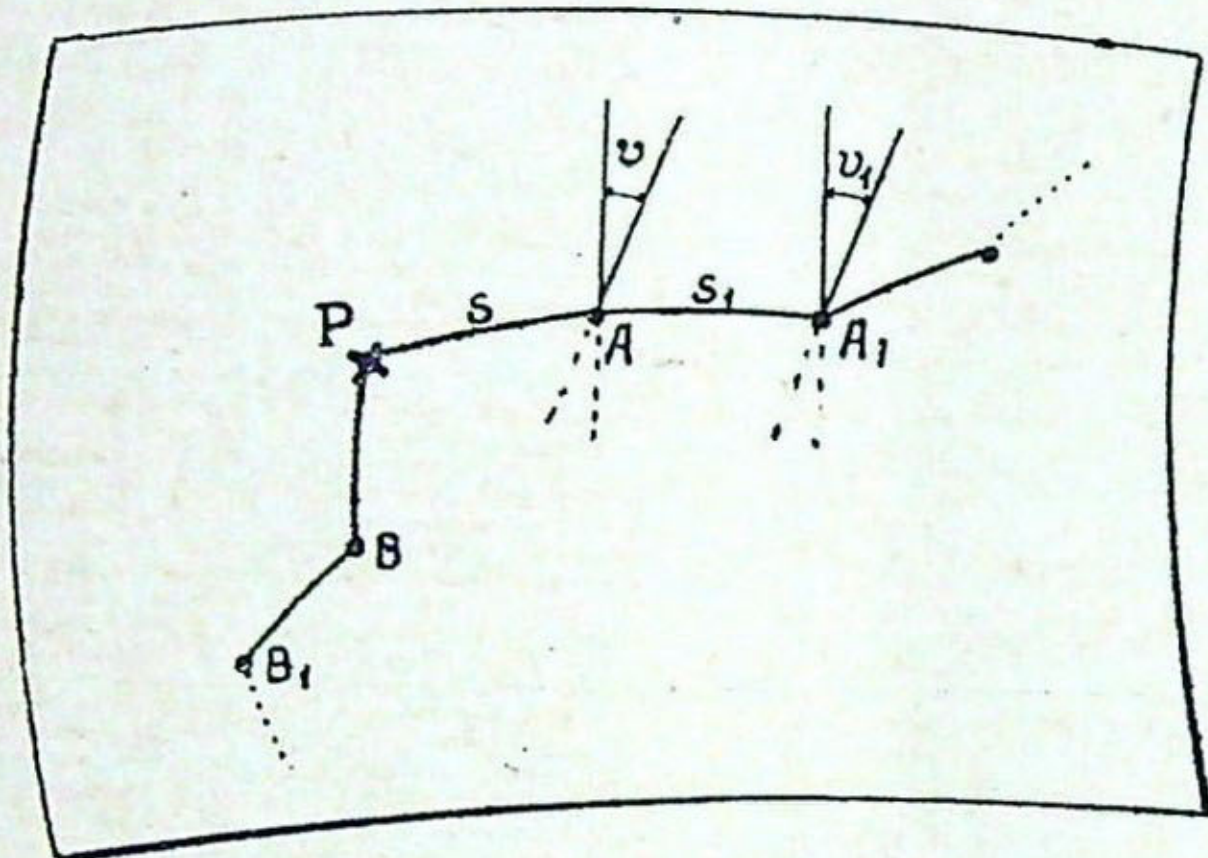
La investigación de esta superficie equipotencial se reduce a determinar las pequeñas desviaciones entre un elipsoide de rotación adoptado para proyectar sobre él las operaciones geodésicas y *el geoide*, que así se llama esa superficie de nivel.

La circunstancia que los apartamientos entre ambas superficies son pequeños, facilita considerablemente este estudio, que consiste esencialmente en comparar las verticales con las normales al elipsoide de rotación en un gran número de puntos.

Es decir que si a partir de un punto P , en que geoide y elipsoide son tangentes, calculamos en A , A_1 , A_2 . . . ; las nor-

males elipsólicas y las comparamos con las verticales en los mismos puntos, los ángulos ν , ν_1 . . . , juntamente con las distancias s , s_1 . . . , nos darán los apartamientos entre las dos superficies.

Combinando con operaciones geodésicas determinaciones astronómicas de latitud, se obtiene la componente meridiana de la desviación de la vertical. Mediante determinaciones astronómicas de acimut o longitud se deduce la proyección de la desviación sobre el primer vertical.



El conjunto de todas estas operaciones permite la investigación del geoide en una dada región de la superficie terrestre.

Para llegar a conocer las desviaciones de la vertical y poder determinar así el geoide por puntos, es necesario ejecutar en el terreno

no difíciles y costosas operaciones geodésicas y astronómicas y laboriosos cálculos en el gabinete.

En frente de estos complejos procedimientos geométricos para la determinación de la forma y dimensiones de la tierra, aparece el método dinámico, basado en la medición de la intensidad de la gravedad.

Por una parte las hipótesis más plausibles sobre el origen de nuestro planeta, que estaría constituido al principio por una masa gaseosa en rotación y que sería conformado a lo largo de un lento proceso de enfriamiento y condensación bajo la influencia de la atracción newtoniana, y por otra, los resultados de las operaciones geodésicas y gravimétricas, indicaron la posibilidad de determinar la forma de la tierra con sólo mediciones de la intensidad de la gravedad.

Este asunto fué planteado en sus verdaderos términos por Clairaut y resuelto magistralmente en su obra célebre "La forma de la tierra".

El teorema que lleva su nombre expresa la solución en estos sencillos términos:

$$\alpha + \beta = \frac{5}{2} \gamma \quad (3)$$

donde α designa el aplanamiento del esferoide terrestre, β el aumento de la intensidad de la gravedad del ecuador al polo, referido a la gravedad en el ecuador y γ , la fuerza centrífuga en el ecuador, referida a la gravedad en el ecuador.

La determinación del aplanamiento terrestre se reduce entonces prácticamente a obtener los constantes g_e y β de la fórmula interpolatoria

$$g = g_e (1 + \beta \operatorname{sen}^2 \varphi) \quad (4)$$

donde g designa el valor de la intensidad de la gravedad al nivel del mar en un punto de latitud φ , g_e representa la misma magnitud en el ecuador y β tiene el significado de antes.

Mediante determinaciones de la intensidad de la gravedad en puntos situados en distintos paralelos terrestres, cuyas latitudes geográficas y alturas sobre el nivel del mar sean conocidos con la necesaria exactitud, se pueden deducir los valores más plausibles de las mencionadas constantes y calcular el aplanamiento mediante la (3), donde se supone conocida la fuerza centrífuga en el ecuador.

En esta solución elegante y económica del problema geodésico han colaborado principalmente Newton, Huygens y Clairaut y ha sido perfeccionada y ampliada posteriormente por Stokes y Helmert.

Newton. En su obra monumental: "Los principios matemáticos de la filosofía natural" aparecida en 1687, Newton plantea las bases del asunto que nos ocupa. En las proposiciones 70 a 84 de la sección XII investiga varios problemas de atracción.

En primer lugar estudia *la atracción* de una capa esférica infinitamente delgada sobre un punto interior.

Demuestra que es nula la atracción total de la capa sobre ese punto. Como un ejemplo de sencillez me permito reproducir la demostración de Newton.

Supongamos un cono de abertura infinitamente pequeña y vértice en el punto interior considerado. Las áreas interceptadas por el cono sobre la capa esférica son respectivamente

proporcionales a los cuadrados de las distancias al vértice. Es decir que las atracciones son iguales y de sentido contrario.

En su proposición 71 Newton demuestra que la atracción de una capa esférica infinitamente delgada sobre un punto exterior es igual a la que ejercería sobre el mismo punto toda la materia de la capa concentrada en el centro de la esfera.

Este último resultado fué extendido por Newton al caso en que la capa infinitésima estuviera limitada por superficies elipsóidicas de rotación semejantes y semejantemente colocadas.

Las dos primeras proposiciones constituyen toda una teoría de la atracción de una esfera cuya densidad varía con la distancia al centro.

Las investigaciones de Newton sobre *la figura de la tierra* están contenidas en las proposiciones XVIII, XIX y XX del tercer libro de los Principios.

Empieza Newton por sentar que los planetas no son perfectamente esféricos y en la proposición XIX determina la relación de los ejes. Encuentra que la relación entre la fuerza centrífuga en el ecuador y la atracción es allí 1:289.

Trabaja con el principio que inventado por él supone iguales los pesos de dos columnas rectilíneas que del polo y del ecuador convergen al centro de la tierra.

Newton postula que un elipsoide de rotación achatado es una forma posible de equilibrio relativo y calcula la relación de los ejes. Aunque menos exactos que sus trabajos sobre la atracción, sus estudios relativos a la forma de la tierra y sobre todo su principio de las columnas fluídas, constituyen contribuciones dignas de su genio.

Es sorprendente su adivinación de que la densidad media de la tierra debía estar comprendida entre 5 y 6 veces la del agua (Prop. X, Libro III).

Huygens. Los trabajos de Huygens, relacionados con el problema geodésico que estudiamos, están contenidos en su obra "Traité de la Lumière" publicado en Leyden en 1690. En particular nos interesa su "Discours de la cause de la Pesanteur".

Huygens parte del hecho constatado por Richer de que el péndulo de un segundo es más corto en Cayena que en París.

En posesión de este dato precioso él atribuye al efecto de la rotación de la tierra la disminución de la intensidad de la

gravedad y supone que sobre todos los puntos de la superficie terrestre actúa una fuerza constante, dirigida hacia el centro de la Tierra, y la fuerza centrífuga.

Sus investigaciones lo conducen a una relación numérica entre estas fuerzas, igual a la encontrada por Newton.

El aporte más valioso de Huygens al problema de la forma de la tierra es su célebre principio: "*En todo punto de la superficie libre de un fluido en equilibrio, la resultante de las fuerzas es normal a la superficie*".

Es necesario recordar que Huygens no aceptó la atracción newtoniana y que a este respecto sus investigaciones de la forma de equilibrio de una masa fluída en rotación reposan sobre la adopción de una fuerza central.

BIBLIOGRAFIA

Newton, Philosophiæ Naturalis Principia Mathematica
S. Pepys, Londini, 1686.

Clairaut, Théorie de la Figure de la Terre.
Seconde Edition — Courcier, Paris, 1808.

Todhunter, A History of the Mathematical Theories of Attraction and the figure of the Earth.
Macmillan and Co., London, 1873

LA REVOLUCION RUSA

Por AUGUSTO BUNGE

IV

EN LAS VISPERAS DEL SEGUNDO PLAN

1. — *Una nueva revolución*

Las cifras de conjunto presentadas en la exposición anterior habrán dado una idea de la inmensidad de la obra que se está desarrollando para la reconstrucción industrial de la Unión Soviética, definida por sus dirigentes como "edificación del socialismo".

Sobre el alcance histórico de la empresa bolchevique, dice Maurice Dobb: "...un experimento social que ha suscitado más entusiasmo en algunos y más diatribas en otros que ningún acontecimiento desde la toma de la Bastilla. La importancia que los acontecimientos de 1789 tuvieron para el teórico político es hoy igualada para el economista por los acontecimientos de 1917, y el siglo XX puede recibir de ellos una influencia tan profunda como la que sacudió por virtud de aquéllos a la Europa del siglo XIX. . . . La historia, tal vez como el genio, es raras veces apreciada por su generación. El complejo de los acontecimientos está demasiado cercano. . . .

La tergiversación periodística y los informes tendenciosos... oscurecen la visión y exaltan el ánimo. Formular un juicio sobre historia contemporánea se hace una tarea tan osada como la de hacer de profeta en la propia aldea. Sin embargo, tal osadía es necesaria. Si en el futuro hemos de hacer algo más que danzar como títeres de las fuerzas históricas, la historia contemporánea y el modo cómo se hace debe ser conocido y comprendido. En el pasado la humanidad ha bailado su danza macabra, sin preverla y sin quererla, incapaz de aprender la lección de los acontecimientos o aprendiéndola demasiado tarde...” (Prefacio de su obra).

Hay que tener presente que el libro de Dobb ha sido escrito antes de iniciarse el plan quinquenal.

El plan quinquenal significa un esfuerzo de ahorro sin precedentes por sus enormes proporciones, y un grave sacrificio deliberado, desde que un menor esfuerzo en tal sentido habría hecho posible un ascenso en el nivel de vida más inmediato que el muy discutible conseguido desde 1928. Sintetizan lo que ésto significa algunos párrafos que traduciré directamente del inglés, de un corresponsal de “The Economist”, la revista económica más conocida y marcadamente conservadora. Los leo del “Russian Supplement”, que publicó en noviembre de 1930. La fecha es vieja en un proceso tan rápido como el actual de Rusia, pero al lado de la mayor parte de lo que circula entre nosotros sobre la Unión Soviética, resultará actual para los que no hayan seguido de cerca, en libros de fondo, los aspectos psicológicos y sociales.

“Cuanto más de cerca se sigue lo que está ocurriendo en Rusia hoy en día, más claramente se percibe el excepcional carácter de los acontecimientos que se están sucediendo allá; acontecimientos que constituyen una tentativa de llevar a cabo una revolución industrial. Los signos externos y visibles de esa revolución, pueden ser percibidos por todos lados; impregnan la vida rusa en el sentido económico, político y social. La magnitud y la profundidad del cambio en que la industria, la agricultura y las relaciones sociales y culturales están envueltas como una consecuencia de la ejecución del plan quinquenal, son tales, que la revolución de octubre mismo parece, en comparación, tan sólo un episodio dramático”.

Este corresponsal visitó primero Rusia en el año 1929..

Compara lo visto entonces con la situación encontrada en su segunda visita. "Cuando en el verano de 1929, entré primero en contacto con la nueva situación, no estaba realmente seguro de si me movía en una atmósfera de revolución o de guerra: la atmósfera parecía contener elementos de ambas. Mis impresiones cuando volví a visitar a Rusia este verano, fueron esencialmente las mismas, sólo intensificadas. Las perspectivas eran más severas y adustas, las privaciones del pueblo más acentuadas, las tareas parecían más formidables; pero mientras era evidente un cierto "cansancio de guerra" en muchos sitios, el entusiasmo en muchos otros aparecía indoblegable. La propaganda, sin embargo, se había hecho más intensa, más insistente, y el empuje (traduzco así un término insustituible y muy expresivo del inglés: *drive*) más amargo y desconsiderado. El país parecía aún a mitad de camino entre la revolución y la guerra. Pero todo el espíritu de los tiempos difería, tanto del de guerra como de un estado de revolución. El rasgo significativo de la situación era que se hacía una tentativa para actuar sobre la psicología de las masas para llevar a su realización el vasto plan económico. La presente fase de la revolución es notable por su dramática instantaneidad (*suddenness*) y su gigantesco empuje; pero puede pasar a la historia como *una audaz tentativa de cambiar no sólo los derechos de propiedad y las relaciones entre las clases, sino hasta la naturaleza humana*. Porque, en verdad, la revolución industrial que se está llevando a cabo no puede conseguir ni siquiera el más moderado éxito, a no ser que consiga cambiar fundamentalmente el espíritu y la capacidad productiva del trabajo".

Coinciden en ésto, y casi en los mismos términos, todos los autores que he leído, sea cual fuere su nacionalidad y su tendencia política, como Philippe Soupault, Max Hoddan, Hans Siemen, Klaus Mehner, Arthur Rundt, etc. Descarto, desde luego, a los que han escrito sin visitar a Rusia ni estudiar a fondo su bibliografía, con un propósito exclusivamente negativo.

El factor psicológico es forzosamente indispensable. No se puede obtener de un pueblo un inmenso esfuerzo ni transformar en obreros de la técnica más avanzada a millones de campesinos hasta ayer analfabetos y acostumbrados a formas de trabajo medioevales, y de la consiguiente lentitud, si

ese pueblo en masa no está resuelto a llevarlo a cabo, impulsado heroicamente por una convicción, un entusiasmo abnegado, o un fanatismo, si así se quiere llamarlo, según el punto de vista.

2. — *La rectificación de la geografía económica*

Lo que caracteriza a la revolución industrial del plan quinquenal, aparte de la enorme intensificación de la producción y la transformación espiritual que la condiciona, es *la rectificación integral de la geografía económica del continente soviético*.

Si se compara la extensión a la que todavía no ha llegado la obra del plan quinquenal, se verá que es más de un tercio de la extensión total porque no llega más allá del río Jenissei. Pero el plan quinquenal se va encaminando hacia el Este, a pasos agigantados, conquistando la parte asiática, y en ella es precisamente donde está realizando una transformación más profunda y de mayor trascendencia histórica.

La base industrial zarista. — La estructura económica de la Rusia zarista era determinada por la mayor o menor densidad de la población agraria. Había sucedido en ella, paralelamente al fenómeno de la acumulación primitiva del capital en la forma definida por Marx, un fenómeno análogo al que se había producido durante la conquista española en la América Hispánica. La conquista española se dedicó especialmente a las regiones en que era más densa y relativamente civilizada la población indígena, y, por consiguiente, podía ser mejor explotada en el trabajo de las minas o como siervos en los cultivos de mayor rendimiento. A causa de ello los poderosos imperios de la conquista española se establecieron en Méjico y en el Perú. Sobre todo el más rico era el de Perú, que es ahora una de las zonas más pobres de Sud América. La conquista iba en busca de carne indígena expoliable. De igual modo, el capitalismo industrial ruso iba en busca de carne de *muyik*, del campesino sometido a servidumbre, manso y aguantador.

Ya en tiempos de Pedro el Grande se estableció, como complemento de la servidumbre agraria, el derecho de los empresarios industriales de obligar a los campesinos a traba-

jar como siervos en las fábricas, lo mismo que en el campo. Y ese régimen feudal ha subsistido hasta ya bastante avanzada la segunda mitad del siglo XIX. Aun después que la servidumbre en los campos fué derogada formalmente, el régimen de hecho en la industria era todavía el de servidumbre.

Era lógico, entonces, que los grandes focos industriales fueran Leningrado, la creación artificial de Pedro el Grande; Moscú, centro de una región donde, además, había una larga tradición de industria textil doméstica, por lo cual era más fácil obtener allí obreros relativamente más capacitados para la industria textil. También hallaban a su disposición numerosa servidumbre campesina las minas de hulla de la cuenca del Donetz, cerca de las orillas del mar Negro. Lejos de esas minas y de los yacimientos de hierro se desarrollaba la gran industria en los contornos de Leningrado y Moscú.

Ocurría así la paradoja de que, dada la gran distancia de la cuenca del Donetz y de los yacimientos de hierro a Leningrado, (distancia de más de dos mil kilómetros) resultaba más barato para la industria de Leningrado quemar hulla inglesa o alemana y utilizar, para las maquinarias que fabricaba allí mismo, hierro y acero inglés, francés o alemán. Nada de extraño pues, que permaneciera en estado incipiente la explotación de las minas de hierro y de los yacimientos de hulla y de nafta. Por esa misma razón, no pudo tener mayor interés la gran industria capitalista de la época del zarismo en buscar los posibles yacimientos más ricos de hulla y hierro que hubiera en otras partes, como tampoco los de metales de color.

Emigración de la industria hacia las fuentes energéticas y de materias primas. — La exploración de las riquezas que pudiera servir de base a una organización de la industria y de la geografía económica adecuada a los recursos naturales empezó con los bolcheviques en el año 1919, fundándose institutos científicos que tenían ese objeto. En plena guerra civil, ocupada la cuenca del Donetz, la única zona productora de hulla y acero, comprendieron que tenían que emprender una obra de más vasto alcance para no correr nuevamente el riesgo de una muerte en masa de la población por falta de com-

bustible, y de total paralización de las industrias básicas por falta de hierro.

Se hicieron gradualmente descubrimientos de gran trascendencia. La inmensa cuenca carbonífera del Kusnetz que probablemente se extiende hasta el círculo polar, desde el centro de Siberia, del Ural al río Yenissei, fué hasta hace un año valuada en 400 mil millones de toneladas. Pero luego, si no está mal informado un autor clerical (A. W. Just), que ha publicado un libro sobre un minucioso viaje realizado el año pasado del Volga a Siberia, en la actualidad se calcula un billón de toneladas: un billón, no a la norteamericana, sino con doce ceros. Es la cuenca carbonífera más rica del viejo continente, y posiblemente del mundo. Es también la mejor hulla del mundo: ocho mil calorías, y carente de azufre y materias irritantes, de manera que casi podría quemarse directamente en los altos hornos.

Para dar una idea de la importancia de los yacimientos, citaré estos ejemplos: Hay minas de hulla en Europa, de las que se explotan como buenas vetas de medio metro de espesor; los mineros tienen que andar en cuatro pies a grandes profundidades, en una atmósfera ecuatorial. En el mismo Donetz, se explotan vetas que tienen menos de un metro, a más de quinientos metros de profundidad, y se considera una gran veta la que llega a tener dos de espesor. En el Kusnetz, en cambio, hay vetas de treinta metros de espesor, a profundidades hasta de menos de veinte metros. Ello ha creado un formidable problema técnico: no hay maquinarias adecuadas a semejante inmensidad de hulla. La parte explotada es accesible por verdaderas avenidas levemente inclinadas y catedrales subterráneas. La producción es tan abundante que se necesita idear maquinarias adecuadas a tamaño exceso.

El año pasado parece que se han producido más de tres millones de toneladas en esta explotación realmente nueva, que se inició hace tres años con un motorcito traído de un teatro de Leningrad. Se proponen llegar a producir en el próximo quinquenio más de veinte millones de toneladas, según unos; pero esperan otros — porque todavía no está decidido en sus detalles el nuevo plan quinquenal —, llegar a 200 millones de toneladas, es decir, la producción total de Francia, por año. El citado Just, a pesar de su inclinación malévola,

considera seguro que en poco tiempo se llegará a tan enorme producción.

En cuanto al hierro, se sabía ya en tiempos del zarismo que debía haber grandes yacimientos en una zona del Ural central, por las desviaciones que se producían en la aguja magnética. Se había establecido una pequeña usina donde afloraba el mineral en una montaña de hierro magnético. Una de ellas empieza a ser demolida literalmente, para alimentar una inmensa usina metalúrgica —la más grande de Europa— con ocho altos hornos y los anexos correspondientes. Es la usina de Magnitostroi, en las orillas del río Ural, un río de menor importancia. Las obras fueron empezadas en 1929. No estaban comprendidas en el plan quinquenal. Posiblemente alguna razón de orden político haya incitado a acelerar el trabajo: el temor a una invasión imperialista, de Francia e Inglaterra, cuando sobrevino el conflicto con China, que hizo considerar posible que el Japón interviniera del lado oriental. Es evidente la ventaja estratégica de una inmensa explotación carbonífera y metalúrgica inalcanzable por cualquier invasor, sea del Oriente o del Occidente. Porque la cuenca del Kusnetz está a cinco mil kilómetros del Pacífico y Magnitostroi a tres mil kilómetros de la frontera de Polonia, que sería el sitio de ataque, según el plan conocido ideado por el general Janin, quien ha estado dirigiendo el estado mayor polaco para unificarlo con el rumano, hasta que lo ha llamado el gobierno de Herriot.

El centro de gravedad de la industria del hierro y el acero tiende así a transportarse hacia la parte propiamente central de la Rusia habitada.

En plena estepa se han levantado en dos años y medio las inmensas usinas que han entrado en explotación a principios de este año. Dos de sus altos hornos están ya en funcionamiento; los otros seis se calcula que estarán terminados y en plena explotación a fines de este año. En torno de esa usina surgen necesariamente otras; las usinas químicas para utilizar los subproductos de la hulla y de la fundición, los vapores y los gases de los altos hornos, en la fabricación de ácido sulfúrico, amoníaco, etc. Forzosamente se necesita también crear, en las proximidades, usinas de maquinarias.

Entre Magnitostroi y el Kusnetz, el trayecto de 2.000 y.

pico de kilómetros habría hecho costosísima la explotación del hierro de la zona del Ural si se hubiera limitado el acarreo ferroviario al de hulla hacia ella. Se pensó entonces en un *Kombinat* —como lo llaman en ruso— un sistema de circulación pendular: los vagones que llevan hulla del Kusnetz a Magnitostroi llevarían de retorno mineral de hierro, creándose otra gran usina metalúrgica en el mismo Kusnetz. Y ese mineral de hierro sirve para fabricar tractores y otras máquinas necesarias para la región oriental, no sólo de la Unión Soviética, sino de todo el centro de Asia. El sistema de *Kombinat* pendular empieza recién a funcionar en forma incipiente, pues la gran usina de Kusnetzktroi ha iniciado su producción.

Hay técnicos —lo hice notar en la primera conferencia— que creen que se ha incurrido en un error, que se necesitarían vías férreas de tal capacidad que no serían posibles sin enterrar en ellas un inmenso capital. Pero mientras se realizan los trabajos se han descubierto en el Kasakstán, en la estepa de los "Kirguises", situada entre el mar Caspio y el lago Aral y hacia el sur, hasta el Uzbekistán, ricos yacimientos de hulla de dos calidades: una que tiene 40 por ciento de elementos líquidos, de la que se puede extraer bencina, equivalente a la nafta; y otra que parece de calidad tan buena como la del Kusnetz. De manera que podría organizarse un movimiento triangular con la nueva región industrial que ya empieza a diseñarse en la "estepa del hambre" de la época zarista.

Al norte de Magnitostroi hay centros industriales ya en pleno desarrollo. En Magnitostroi mismo, el citado y nada benévolo visitante ha encontrado 100 mil habitantes en el Otoño de 1931, donde no había más que unos cuantos caballos semisalvajes tres años antes. En la construcción de la ciudad y usinas de Kusnetkstroi hay ya cuarenta mil obreros con sus familias. Sverdlovsk, la vieja Ekaterinenburg, donde fueron asesinados el zar y su familia contra las órdenes expresas del gobierno central, ha sido prácticamente reconstruída. Es hoy una gran ciudad de 300 mil habitantes, y uno de los grandes centros de industria química, textil y otras. Hace cinco años Just la conoció una gran aldea sórdida de 35.000 habitantes. Parece que hay el plan de hacer de Sverdlovsk, por

su situación geográfica, la capital de la República Federal Rusa, dejando a Moscú como capital de la Unión.

La Pensilvania europea. — En esa forma se está creando en el corazón de Rusia, inclinándose hacia su parte asiática, lo que podría llamarse la *Pensilvania europea*. Por sus fuentes naturales de riqueza, esa región está destinada a tener mucho mayor desarrollo que las regiones carboníferas y metalúrgicas de Francia, Alemania e Inglaterra. Solamente va a ser comparable con la región equivalente de Pensilvania. Con la desventaja, es verdad, del flete terrestre, en lugar del flete marítimo que ésta tiene para los yacimientos minerales de los lagos superiores, pero con la compensación de mayor riqueza y variedad de yacimientos.

Otro *Kombinat* está formándose sobre la base del inmenso dique del Dnieper, ya famoso, por lo que me parece inútil describirlo.

Ese dique, que permite obtener más de 3 mil millones de kilovatios hora, es decir, una fuerza de tres millones de caballos, es forzosamente el centro de desarrollo de industrias enteramente nuevas, porque está en plena estepa cosaca. Está combinado con las minas de hulla del Donetz, a las que proveerá de electricidad en la época de las inundaciones, en la época en que a las minas no les dan abasto sus propias fuentes de corriente eléctrica. A su vez, en las épocas de la disminución del estiaje del río, las usinas en torno del dique serán provistas de hulla por las minas del Donetz que están a menos de 500 kilómetros de distancia. La fuerza motriz del Dnieprostroi será aprovechada por toda la región industrial, en un radio de 300 a 400 kilómetros.

Los contornos de la estación hidroeléctrica del Dniepr son una inmensa empresa de construcciones, de fábricas y barrios. Están instaladas ya varias usinas de la industria metalúrgica y derivados de la misma; desde luego, industrias químicas, que todavía en Rusia son incipientes. La industria química, complemento necesario de la metalurgia, es la que requiere más aptitudes técnicas y más esfuerzos. En su discurso sobre los resultados del primer plan quinquenal en el año 1931 dijo Ordyonikidse, presidente del consejo económico nacional, que, en ese sentido "cojean de los dos pies."

En cuanto a la metalurgia, está también técnicamente atra-

sada a pesar de las magníficas instalaciones, debido a lo improvisado de gran parte de los obreros directamente venidos del campo. Tanto Ordyanikidse en ese discurso, que es interesante por su franqueza, y porque sus datos coinciden con los recogidos por los visitantes de buena fe, como Stalin, en otro discurso, han hecho notar que hay más de un 50 por ciento de desperdicio en las fundiciones de hierro y acero; mientras que ese desperdicio es de 25 por ciento en Alemania, y en Estados Unidos ha llegado a ser sólo del 15 por ciento. Cito ese ejemplo para demostrar que se está trabajando en Rusia a un costo exagerado, relativamente a los países de técnica más antigua y, por lo tanto, con una masa obrera más capacitada. Pero se está trabajando en medida gigantesca, y progresando día tras día.

Las ciudades nuevas. — Entre los dos *Kombinat* del Dniepr y del Ural al Kusnetz (su nombre oficial es Ural-Kusnetz-Kombinat, U. K. K.), hay una serie de centros industriales combinados. Ante todo, la nueva ciudad industrial de Stalingrad, actualmente con 100 mil habitantes, con su gran fábrica. Stalingrad es en realidad un conjunto de cinco ciudades, a lo largo del Volga, cada una en torno de una gran usina. Porque en el moderno concepto de planeamiento urbano que lógicamente los Soviets deben y se proponen aplicar, no es necesario crear esos conglomerados compactos, amorfos, caóticos, de las ciudades del siglo XIX, desiertos de argamasa, cemento y asfalto. Es necesario algo orgánico. Tratan de limitar la población de cada ciudad, y ello es posible desde el momento que está planeada su función. Lo que ha determinado la formación de las ciudades monstruos en la última mitad del siglo XIX y en los comienzos del actual, ha sido la anarquía de la distribución de mercancías, de materias primas y de hombres. La gente se ha ido aglomerando un poco al azar, engrosándose las ciudades por un proceso de crecimiento ilimitado que podría compararse al de los neoplasmas, hasta por su carácter tentacular, y ésto, con desventajas para la propia población, a la que imponen un desperdicio enorme de tiempo y de energía, haciendo luego necesario enterrar inmensos capitales en la construcción de subterráneos que compensen la falta de superficie destinada a la circulación, sin cesar creciente y absolutamente desordenada.

Las ciudades, desde el punto de vista del moderno pla-

neamiento urbano, cuando son solo residenciales, no deben tener más de 60 mil habitantes. Cuando se trata de grandes centros industriales, no es posible limitar tanto el número, pero el ideal es no pasar de los 100 mil habitantes. La gran fábrica central única — que es más económica que varias — debe ser aislada por una cintura arbolada.

En torno, los barrios residenciales, también con jardines, y ninguna casa con patios cerrados, para que en todas las habitaciones haya luz, buen aire y silencio. Cada una de estas ciudades en torno de una fábrica unida a la ciudad administrativa, centro cívico a su vez del conjunto. Es lo que se proponen hacer en Stalingrado. Esta obra se encuentra todavía en su mayor parte en proyecto; no es exacto que esté ya levantada en Stalingrado una gran ciudad o conjunto de ciudades modernas. Está en los planos. La mayoría de los obreros no tienen aún habitaciones definitivas, porque se ha concentrado el esfuerzo de capitalización en la construcción de usinas y maquinarias, antes que en la construcción de viviendas. Pero, asimismo, lo construido de éstas es inmenso. Y más adelante veremos por qué era inevitable sacrificar temporarily el mejoramiento de la habitación, para poder hacer efectivos los propósitos más urgentes de los planeadores de la nueva economía rusa.

Otro gran centro industrial en la zona comprendida entre el mar Negro y el Ural es la ciudad de Nishni Novgorod, la nueva, a 25 kilómetros de distancia de la vieja y ahora caduca, donde se levantan las usinas Ford, que a fines de este año se piensa inaugurar. Está también en Ucrania, la ciudad de Jarkow con su gran fábrica de tractores y otras.

La renovación de Leningrado y Moscú. — Como resultado de la existencia anterior de grandes instalaciones y de obreros con relativa capacidad técnica, y casi diría por sentimentalismo histórico, — si cabe el sentimentalismo en los bolcheviques — se ha desarrollado también Leningrado como gran centro industrial, sobre la base de las fábricas de Putilov, en las que se fabrican tractores, y hay una importante industria textil.

Moscú también está siendo un gran centro industrial, por la misma razón y por estar geográficamente bien situada. Las nuevas fábricas de Moscú y los nuevos barrios obre-

ros que las acompañan se desarrollan en una vasta cintura un tanto alejada de la ciudad, que al parecer suele pasar inadvertida a los visitantes más atolondrados.

La reforma urbana de Moscú, ciudad que se desarrolló sin criterio alguno, entre medioeval y asiática, se hace sobre un plan de conjunto que ha sido muy elogiado por urbanistas norteamericanos. El objetivo es hacer también de Moscú una "ciudad verde", y de sus escuelas y las nuevas fábricas de su periferia los modelos para toda la Unión.

Leningrado, cuya población se había reducido a medio millón de habitantes durante la guerra civil, pasa hoy de 2 millones; Moscú se acerca a los 4 millones, el triple de su población en 1917.

Pero casi todo el nuevo desarrollo se está haciendo hacia el este de las ciudades tradicionales de Rusia, es decir, hacia el Volga y el Ural y más allá.

El siglo XX injertado en el XI. — En el viejo Turkestán, ahora dividido en las tres repúblicas independientes, que corresponden a otras tantas naciones: el Turkestán. El Usbekistán y el Tadyikstán, se está extendiendo a pasos agigantados el cultivo del algodón. Para hacer posible esta monocultura, dado que se trata de una zona árida en que es indispensable una costosa irrigación de las tierras, era necesario abrir una vía directa de acceso al trigo de Siberia, a fin de abandonar su cultivo bajo riego artificial. Para ello se ha construído la línea ferroviaria del *Turksib*, que desde el fondo del Turkemenistán hasta Semipalatinsk empalma en ésta con el Transiberiano viejo. La línea fué construída en un tiempo "record", bajo la dirección exclusiva de ingenieros soviéticos. La línea conduce, a la par del trigo, los tractores y las maquinarias para cosechar el algodón, máquinas de tipo norteamericano y de nuevos tipos soviéticos. En carga de retorno, la línea provee a toda la Siberia, directamente, sin tener necesidad del inmenso rodeo que se hacía antes por el Volga, con la materia textil, y hasta con tejidos de algodón fabricados en las nuevas fábricas del Turkestán.

Se está creando en esas regiones, que hasta hace veinte años permanecían en el feudalismo más primario, del siglo XI, la industria más evolucionada, directamente, sin pasar por las fases intermedias de la técnica capitalista.

También está produciéndose en las naciones del centro de Asia el mismo fenómeno, sin transiciones, en cuanto a la forma de explotación de la tierra. En esas tierras en que hasta hace quince años los principillos eran dueños omnímodos y sometían a su servidumbre a los cultivadores, no ha llegado a formarse lo que podríamos llamar el "instinto de propiedad". Ha sido, entonces, más fácil despertar entre los trabajadores agrarios el sentimiento de comunidad, sobre la base de la experiencia que se ha hecho en las explotaciones de algodón del Estado, demostrativa de que el cultivo y la cosecha en grandes extensiones, con grandes medios mecánicos y en común, produce inmensamente más que el cultivo y la cosecha manual en pequeños lotes y con herramientas individuales.

Se dice — ignoro con qué fundamento, porque hasta ahora ninguno de los economistas conocidos ha estudiado el nuevo Turkestán soviético en plena industrialización — que ya más del 70 por ciento de las tierras de estas poblaciones asiáticas está colectivizado. El rendimiento ha aumentado, cosa que no sucede en gran parte de las tierras colectivizadas de la Rusia propiamente dicha y de Ucrania.

Al explorar metódicamente las fuentes de riqueza se han encontrado, especialmente en la parte asiática, metales que se consideraban escasos en el continente soviético. Se han encontrado grandes yacimientos de cobre, estaño, zinc, manganeso y de metales más valiosos. Se han encontrado inmensos yacimientos de potasa, tanto que una ciudad al norte del Ural, está sobre un mar de potasa. Se están explotando montañas enteras de superfosfatos en la región de Murmansk, hacia la península de Kola, cerca del mar Ártico.

El caucho. — Se han descubierto en el Kasakstán docenas de plantas ricas en caucho, con las que ya se fabrican neumáticos: la *condrilla* y el *tausagy*, que parece ser la especie más rica en esta preciosa materia prima.

La migración del trigo. — Simultáneamente con la migración de la industria hacia el Este y el Sur, se tiende a determinar una migración de los cultivos de trigo. Se considera que con la industrialización de Ucrania, con la densificación de la población a lo largo de la línea oblicua que conduce del Dniepr a Stalingrad, las tierras son demasiado valiosas para

poder seguir destinándolas al cultivo de cereales. Por ejemplo: la región donde es posible hacer irrigación sobre la base de las obras del Dniepr.

Se piensa extender los cultivos de trigo a la región de las estepas semiáridas del Volga y llevarlos hacia la "estepa del hambre", en forma extensiva, con el cultivo de secano exclusivamente mecánico, de manera que requiera poca población, pocos trabajadores, a fin de que en los períodos inevitables de sequías, con pérdida total de la cosecha, basten pocas reservas de trigo para poder seguir alimentándolos.

Las grandes "fábricas de trigos" del Estado se encuentran en la región semiárida del norte del Cáucaso. Para cultivar las 250.000 hectáreas de la Gigant se necesitan sólo 17.000 hombres en el período de mayor actividad. Y son demasiados.

Se propone — y lo hecho hasta ahora demuestra que es posible su realización — abrir veinte millones de hectáreas consideradas antes desérticas a los nuevos cultivos de trigo; es decir, una superficie equivalente a dos tercios de la provincia de Buenos Aires, y a cerca del doble de lo cultivado en trigo en la Argentina.

3. — *El segundo plan quinquenal*

Principales índices de aumento. — El segundo plan quinquenal, que está ya en discusión, cuyas directivas generales han sido aprobadas, pero que falta aún elaborar en sus detalles, prevé un desarrollo consecuente con el obtenido hasta ahora a partir del año 1926.

Recordemos que en 1931 se ha llegado, según la Oficina Económica de la Liga de las Naciones, a un aumento de la producción industrial equivalente al 220 por ciento del año 1926. En la producción de maquinarias la cifra excede del 300 por ciento; es en cambio inferior al 200 por ciento en la producción de medios de consumo, como tejidos, calzados, etc.

Las previsiones del plan quinquenal, así excedidas en la industria, no han sido realizadas en la producción de carne, leche, manteca, etc., ni en la de cereales. Este es uno de los fracasos de la realización del plan quinquenal, a pesar de haber aumentado la superficie cultivada en mayor proporción que la prevista.

En conjunto, la producción industrial habrá llegado a fines de este año a ser tres veces y media; en materia de producción de maquinarias se habrá llegado al séxtuplo de la que había en 1928.

Con el segundo plan quinquenal se proponen llevar el conjunto de la producción industrial otra vez al triple; la producción de maquinarias, también al triple; la producción de artículos de consumo, ya creen poder intensificarla a más de dos veces y media o al triple de lo que va a ser a fines de este año 1932. La provisión energética por hulla y nafta debe ser llevada a cerca del triple de las cifras de 1932.

En cuanto a la producción de alimentos, tratarán de aumentarla en un cincuenta por ciento. En caso de que lo consiguieran, habría saldos exportables de los grandes rubros, pero nunca tan considerables como los que se exportaban, a costa del hambre de los *muyiks*, antes de la guerra, en que se llegaba a exportar diez millones de toneladas de trigo.

La nueva capitalización. — Dentro de los gruesos lineamientos del segundo plan quinquenal, están las siguientes cifras, que son las primeras concretas. Se proponen realizar una capitalización total, en la industria, en la agricultura, en las construcciones, etc., de 140 a 150 mil millones de rublos. Durante el primer plan quinquenal se han capitalizado, inclusive lo que se está capitalizando este año, 70 mil millones de rublos, en vez de los 40 mil millones previstos. La nueva capitalización sería pues más del doble que la del primer plan. Tan inmenso esfuerzo se presenta como realizable, siempre que no lo interrumpen una guerra o malas cosechas reiteradas, porque es relativamente menor que el llevado a cabo hasta ahora. El inmenso incremento progresivo de la renta nacional, la movilización de los capitales todavía improductivos de las más grandes construcciones, hacen posible una acumulación progresiva en razón geométrica con una progresión paralela en el nivel de vida.

La electrificación. — Uno de los aspectos más interesantes del segundo plan quinquenal es el desarrollo gigantesco de la electrificación. Entre las obras a crearse está una serie de diques en el Volga que, en conjunto, tendrán mucha mayor potencia que el del Dniepr. De uno de ellos habló Lenin. Está estudiado un inmenso dique en el lago Baljach, hacia la fron-

tera afgana, donde piensan crear un centro industrial para la elaboración de metales de color y hierro que hay allí, materias textiles (algodón y seda), etc., y se sueña — esto posiblemente es una fantasía, no se habla por ahora seriamente de eso — con un dique cerca de Irkutsk en el río que sale del lago Baikal, cuya potencia sería doble que la del Dnieprostroi.

Con las obras planeadas se proponen llegar a una producción de 100 mil millones de kilovatios hora. En Estados Unidos, cuando ha llegado a su máximo la producción hidroeléctrica, en el año 1929, ella fué de 91 mil millones de kilovatios hora. De modo que si se consigue realizar lo proyectado, Rusia, que está hoy todavía en uno de los últimos lugares entre los países más avanzados en cuanto a producción hidroeléctrica va a ocupar el primer lugar.

Metalurgia. — La producción de hierro se piensa aumentarla en 22 millones de toneladas, con lo que llegaría a cerca de 40 millones. En tal caso, Rusia ocupará en este rubro el segundo puesto, después de los Estados Unidos.

En ferrocarriles se proyecta construir 25 a 30 mil kilómetros. A primera vista, es poco, después de las cifras gigantescas que hemos analizado, pero hay que tener en cuenta que el enriado de los 70 y tantos mil kilómetros actuales está en su 80 por ciento en estado miserable, y es además demasiado liviano para las locomotoras y vagones de gran peso que requiere la inmensa intensificación del tráfico de cargas. Hay, pues, que reconstruir de hecho 60 mil kilómetros, por lo menos, de las vías existentes.

El plan de caminos pavimentados o firmes — los malos caminos son una característica rusa — es tan ambicioso como lo demás. Se habla de construir 300.000 kilómetros.

Las comunicaciones aéreas, muy extendidas en los últimos años, deberán comprender varias decenas de miles de kilómetros de nuevas líneas.

En autos se proponen llegar a producir, en el año 1937, de 300 a 340 mil anuales, y las fábricas ya terminadas o en construcción demuestran que no es fantasía.

“Liquidación del atraso”. — El plan abarca también correos y telégrafos; y lo ha definido Molotov diciendo: “liquidar nuestro atraso”. De cómo funcionan los correos y telégrafos en Rusia, fuera de las grandes ciudades, puede dar una

idea un pequeño hecho comprobado por Knickerbocker en una estación ferroviaria vecina a Magnitostroi. Encontró frente a la oficina del correo una gran tortuga de cartón, y fijado en las paredes de la oficina un cartel que decía: Los soldados del regimiento tal, en recuerdo de la negligencia, la desidia y la falta de cortesía de los empleados de esta oficina. Como esa negligencia, descortesía y desidia no se habían corregido según Knickerbocker en los dos años transcurridos, habían quedado la tortuga y el cartel.

En cuanto a la mecanización de la agricultura, ya a fines de este año habrán fabricado más de 150 mil tractores, de acuerdo con las cifras de producción que han reconocido como reales técnicos norteamericanos. De esa manera, esperan acrecer la producción por hectárea, tanto más que ya se empieza a contar con cantidades considerables de abonos químicos, indispensables en las tierras más gastadas.

Otras ciudades nuevas. — En el segundo plan, las principales ciudades que surgirán por obra de él están todas del Ural hacia el Este. Novosibirsk, que tenía en 1914, 35 mil habitantes, cuando la visitó en 1931 el corresponsal Just del diario clerical alemán *Kölnische Zeitung*, comprobó 180.000 habitantes. Se calcula que este año tendrá, como resultado de la apertura de sus fábricas, 290.000 habitantes y que en el año 1937, llegará a 600.000. En realidad, varias ciudades asociadas, en la forma indicada.

Otra gran ciudad construída en el emplazamiento de una pequeña aldea perdida en las estepas es *Tyrgan*, destinada a tener en breve más de 600.000 habitantes con su *Kombinat*. Magnitostroi va a ser centro, con más de medio millón de habitantes, de varias ciudades agrupadas en torno de la inmensa usina metalúrgica y las usinas químicas.

La industria kustar. — El desarrollo de la industria mecánica deja en la sombra pero no anula la tradicional industria doméstica de Rusia: la industria *kustar*, que provee aun una parte considerable de los tejidos, especialmente los más finos, y artísticos trabajos en madera y metales. En el año 1930 estaban cooperativizados la mitad de los *kustars* según Calvin Hoover — 2 millones sobre algo más de 4. — Pero entre las directivas del segundo plan quinquenal figura la de llevar a cabo una “implacable” colectivización de los *Kustars*.

Es de temerse, por lo tanto, que si se emplea la violencia y la coerción directa, ocurrirá con esa industria doméstica que tiene en Rusia tan importante tradición, y que ha obtenido notables beneficios de la colectivización voluntaria, (en mejor instrumental, escuelas, organización de venta, etc.), lo que ocurrió en 1930 con la colectivización forzada de los campos, con el resultado inicial desastroso de haber disminuído la producción que podía llegar a las ciudades.

El punto neurálgico: la habitación. — Llama la atención, en las directivas aprobadas, que no se diga nada sobre la construcción en gran escala de habitaciones. Eso da que reflexionar, cuando se verifica que, a pesar de que se han construído, un poco en todas partes, barrios equivalentes a ciudades y en total habitaciones para millones de obreros —según algunos, para 6 millones — hoy todavía sea tan angustiosa la escasez de habitaciones, no sólo en las viejas ciudades sino también en las nuevas. Me he puesto a hacer algunos cálculos sobre lo que costaría elevar la capacidad media de habitación por habitante urbano a 10 metros cuadrados, que es una capacidad razonable, de la que no goza en nuestro país sino la mitad de la población urbana, pero es a lo que debe aspirar un Estado que quiere edificar el socialismo.

Suponiendo que en el año 1937 la población urbana soviética no fuera sino de 50 millones de habitantes, eso significa que sería necesario construir habitaciones para veinte millones nuevos, resultado del crecimiento vegetativo y de la inmigración a las ciudades. Son 200 millones de metros cuadrados. Para duplicar la capacidad actual de habitación, sólo de 5 metros cuadrados, para los treinta millones existentes, serían otros 150 millones. En total, 350 millones de metros cuadrados, sólo para dotar de habitación a la población urbana. Conviértase esa cifra en cualquier número de rublos, multiplicando por lo que pueda costar el metro cuadrado de habitación, que se ha encarecido en Rusia considerablemente, debido a la escasez de materiales por las enormes masas requeridas por la construcción de fábricas y de edificios sociales, y se llegará a un resultado mínimo de 26 mil millones de rublos a capitalizar solamente en habitación, pero posiblemente ascenderán a 40 mil millones.

De manera que difícilmente será posible modificar, en las

previsiones del segundo plan quinquenal, el pronóstico de los autores del primero. La población soviética tiene que prepararse a seguir sufriendo, por lo menos cinco años más, de una enorme escasez de habitación.

Fuera insensato, o de manifiesta mala fe, reprochar esta escasez al régimen soviético, que en este respecto es "culpable" de haberla aumentado por haber reducido a la mitad la mortalidad del régimen zarista, duplicando con ello el crecimiento vegetativo de la población. La escasez de habitaciones es una herencia del zarismo y de la guerra civil, y las dificultades para atenuarla rápidamente derivan del esfuerzo tendiente a realizar, en dos o tres quinquenios, una evolución que ha necesitado más de medio siglo en otros países: la industrialización en masa, con la formación consiguiente de una inmensa población urbana.

Por eso, es creíble lo que dicen varios visitantes, que en las nuevas ciudades, como Stalingrado, Magnitostroi y Kuznetzstroi, abundan más las cuevas, carpas y barracones que las casas de material, y que éstas han sido construídas con la más extrema economía. Esas nociones de economía a expensas del confort se ven en todos los requisitos de planeamiento en los barrios nuevos de Stalingrado, de Magnitostroi, y en los que se han levantado en Moscú, con decenas de miles de departamentos.

Con respecto a las nuevas habitaciones, planeadas en sus líneas generales conforme a las nuevas ideas de los mejores arquitectos alemanes, como May, A. W. Just hace una crítica que, por lo característica y sugerente del significado de todas las de ese jaez, vale la pena destacar: "Los espacios libres entre las hileras de casas son de 20 a 40 metros. En estas estrechas fajas (sic) se han previsto plantaciones. De modo que cada habitante tiene no sólo dos vecinos de corredor y uno frente a su puerta, sino también uno frente a su ventana, desde donde podrá ver cómodamente lo que haga". El señor Just, a quien tan estrechos y favorables a la curiosidad impertinente parecen jardines de 20 a 40 metros de ancho, es de Colonia, y corresponsal de un diario de Colonia, en que las calles del casco urbano (el más poblado) son de 4 (escribo cuatro) a 8 metros de ancho, y los patios interiores aun más estrechos...

Cubrir en cinco años las necesidades de habitación resulta pues impracticable, a no ser sacrificando el incremento de la producción, sobre todo, la producción de medios de consumo más esenciales, más urgentes, como son el vestido en calidad mejor que la actual y en cantidad suficiente, el calzado, el amueblado . . . y hasta el jabón.

El problema del jabón y la limpieza. — Porque también se necesitaría un plan quinquenal del jabón y la limpieza, en Rusia. Eso es notorio; lo observan todos los viajeros. La Rusia obrera y campesina durante el zarismo no conocía el jabón. Ahora lo ha descubierto, lo está usando, hasta en las aldeas. Según cifras del discurso de Ordonikidse, la producción de jabón habría sido el año pasado de 90 mil toneladas. Pero el dato lo tomo de la traducción española, manifiesta retraducción del alemán, y en cuyas cifras no tengo mucha confianza, porque en otra parte aparecen 127 mil toneladas de jabón. Resultan, según la cifra que se tome, de medio kilo a tres cuartos de kilo de jabón por habitante al año. He averiguado un ejemplo de consumo doméstico: Se me ha dicho que en los lavatorios se consume cerca de dos kilos por mes, y que, en total, con el lavado de ropa, de pisos, etc., son más de cien kilos al año: un promedio de más de veinte kilos por persona. De modo que en Rusia hay que usar homeopáticamente el jabón. Y así son los lavatorios de los cuales presentan fotografías algunos autores . . . Los lavatorios son en su mayoría destinados a lavarse con cuentagotas; son pequeñísimos; del tipo de lavatorio de pulpería que suele encontrarse todavía en el interior de nuestro país. Hay que economizar en ellos no sólo el jabón sino hasta el agua. En el racionamiento de jabón para la población urbana se tiene derecho a una pastilla de jabón por mes y por persona; pero eso es cuando hay jabón disponible.

De hecho, a pesar de que no figura en las directivas del plan quinquenal, hay un plan de limpieza. Un autor bolchevique ha erigido como símbolo del régimen zarista, del régimen "burgués" uno muy poco apetitoso: la chinche de cama. La mugre, el alcoholismo y la prostitución, serían, tanto o más que "el sentimiento de propiedad", las características del régimen burgués de que quieren librarse. Se han librado de la prostitución pero no se han librado todavía total-

mente del alcoholismo; menos aún de las chinches. Sin embargo, hasta los niños de las escuelas, los pioneros, actúan como propagandistas del lavado y del cepillo de dientes frente a sus padres, y hacen verdaderas movilizaciones para combatir el alcoholismo y la suciedad en las casas. Determinan el cierre de las tabernas en la vecindad de las escuelas. Cuenta uno de los autores serios que, en Moscú, una expedición de niños de 8 a 14 años salió con un estandarte con la inscripción de que buscaban la casa más sucia. Cuando encontraron el departamento más imposible, colocaron a la puerta de la casa una gran chinche de cartón, que no pudo ser retirada hasta que los habitantes del departamento, que habían echado antes a los chicos cuando quisieron darles instrucciones, fueron a rogarles verificaran que estaba realmente limpio.

4. — *Perspectivas del segundo plan quinquenal*

Mejoramiento del nivel de vida. — En opinión de los economistas y sociólogos que han estudiado el nivel de vida predominante en la Unión Soviética en 1930 y 1931, éste sería más bajo que el correspondiente a los números índices de la Oficina Internacional del Trabajo, si se tienen en cuenta las molestias del hacinamiento en las habitaciones, la mala calidad de los artículos de vestimenta, y la falta de variedad de la alimentación. Sería en cambio más elevado en cuanto a las oportunidades de vida social, en los clubs obreros, teatros, cines, etc., y tendría además la compensación de las vacaciones pagas, los billetes de excursión a bajo precio, los servicios del seguro social, etc.

En conclusión: el valor de compra de los salarios *individuales* de la mayoría sería tan bajo, o poco menos, que el subsidio máximo a que tenían derecho los obreros desocupados en Alemania hasta 1930 (de 50 marcos mensuales) o el de los trabajadores no calificados en los países cultos. Pero a ese valor habría que añadir el *salario social*, consistente en el conjunto de los servicios colectivos, unos gratuitos, otros a muy bajo precio. Sirva de ejemplo el costo de una comida discreta en el comedor colectivo de un kolios mencionada por un autor que participó de ella: sólo 14 kopeks, equivalentes a 30 centavos de nuestra moneda al cambio a que se acepta en Ru-

sia, y a 20 centavos al valor interno medio de compra del rublo. Hans Siemsen dice haber almorzado bien en un comedor colectivo de Moscú por medio rublo.

Además, el obrero soviético tiene la jornada de 7 horas (en las minas de sólo 6 horas) y un día libre de cada cinco.

Entre las molestias de las condiciones de vida imperantes en la Unión Soviética la que más choca a los observadores después de la escasez de habitaciones es la de las "colas", hasta de 400 personas, en los almacenes cooperativos de las grandes ciudades, que significan plantones de 2, 3 y hasta 5 horas, y a veces en vano, por haberse agotado el artículo que se busca.

Pero quienes hacen estas observaciones olvidan que en Alemania, Inglaterra y E. Unidos hay colas iguales o mayores para conseguir la donación de un plato de sopa y un pedazo de pan como único alimento del día para millones de desocupados; que los 12 millones sin trabajo en E. Unidos no reciben subsidio alguno, y según un senador de ese país miles de personas se mueren de inanición cada semana.

Hay que tener también presente que la gran mayoría de los obreros de la industria en la Unión Soviética ha salido hace poco del campo, y el salario industrial representa para los campesinos un nivel de vida doble o triple que el de la existencia campesina, aun cuando éste ha mejorado notablemente. De modo que cada oleada anual de 2 a 3 millones de nuevos obreros significa un ascenso de condición para una población doble o triple, aun supuesto estacionario el valor de compra de los salarios industriales.

En el segundo plan quinquenal está comprendido el desarrollo del sistema distribuidor a la par del aumento de la producción de medios de consumo. Si esto consigue realizarse en las proporciones conseguidas con el primero en sus rubros principales, y si al mismo tiempo se realiza el propósito, reiteradamente declarado, de poner término a la ineficiencia burocrática y sus expedientes superfluos (lo hecho hasta ahora demuestra que ello no es imposible) se conseguirá más que duplicar la provisión de comodidades a los trabajadores, excepto en materia de habitación, y atenuar también en cierta medida la situación en este último respecto.

El nivel de vida tiene así que elevarse rápidamente de año en año. Pues aun cuando se prosiguiera capitalizando en

nuevas creaciones la enorme proporción del 40 por ciento de la renta nacional, la progresión de ésta por el incremento acelerado de la producción — al que contribuye esa reproducción del capital — tiene que ser a su vez progresivamente acelerada.

Del segundo plan quinquenal forma parte, en el capítulo de la producción de medios de consumo, la de "artículos de lujo", como muebles, — traicionalmente desconocidos en Rusia excepto para el puñado de privilegiados — aparatos para radio y fonografía de uso individual, telas y calzado de mejor calidad, etc.

Al mismo tiempo se desarrollan a pasos agigantados los comedores colectivos y fábricas-cocinas, las salas cunas, las escuelas maternas, los clubs obreros, que tienden a atenuar las molestias de la habitación hacinada, y a compensar la falta de comodidades en la casa con las comodidades de la vida colectiva. No disfrutaban los trabajadores soviéticos las "delicias del hogar" que son también muy discutibles en los conventillos latinos y los *tenements y slums* de Chicago, Nueva York y Londres. En cambio, cada obrero se da el lujo de ser un *clubman*.

Las "ciudades socialistas". — Esas costumbres, y el nuevo tipo de habitación que se está realizando en las nuevas ciudades del primer plan, a ampliar con el segundo, podrían compararse a la vida en los grandes hoteles modernos. Un observador norteamericano ha dicho en este respecto que en la Unión Soviética se está implantando para toda la población lo que en los Estados Unidos es privilegio de los millonarios y los indigentes.

La casa colectiva de tipo "socialista" está formada por grandes bloques destinados a habitación, con departamentos de 2 a 4 piezas, de ellas una cocinita, todas con ventanas al jardín, destinadas casi exclusivamente a dormitorios. Los baños en secciones especiales, por economía y para asegurar un mejor cuidado de las instalaciones sanitarias, que recién empiezan a conocerse en Rusia. El piso bajo de los bloques es destinado a salas de recepción, para las visitas, y a biblioteca, comedores, etc. Un pabellón anexo y unido por corredor es destinado a la sala-cuna, (con su correspondiente jardín) donde los niños pequeños son atendidos mientras los padres van

a su trabajo, al teatro o a reuniones políticas. En el centro de un grupo de bloques, las escuelas de primer grado.

Los bloques separados por jardines, entre sí y de la fábrica, forman la "ciudad verde" en su parte residencial. Los sectores de los barrios residenciales, dejando a un lado las grandes corrientes del tráfico, convergen hacia el centro cívico y cultural.

La concepción de la "ciudad socialista" no es, por supuesto, una novedad ideológica, pero por primera vez se emprende un ensayo, y en escala gigantesca, y sobre la base de una economía colectiva que la hace prácticamente realizable . . . en la medida de los recursos.

Los visitantes de la gran revista VU han descrito, y fotografiado hace un año, lo que veían levantarse ante sus ojos en Stalingrado, Dnieprostroi y los alrededores de Moscú. No se trata pues de música futurista, sino de una realidad actual naciente. Qué resultados y dimensiones mensurables pueda llegar a tener el experimento nos lo dirán los años próximos y no un vago futuro.

Pero desde ahora es evidente que se están construyendo los cimientos de condiciones de vida muy superiores a las registradas en la actualidad soviética, de las que la "ciudad socialista" es más bien un símbolo, un ensayo de laboratorio en inmensa escala, tendiente a integrar en una nueva forma de vida la mayor holgura derivada de un incremento de la producción regido por fines sociales, planeado íntegramente para satisfacer las necesidades del consumo, en vez del crecimiento anárquico, con independencia de esas necesidades, que caracteriza al sistema capitalista de producción y le impone la dura ley de la crisis periódicas.

Reforma de la geografía. — Propósitos más audaces aún se diseñan en el segundo plan quinquenal. La geografía de una vasta zona, de centenares de miles de kilómetros cuadrados, tendería a ser reformada con ellos. Las estepas arenosas y las morenas tierras movibles del norte del Cáucaso y del este del Volga, donde se desarrollan las más vastas "fábricas de trigo" del Estado Soviético, serían defendidas de los vientos ardientes y resacos del sudeste por vastas cortinas de árboles metódicamente distanciadas para no detener la marcha de los tractores. Fajas de plantaciones de árboles

deberían sostener a su vez los deslizantes taludes del Volga. Los médanos del Kasakstan, sembrados desde el aire por aeroplanos, hasta fijar sus arenas por el trabajo de las gramíneas y hacerlas accesibles al tractor y al pie humano. ¡Veinte millones de hectáreas de bosques artificiales en las ralas estepas! Y otros tantos millones de hectáreas hoy de bosque virgen, convertidos en trigales y otras plantaciones, donde la tierra negra y la humedad natural hacen innecesario el bosque.

A primera vista parece una fantasía. Pero no menor fantasía nos pareció hace cuatro años la empresa hoy ya realizada en su mayor parte y excedida en muchas.

El hecho es que los agrónomos soviéticos, con la ayuda de especialistas alemanes y norteamericanos, han conseguido variedades de trigo que resisten lozanas a sequías y vientos ardientes mucho peores que los que los destruyen nuestras cosechas en el sudoeste. Con esas variedades avanzan a la conquista de los desiertos. Los embalses de los grandes ríos proveerán de agua a los nuevos bosques encargados de modificar el clima, a la par que de electricidad a nuevos complejos industriales y a la campaña.

Geografía planeada como complemento de la economía planeada. Y como complemento de la *hominicultura* planeada que estudiaremos aparte.

Realizable todo ello en la medida en que Rusia consiga hacerse invulnerable a la invasión exterior — quizá lo haya conseguido — y en la medida en que consiga organizar una nueva libertad interior. Porque ninguna dictadura puede durar indefinidamente. Y menos que ninguna, por fuertemente que haya penetrado en las masas, aquella que se propone llegar dialécticamente a la supresión del Estado por medio de su hipertrofia.

El objetivo político. — No es posible, y saldría del plan de este trabajo, detenerse a analizar las teorías de “dialéctica histórica” marxista en que se inspiran muchos aspectos del segundo plan quinquenal, así como inspiró la dialéctica histórica la política inaugurada por Lenin al instaurar la NEP. Pero es necesario, dado el carácter tendencioso de la mayoría de las informaciones de los corresponsales extranjeros radicados en Rusia, que pretendan hacer creer que se está volviendo a la economía individualista precisamente cuando todo coinci-

de en hacerla progresivamente supérflua, resumir los objetivos políticos que se proponen realizar con el segundo plan quinquenal. Desde luego, lo que llegue a hacerse efectivo dependerá de una serie de circunstancias y de valores psicológicos imprevisibles en muchos puntos.

Molotov ha resumido en la siguiente forma este aspecto del segundo plan quinquenal: "El objetivo político esencial del segundo período quinquenal es la liquidación definitiva de los elementos y clases capitalistas en general: la abolición absoluta de las causas que engendran las distinciones de clases y la explotación; la desaparición de las supervivencias capitalistas en la economía y la conciencia de los hombres; la transformación de todos los trabajadores en constructores conscientes y activos de la sociedad socialista sin clases".

El problema de la población

Por JOSE GONZALEZ GALE

IX

LA POBLACION DEL MUNDO A TRAVES DEL TIEMPO.

I

No es posible establecer, con precisión, cual es la antigüedad del hombre sobre la tierra. Pero es evidente que los pocos siglos que, según los intérpretes de los libros sagrados, nos separarían de la primera pareja humana han de ser multiplicados por un alto factor para aproximarnos, siquiera sea imperfectamente, a la realidad. El pitencantropo — a quién se atribuye ya condición humana, dado el cerebro que corresponde a su cavidad craneana — vivió, según cálculos verosímiles, hace cosa de medio millón de años. Basta este dato para que nos demos cuenta de lo remoto que es el origen de la humanidad. Es un dato dudoso y de carácter meramente conjetural, pero no necesitamos otro más preciso para el fin que nos proponemos: tratar de ver porque la especie humana no ha cubierto totalmente la tierra desde hace ya muchos siglos.

Se ha afirmado — y las observaciones hechas sobre las

razas de tipo primitivo existentes en nuestros tiempos tienden a confirmarlo — que la fecundidad de las especies en estado natural es menor que la de las civilizadas. Y se agrega aún, en apoyo de esta tesis, que también los animales domesticados se reproducen en mayor número que los que viven en estado salvaje, puesto que mejoran sus condiciones de vida. Y la civilización es, para los hombres, una especie de *domesticación*. De cualquier modo, cualquiera que fuese la capacidad reproductiva de tales razas primitivas, es evidente que no se ejerció, ni de lejos, en todo su poder. Admitamos que su número creciese muy lentamente. Supongamos que no se duplicase sino al cabo de cien, de doscientos, de trescientos años. . . . Aún así, al cabo de los siglos y siglos que hace que el hombre acampa sobre este globo, debía ya su número ascender a cifras incalculables.

Conocidísima es la leyenda que se vincula a la invención del ajedrez. Según refiere Al-Sefadi, autor árabe, Sessa, hijo de Daher, inventó el ajedrez para recordarle al monarca indio Sherán, de una manera suave y divertida, que, al gobernar, no debía perder nunca de vista los principios permanentes de la equidad y de la justicia. En el ajedrez — como se sabe — el rey, la pieza más importante, es una de las que menos libertad de acción tienen para moverse. Y, en todo caso, necesita estar siempre protegida aunque no sea más que por un simple peón.

Sherán, encantado con la lección y con el juego, le ofreció a Sessa darle la recompensa que él mismo eligiese. Y Sessa se contentó con pedir — módica recompensa, que le fué acordada en el acto — tantos granos de trigo como indicara el tablero a razón de uno por la primera casilla, dos por la segunda, cuatro por la tercera, y así sucesivamente, duplicando siempre, hasta llegar a la casilla número sesenta y cuatro. Cuando se hicieron los cálculos se vió que el *modesto* inventor pedía la fabulosa suma de:

18.446.744.073.709.551.615 □ granos de trigo. Tal es la suma de los primeros sesenta y cuatro términos de la progresión geométrica

O sea

:: 1: 2: 4: 8: . . .

Para poder satisfacer tal pedido — con una sola cosecha — habría sido preciso sembrar de trigo un campo *ocho veces mayor* que la superficie total de la tierra, incluso los mares. Y, naturalmente, sin que pedriscos, heladas ni langostas hubiesen talado parte alguna de tal sembrado.

Ahora bien, suponiendo que la población de la tierra se hubiera duplicado sólo cada *mil años*, una pareja inicial habría tenido, al cabo de *sesenta y tres mil años*, tantos descendientes como granos de trigo pedía Sessa. Y la antigüedad del hombre sobre la tierra es, sin duda alguna, mucho mayor.

Y sin embargo, no sólo no se han alcanzado esas cifras fantásticas, imposibles materialmente de alcanzar, sino que, al parecer, no ha habido nunca, en los tiempos remotos, una verdadera *sobre población*. Más bien parece que, en los tiempos *pre-civilizados*, la población ha sido escasa y no sobre abundante. Y la razón es obvia. En las razas primitivas no existe, en realidad, un verdadero *crecimiento vegetativo*. Muchos de los hijos que se conciben no llegan a nacer. El aborto, provocado artificialmente o debido simplemente a las malas condiciones en que vive la madre durante el embarazo, los elimina antes de tiempo. De los que nacen, muchos, muchísimos no llegan a la edad viril. La mortalidad infantil efecto del abandono, del desaseo, de la ignorancia, cercena vidas y más vidas. A corroborar estas observaciones ha venido, recientemente, una encuesta hecha en el Africa Ecuatorial acerca de las causas de la despoblación (Roma, 1929). Venciendo toda clase de resistencias y dificultades — no es, ciertamente, la menor la desconfianza que inspiran los blancos a los indígenas del Africa — se ha podido comprobar una altísima mortalidad infantil que basta por sí sola para aniquilar la raza. Pero eso no es todo, la natalidad es muy baja y, por si eso no fuera suficiente, en muchas tribus, que viven aisladas o semi aisladas de las que las rodean, la consanguinidad de los esposos depaupera la raza, bajando su nivel fisiológico. Y no hablemos ahora, de pestes, de guerras, de los ataques de las fieras.

Por sí solas, estas últimas causas, no son suficientes — no deben serlo — para disminuir el número de habitantes de una región. Asociadas a las otras causas — mucho más hondas — antedichas, ejercen un innegable poder de *aceleración* como factores de carácter negativo.

II

No debe, pues, extrañarnos que, al salir el hombre de las lín­des de la animalidad, su número fuera reducido. ¿Cómo progresó luego? Ya vimos en páginas anteriores que, con res­pecto al número de habitantes de la tierra en la antigüedad — dentro ya del período histórico —, hubo en el siglo XVIII una enconada discusión. Unos pensaban que el número de ha­bitantes había disminu­ído desde los tiempos de Roma hasta el momento en que ellos vivían. Otros creían lo contrario. En­tre los primeros figuraban Montesquieu, Vossius y Wallace; entre los segundos se contaban Hume y Voltaire. Por lo de­más, todos los argumentos se basaban en datos puramente *congeturales*, pues en la antigüedad no ha habido censos en el verdadero sentido de la palabra.

La Biblia nos habla, en el libro de los Números, de los censos que por orden directa de Jehová realizó Moisés. Pero no eran censos en el sentido extricto que tiene hoy la opera­ción. No se contaban *todos* los individuos que formaban el pueblo de Dios, sino exclusivamente los *hombres de veinte años arriba, todos los que pueden salir a la guerra en Israel*. Es decir, el cincuenta y cinco o el sesenta por ciento de los va­rones: apenas un *treinta por ciento* de la población total. De ese primer censo levantado “el segundo mes del segundo año de la salida de Egipto” o sea, hacia 1330 a. C., por pres­cripción expresa de Jehová, fueron exclu­ídos los Levitas.

“Y fueron todos los contados seiscientos tres mil quinien­tos cincuenta”. O sea, una población total de dos millones a dos millones dos cientos cincuenta mil habitantes.

Análogo resultado produjo otro censo levantado algunos años más tarde.

Pero estos resultados han sido muy discutidos. Se ha he­cho notar que existen flagrantes contradicciones entre las distin­tas cifras que dan las escrituras. Aunque admitamos que en un principio tales contradicciones no existieran — y es mu­cho suponer — no cabe duda de que, de una en otra copia, y de una en otra versión, unas veces por error de copia simple­mente, otras porque el copista tenía *ideas propias* al respecto — ¿no acontece lo propio en nuestros días, donde se desfi­guran y se interpretan á *piacere* las estadísticas más depura-

das? —, ello es que tales cifras no tienen sino un valor muy relativo.

III

Julio Belloch, en su monografía "La Población de Europa en la Antigüedad, la Edad Media y el Renacimiento" al ocuparse de estos *cálculos conjeturales* — si vale la expresión — hace notar que la población se adensa proporcionalmente al grado de adelanto cultural e industrial que ha alcanzado. El extraordinario crecimiento de la población de Inglaterra en el siglo XIX no tendría explicación plausible si no hubiese sido paralelo a su prodigioso desarrollo industrial y económico.

Siendo ello así, es evidente que los países más poblados de la edad antigua debieron ser, en un principio, aquellos que salieron de la barbarie antes que los demás: Egipto, Babilonia, la China.

Egipto y la Mesopotamia ofrecieron, según Belloch, un claro ejemplo de la influencia del progreso material en el desarrollo de la población. Una y otro, caídos bajo el dominio musulmán en una especie de sopor, vieron decrecer rápidamente el número de sus habitantes. En contacto con el mundo europeo y bajo su influencia directa, Egipto empezó, poco a poco, a despertarse; la Mesopotamia, menos afortunada, continúa su sueño secular.

La Grecia de los tiempos de Homero — esencialmente pastoril — debía tener una población más bien escasa. Y, sin embargo, fué colonizadora. Porque, dado el estado de su economía, aquel limitado número de gentes llegó a resultar excesivo para sus medios.

Tales son las ideas directrices que guían a Belloch en su análisis crítico para determinar — con la mayor aproximación posible — las cifras relativas a la población del mundo basándose en datos dudosos, incompletos y contradictorios.

Con ese criterio puede dar por inexactas, desde luego, las cifras de Herodoto según las cuales al ejército de Jerjes, compuesto de un millón setecientos mil combatientes, opusieron los griegos más de cien mil soldados. Cifras evidentemente exageradas y que no se ha podido nunca saber en que datos

concretos están basadas. El mismo Tucídides no estuvo nunca en condiciones de confirmarlas.

Base más firme que tales fantasías, influídas, sin duda, por una exaltación del sentimiento patriótico, nos ofrecen las cifras del primer censo realizado en Atenas, en el año 317 antes de Cristo, durante el gobierno de Demetrio Falerio. Tal censo sólo comprendía la población masculina adulta clasificada en tres grupos: ciudadanos, *metecos* (extranjeros) y esclavos. Considerando que la población adulta representa del sesenta al setenta por ciento de toda la población y que para ambos sexos las cifras son aproximadamente las mismas, puede aceptarse, *grosso modo*, que las cifras del censo representan un treinta por ciento de la población. Y como los censados eran veintiunmil ciudadanos y diez mil *metecos*, puede fijarse, sin gran error, en cien mil almas la población *libre* de Atenas por aquel tiempo.

La población esclava *debía ser* más numerosa aún, pero la cifra ha llegado hasta nosotros deformada: *cuatrocientos mil esclavos* varones y adultos.

La exageración es evidente; restablecer la cifra exacta es imposible. David Hume suprimía un cero y tomaba *cuarenta mil*; Julio Belloch toma *cien mil*. Uno y otro se guían por el *buen sentido*, pero ninguno de los dos se apoya en bases sólidas.

Sea ello como sea, parece cosa averiguada que hacia el siglo IV, anterior a la era cristiana, la población de la península griega, sin incluir la Macedonia ni el Epiro, era algo inferior a dos millones y medio de habitantes, lo que da una densidad media de unos cuarenta habitantes por km².

Hemos hablado de Egipto y de la Mesopotamia.

Con respecto al primero ha llegado a decirse que en un tiempo tuvo *diez y ocho mil* ciudades; algunos elevan esta cifra hasta *treinta mil*, pero ni una ni otra afirmación es verosímil. La interpretación en tiempos modernos de documentos auténticos permite afirmar que el número de ciudades y villas importantes no pasó nunca de *tres mil*. La población total del Egipto, en sus mejores tiempos, no parece haber superado los *siete millones* de habitantes, para reducirse, en los comienzos de la era cristiana, a menos de la mitad.

En la Mesopotamia, en la cuenca de los ríos Eufrates y

Tigris, se asentó uno de los más poderosos imperios de la antigüedad, al que se atribuyó, en la época de su mayor expansión territorial, una población global de *cuarenta* millones. Aparte de que en todas las estimaciones que se hacen hay una tendencia general al abultamiento, se ha de tener presente que tal población, aún siendo real, correspondería, no a la región mesopotámica únicamente, sino a *todos* los territorios que componían un imperio que iba desde el mar Egeo hasta el río Indo.

De la China poseemos datos más fehacientes. Censos mandados levantar con propósitos de carácter fiscal, lo que es, en cierto modo, garantía de exactitud.

Según los datos recogidos por Sacharoff en su monografía: "Ojeada histórica sobre las proporciones de la población china", un primer censo, levantado hacia el año 2275 antes de Cristo, dió una población de *trece millones y medio* de habitantes. En el año 2 de nuestra era la población censada pasaba de *cincuenta y nueve millones y medio*. Pero esta cifra ha sido, acaso, alterada al registrarla, porque un censo hecho el año 57 sólo acusa una población de veintiún millones y los censos sucesivos acusan aumentos regulares hasta el año 105 en que la población llega a *cincuenta y tres* millones.

Por lo que hace a la India, tanto Herodoto como Plinio fantasean a su sabor hablándonos de cinco mil grandes ciudades el uno, de fabulosos ejércitos el otro.

V

Y llegamos a Roma. Aquí se pisa ya terreno más firme. Las informaciones son mucho más precisas y mejor contrastadas. Cuenta Dionisio de Halicarnaso, en sus "Antigüedades romanas", que Servio Tulio instituyó las fiestas llamadas *pagonales* con objeto de hacer algo así como un censo de la población. Hombres, mujeres y niños debían ofrecer a los dioses una moneda, cada uno de un tipo dado. De este modo podía saberse cuántos habitantes de cada lugar pertenecían a uno u a otro sexo, y, de ellos, cuántos eran adultos.

Más hizo Servio Tulio: quiso mantener al día el que podremos llamar *estado de la población ciudadana*, y para

ello fijó un derecho a pagar por cada nacimiento, por cada muerte, por cada toma de la toga viril. Cada ciudadano hubo, además, de declarar su edad, su estado civil, el número de sus hijos, el monto de sus bienes.

La República y el Imperio continuaron, con más o menos precisión, las prácticas iniciadas por Servio Tulio y se levantaron, así, diversos censos el último de los cuales tuvo lugar el año 47 de nuestra era, en tiempos del emperador Claudio.

Las cifras relativas a los primeros censos han sido desfiguradas por los mismos autores romanos. Y las que merecen entera fé, que son las que datan de las postrimerías de la primera guerra púnica, sólo se refieren a la población ciudadana. Pero una crítica inteligente, basada en la densidad *probable* de cada región en cada época, permite fijar, dentro de límites suficientemente precisos, la población total de las distintas regiones.

Según Polibio, hacia el año 529 de Roma, la parte de Italia sujeta a la dominación romana daba setecientos cincuenta mil soldados, lo que importa una población total de tres millones de habitantes en cifras redondas.

En los primeros tiempos del Imperio romano, las cifras más verosímiles, son: el año 28 antes de Cristo, cuatro millones de *ciudadanos*; el año 47 después de Cristo, seis millones, lo que representa una población ciudadana de *ambos sexos*, por lo menos tres veces y media mayor.

Pero al morir Augusto — año 11 de nuestra era — la población total del imperio era mucho mayor de lo que dejan traslucir las cifras anteriores. Vossius — exagerando, evidentemente — habla de ciento cincuenta millones de habitantes. Belloch admite de setenta a ochenta millones, de los cuales veinte habrían correspondido al territorio que hoy ocupan Italia, Francia, España y Portugal; diez al resto de las provincias europeas, y el resto a las provincias asiáticas y africanas.

Dos siglos más tarde, la población del imperio llegaba, al parecer, a su máximo: cien millones de habitantes, de los cuales la mitad vivía en Europa y el resto en Asia y Africa. A la Europa occidental le correspondían cuarenta millones repartidos así: treinta millones entre las penínsulas itálica e ibé-

rica y la Galia, diez millones entre las islas Británicas, la Germania y los países escandinavos.

VI

De ahí en adelante —según toda verosimilitud— la población europea fué disminuyendo hasta llegar a un mínimo — difícil de estimar — alrededor del año 700, y volver luego a aumentar paulatinamente hasta que, después del año 1000, en el que se anunciaba el fin del mundo, su aumento fué más rápido. A fines del siglo XI, la Europa occidental había vuelto a llegar a los cuarenta millones de habitantes.

Según el mismo Belloch, a principios del siglo XIV, es decir, poco antes de la aparición de la llamada *peste negra*, que tantos estragos causó, la Europa occidental tenía más de cincuenta millones de habitantes de los que correspondían: catorce a Francia; quince a la Germania, incluso los Países Bajos; once a Italia; seis a la península ibérica; cuatro a las islas británicas; uno a la Provenza y el Delfinado; uno a Dinamarca y uno a Suecia y Noruega.

Esta población debió sufrir una disminución considerable cuando la *peste negra* se difundió asoladora por occidente: hay quien dice que ascendió a veinticinco millones el número de sus víctimas. Los que no quieren exagerar hablan de *sólo diez millones!*

A fines del siglo XVI, la población de la Europa Occidental era ya de setenta y tres millones y medio de habitantes, que según el tantas veces citado Belloch estaban distribuidos del siguiente modo: Italia, Francia, España y Portugal, treinta y nueve millones; Alemania y Polonia, veintitrés millones; Países Bajos, tres millones; Suecia, Noruega, Finlandia y Dinamarca, dos millones; Islas Británicas, seis millones y medio.

¿Y Rusia? ¿Y los países balcánicos? No se tienen datos al respecto. Belloch cree que, aún incluyéndolos, la población total de Europa no podía exceder de *cien millones*. Baja es esta cifra, en nuestra opinión. Pero, de todos modos, no es posible pensar que la población total de Europa hacia el año 1600 superase los ciento veinte millones de habitantes.

VII

Un eminente estadógrafo australiano — ya citado en otra oportunidad — G. H. Knibbs, resume en un cuadro, que transcribimos a continuación, una serie de *estimaciones* de la población total del mundo hechas en distintas fechas — a partir de 1660 — y por diversos autores.

Tales cifras no requieren mayores comentarios. Veremos aparecer los nombres de algunos autores cuyas opiniones acerca del desarrollo de la población nos son conocidas. Y esas opiniones se reflejan claramente en las cifras que, con mayor o menor fundamento, adoptan. A medida que nos acercamos a la época actual la parte *congetural* de las cifras va siendo cada vez menor.

POBLACION DEL MUNDO SEGUN DIVERSOS AUTORES

Año	Autor	Habitantes (en millones)
1660	Riccioli	1000
1685	Isaac Vossius	500
1740	Nic. Struyck	500
1742	J. P. Süssmilch	950 a 1000
1753	Voltaire	1600
1761	J. P. Süssmilch	1080
1789	W. Black	800 a 1000
1804	Malte-Brun	640
1804	Volney	437
1805	Pinkerton	700
1805	Fabri	700
1809	G. Hassel	682
1810	Almanaque de Gotha	682
1812	Morse	766
1813	Graberg v. Hemsö	686
1816	A. Balbi	704
1822	Reichard	732
1824	G. Hassel	938
1828	A. Balbi	737
1828	Balbi	847

1828	G. Hassel	850
1828	I. Bergius	893
1833	Stein	872
1838	V. Rougemont	850
1838	Fränzl	950
1840	Omalius d'Halloy	750
1840	Bernouilli	764
1840	v. Roon	864
1843	Balbi	739
1843	H. Berghaus	1272
1845	Michelot	1009
1854	v. Reden	1135
1859	Dieterici	1288
1866	E. Behm	1350
1868	Kolb	1270
1868	E. Behm	1375
1870	E. Behm	1359
1872	Behm y Wagner	1377
1873	Behm y Wagner	1391
1878	Levasseur	1439
1880	Behm y Wagner	1456
1882	Behm y Wagner	1434
1883	Behm y Wagner	1433
1886	Levasseur	1483
1891	Ravenstein	1467
1896	Statesman's Year Book	1493
1903	Juraschek	1512
1906	Juraschek	1538
1910	Anuario Estadístico de la Rep. Francesa.	
	Juraschek	1610
1913	Knibbs	1632
1914	Knibbs	1649
1930-31	Anuario Estadístico Sociedad de las Naciones	1992,5

La última cifra de nuestro cuadro — que no procede ya de Knibbs — tiene un carácter oficial o semi oficial. Está sacada del "Anuario Estadístico de la Sociedad de las Naciones" del año 1930-31.

ANATOLE FRANCE

Por LUIS REISSIG

(CURSO 1932)

I

" A B E I L L E "

Cuando, al comenzar el año, me disponía a elegir algunos de los temas que podría tratar en este breve curso sobre la obra de Anatole France, tuve, lo confieso, a pesar de la gran simpatía que a él me liga, mis dudas sobre la oportunidad de reanudar mi exposición del año pasado.

Me decía si era en verdad posible llevar el interés del oyente hacia estos temas, si bien no todos estrictamente literarios, por lo menos sí literarios en sus aspectos. Y me hacía otra pregunta de mayor fundamento, aún: ¿Es propio continuar este viaje para llegar a lo más íntimo o a lo más significativo de France, en momentos en que un nudo de la historia humana se desata y hay millones de manos y algunos cientos de conciencias que se disponen, con avidez, a tomar la iniciativa y el privilegio de anudar la cuerda a su manera?

Dirán Vds. que el hecho de haber perseverado es de por

sí una respuesta, y que no pesaron tanto mis dudas como mis predilecciones.

Mi perseverancia se funda en algo más firme que una simpatía. Se funda en el contenido humano de la obra de France.

Puede parecer ésto un contrasentido tratándose de France, cuyo manto de púrpura en el reino de las letras ha sido siempre su estilo; estilo que Lemaitre consideraba un compuesto más precioso que el metal de Corinto (1) y que André Maurois, no ha mucho, destacaba por el empleo del adjetivo (2). Y puede parecer más un contrasentido cuando se recuerda que casi no hay gloria humana que haya resistido a la ironía de France.

¿Qué tiene, pues, de humano esa obra que quita al hombre el orgullo de su presente y que no tiene puesta esperanza alguna en su destino?

Es su piedad. No la piedad que acaricia, sino la piedad que comprende. El hombre es un ser miserable; pero sufre. Su desmedida vanidad lo lleva a erigir templos y crear dioses para que le garanticen un futuro que lo salve de la brevedad de su vida imperfecta. Pero todo lo construye, todo lo sueña sobre esta tierra en la que ha de perecer, sin remedio. Y es ésta desoladora anticipación de un destino cierto lo que acerca a France al hombre. El lo ve, ciego o vidente, luchar con ardor por las conquistas de hoy y las grandezas de un mañana, como si el universo dependiera del hombre. France sabe que todo eso no es más que un sueño y que allí radica la verdadera tragedia y la verdadera comedia de la vida humana. Es así como nace el vivo acento de piedad que encierra su ironía.

Se preguntará alguno, quizás, si a la obra de France, para merecer con más propiedad ese sentido humano que he señalado, no le falta una relación más íntima con el hombre vivo, actuante, penetrar más en los estremecimientos de la carne y del alma, como, por ejemplo, sin la técnica pero sí con el sentido real de un Zola.

No. Como pensador, France es más humano que Zola. Dejemos aparte la técnica, que es lo que más vulgarmente los

(1) "Les contemporains" 6a serie, p. 375.

(2) Catálogo de venta de "Livres - manuscrits - Dessins, provenant des bibliothèques de Madame Arman de Caillavet y de Madame Gastón de Caillavet". p. 15.

distingue. Zola fué un gran corazón, un alma valiente, una bondad que ilumina. Su obra, en sus rasgos fundamentales, más que una condenación de la ignominia es un canto de esperanza. No es un alegato social. Es un himno épico. Al deslizar la mirada por las líneas de su prosa abundante, parece presentirse un mañana en el que todas las injusticias serán borradas, todas las hambres satisfechas. Zola soñaba con su gran espíritu de adolescente bueno. Creía en el mágico poder de las palabras. Creía en la verdad. Con ese estado de espíritu es como pudo escribir "J'acusse".

Zola amaba al hombre porque tenía fe en su perfección y en la gloria lejana de su destino. France, más generoso y más profundo, no creía en nada de ésto, y su piedad era sin embargo la forma inequívoca de su cariño.

La apariencia de mayor acercamiento al hombre que da la obra de Zola en relación a la de France son sus numerosos contactos, su rica exposición de vidas, sus tumultos, sus estridencias. France, en cambio, domina más el panorama; y él sabe, como aquel rey persa que quiso conocer la historia completa de los hombres, que ella puede reducirse a estas tres únicas palabras: nacieron, sufrieron, murieron.

He elegido para este año el capítulo de lo que podríamos llamar la música de cámara de Anatole France, sus obras menores, mucho menos leídas que las que lo han llevado al reino de la fama, a excepción de "Crainquebille", que ha sido puesta en el casillero de las obras de definición social.

Consideraré este capítulo de sus obras porque juzgo indispensable para hacer un estudio sereno del pensamiento humano a través de France, el añadir este otro aspecto, esta otra proyección de ese prisma cristalino que fué el espíritu reflexivo que creó a Coignard y a Bergeret.

Quiero, también, presentar otros de sus rasgos, otras de sus predilecciones. Cada uno de los que siga con interés estas clases podrá utilizar estos elementos para su visión del autor y su obra, ya por aceptación, ya por rechazo.

Una sola cosa espero: que a medida que vayamos, con mano amorosa y libre, apartando las etiquetas y los papeles de embalaje que cubren a France, se destacará su riqueza, su

diversidad. Palparemos, así, cada vez más, ese fondo humano de France, a que me refería.

Si el interés de Vds. no merma, en cursos sucesivos estudiaremos el resto de su obra, y quizás haya de atreverme a colocar a France en el campo de estudio de la filosofía, si es que no está vedado hacerlo a quienes no tenemos ficha de afiliación a alguna escuela o, por lo menos, el título brillante de haber renegado de alguna.

“Abeille” es una síntesis de lo maravilloso con lo real. Hay tal armonía en esa síntesis que se pasa insensiblemente de un campo a otro. El rey Loc y sus enanos, por ejemplo, nos parecen tan reales como los mismos humanos: Jorge, Abeja, Fielcorazón. ¿Qué es lo que logra esa fina armonía de conjunto? Desde luego, la valoración filosófica de France: “Todo existe desde que se imagina”. El mundo del ensueño y el mundo de la realidad se tocan en el espíritu, foco que ilumina los fantasmas de nuestra caverna. Nos debatimos entre ilusiones. “La eterna ilusión que nos envuelve”. Sentimos que hay algo fuera de nosotros, pero el mundo que conocemos es el que está en nos. Salir de nosotros es imposible. En “La Vie Littéraire” France ha expresado este pensamiento con impresionante claridad: “¿Qué no daríamos por ver, durante un minuto, el cielo y la tierra con el ojo a facetas de una mosca o para comprender la naturaleza con el cerebro rudo y simple de un orangután? Pero esto no está bien vedado... Estamos encerrados en nuestra persona como en una prisión perpetua”. (3)

Durante toda su vida France sintió inclinación a lo maravilloso. Desde su Biblia en estampas hasta los cuentos orientales, desde las historias de amor y de magia hasta los relatos fantásticos de almas atormentadas del siglo XIX.

No era la suya una simple elección de curioso, ni un plan de erudito. No era, tampoco, gula de soñador ni indiferencia de escéptico hacia lo real. Me inclino más bien a suponer que él no hacía distinguos insalvables entre lo que se dice obras de pura ficción y obras de la realidad, porque no creía que se tratara de dos mundos completamente distintos. Pues ¿quién duda que “La Révolte des Anges” es una obra de ficción? ¿Y

(3) T. I. “A. M. Adrien Hébrard”. p. V.

quién podría dudar, igualmente, que esa ficción comprende nuestro mundo real y que el sueño de Satán es la más desoladora de las realidades humanas?

Todo los seres que intervienen en "Abeille" son imaginarios. Imaginarios y reales, a la vez. Su naturaleza es esa síntesis de la que hablaba. Se presentan ante nosotros y nos hablan en un lenguaje que les entendemos perfectamente. Sus problemas son tan semejantes a los nuestros que puedo atreverme a afirmar que son los nuestros. Su amor no está exento de sufrimiento y ese es el mejor signo para revelar su humanidad.

Los conflictos que plantea se desenvuelven en lo maravilloso, pero son humanos. Absurdo sería, por otra parte, pretender que el hombre escribiera otra historia que no fuera la suya. La misma vida de las Termes no es más que una historia de hombres minúsculos con trompas y patas, armados de inteligencia.

"El mar recubre hoy el lugar donde estuvo el ducado de los Clarides. Ningún vestigio existe de la ciudad y del castillo. Pero se dice que a una legua de distancia, en los días calmos, se ven enormes troncos de árboles que emergen del fondo del agua... El mar, que avanza todos los años de ese lado, cubrirá bien pronto ese lugar".

"Tales cambios se operan en la naturaleza de las cosas. Las montañas se hundén en el curso de las edades; el fondo del mar se levanta, por el contrario, y lleva hasta la región de las nubes y de los hielos conchillas y madreporas.

"Nada dura, la figura de las tierras y de los mares cambia sin cesar. Solamente, el recuerdo de las almas y de las formas atraviesa las edades y nos vuelve presente lo que no existe desde largo tiempo".

Así comienza "Abeille". Ese bello poema de los tiempos desvanecidos que se llama la prehistoria está encerrado en esas pocas líneas de la sobria y armoniosa prosa de France. El niño que lo lee debe sentir que una vida misteriosa se abre ante sus ojos y que le es dado contemplar no sólo el mundo desaparecido, sino también el mundo que se va. El mundo de hoy que deja de serlo; el devenir constante. El niño es capaz de sentirlo porque todo él es una pequeña naturaleza en la

que también, en pocos días semejantes por su contenido a siglos, se hundan montañas y se levantan mares.

Recuerdo la emoción experimentada al tener en mis manos el primer libro de geología. Entreabría sus páginas, leía los títulos de sus capítulos, contemplaba los esquemas que fijaban los grandes períodos. Sentía que había llegado para mí, niño aún, el momento de penetrar uno de los más bellos misterios y que la inteligencia humana era capaz de empresas maravillosas. Más tarde comprendí que lo maravilloso de la ciencia es el soplo de poesía que la anima y que la capacidad de ensueño está en el fondo de las grandes creaciones humanas.

Familiarizar a un niño con France es ponerlo en ese punto firme de comprensión. Es abrir a tiempo al futuro investigador una ventana al mundo, a fin de habituarlo a que no suponga que la vida está circunscripta a la torre o la vitrina en que se trabaja.

Es muy posible que muchos eviten este acercamiento del niño a France. Son los que temen que France está del todo contenido en la ironía demoledora de "Le Ile des Pingouins", en el escepticismo de Jerónimo Coignard y en la desesperanza de la "La Rèveolte des Anges".

¡Pobre France! ¿Cuándo te comprenderán bien los hombres, a quienes no odiaste? ¿Cuándo dejarás tú de ser el otro Barba-Azul de la leyenda?

Volvamos a los tiempos en que el castillo de los Clarides dominaba el ducado que hoy oculta el mar.

Abeja y Jorge viven en el castillo con la duquesa de los Clarides, madre de Abeja. Jorge es hijo de la difunta Condesa de Blancoerial, quien lo confió a su amiga de los Clarides.

Abeja de los Clarides y Jorge de Blancoerial viven en el castillo como hermanos, sabiendo que no lo son.

Jorge se educa y se instruye de acuerdo a los cánones de la época. Tiene maestros de esgrima, de equitación, de natación, de gimnástica, de danza, de montería, de halconería, de pelota. Tiene, también, allí como al descuido, un maestro de escritura y otro de gramática.

Fiel retrato de la escuela de entonces. No nos burlemos de ella. Acaso en la nuestra también hagamos halconería sin saberlo o fingiendo ignorarlo. Aquella cumplía lo que se juz-

gaba necesario. Los señores gobernaban, los siervos obedecían. Había, entonces, una armonía entre el sistema y el objeto, de que hoy carecemos. Hoy, la escuela da más armas, armas con las que es posible atravesarse a conquistar el presente y el porvenir. Pero los siervos se echan las conquistas al hombro y siguen obedeciendo.

El mejor maestro para Jorge es su escudero Fielcorazón.

Fielcorazón es el espejo del mundo, nuestros ojos que descubren, nuestra mano que se posesiona, nuestro espíritu que penetra. Acaso, podríamos considerarlo la escuela de la vida.

Fielcorazón ha cabalgado por el mundo, conoce las costumbres de los hombres y de los animales, describe toda clase de países y compone canciones que no sabe escribir. Es el espíritu simple, profundo, vario que el niño anhela hallar siempre a su lado. ¿Quién de nosotros no hubiera deseado tener en la niñez un Fielcorazón de compañía? Sobran los programas. Faltan los hombres.

“Fielcorazón fué de todos los maestros de Jorge el único que le enseñó algo, porque fué el único que lo amó verdaderamente y no hay buenas lecciones sino aquellas que son dadas con cariño” (4).

Aquí está la gran fuerza que señala France, y que años antes, en “Le Crime de Sylvestre Bonnard” había expresado con simpatía sin límites. Despertar el interés, abrir las inteligencias.

Un primer domingo después de Pascuas, la duquesa de los Clarides sale de paseo con Jorge y Abeja. Montados a caballo, escoltados por soldados armados con lanzas, la multitud los admira. Son buenos, son bellos los tres. El pequeño Pedro, hijo del viejo sastre, no comprende que Abeja, tan pequeña y tan blanca pueda ser de la misma especie que él, que tiene gruesas mejillas curtidas y camiseta atada a la espalda de una manera rústica.

Señores y siervos. Visiones de antaño. Pero el espectáculo ha variado poco desde entonces. Pasan los señores; algunas burlas a hurtadillas; pero siempre el pequeño Pedro sigue creyendo que Abeja es de otra pasta. Y a lo mejor lo es.

El paseo los lleva por entre praderas cubiertas de flores.

(4) “Abeille”. p. 16.

Montañas azules se divisan en el horizonte. Jorge extiende la mano hacia el oriente y pregunta:

—“No es un gran escudo de acero lo que veo allí abajo? ¿No es más bien un broche de plata grande como la luna? dice Abeja.

No. No es un escudo de acero, ni un broche de plata. Es el lago habitado por las Ondinas que arrastran a los caminantes a su morada de cristal.

El misterio se ha presentado ante ellos. Pero no ha tocado aún sus corazones.

Algún tiempo después, Abeja y Jorge suben al torreón que se eleva en medio del Castillo de los Clarides.

—“¡Hermanita — exclama Jorge — hermanita, mira toda la tierra!

—Es bastante grande — dice Abeja.

—Mis profesores — dice Jorge — me habían enseñado que era grande, pero como dice Gertrudis; nuestra gobernanta, es necesario ver para creer.

Dieron una vuelta a la plataforma.

—Mira una cosa maravillosa, hermanito, exclama Abeja. El castillo está situado en medio de la tierra, y nosotros, que estamos sobre el torreón que está en medio del castillo, nos encontramos en medio del mundo.

—¡Estamos en medio del mundo! — repite Jorge”. (5)

Dentro de esa perspectiva, el hombre diseña aún su ubicación en el cosmos. La exclamación de Abeja, repetida como un eco por Jorge, es la exclamación que nace y muere con nosotros y que si no expresamos es más bien por exceso de pudor que por falta de convicción. Aún calculando la insignificancia real de la vida humana, aún sabiendo que la vida terrestre no es más que un momento imperceptible en la vida del universo ¿podría el hombre arrancar de sí ese sentimiento que lo lleva a considerarse foco de una totalidad?

Inclinada sobre el parapeto del torreón, Abeja le dice a Jorge:

—“¡Qué desgracia que el mundo sea tan grande! Puede una perderse y ser separada de sus amigos.

Jorge le responde, alzando sus espaldas:

—¡Qué felicidad que el mundo sea tan grande! Pueden

buscarse aventuras. Abeja: yo quiero, cuando sea grande, conquistar esas montañas que están al fin de la tierra. Es allí que la luna se levanta; la tomaré cuando pase y te la daré, Abeja mía.

—Eso es! Tú me la darás y yo la pondré en mis cabellos — exclama Abeja. (6).

No hace mucho leía un hermoso libro donde Oswald Spengler, con ese brillo en la sistematización que lo caracteriza, abundaba en consideraciones acerca del hecho esencial de que el hombre es un animal de rapiña (7). En el fondo, no es más que un aspecto novedoso de la vieja historia que ubica al hombre como conquistador práctico de su mundo y conquistador teórico del universo.

Sin embargo, ¿quién podría negar que lo que caracteriza a ese animal de rapiña, sui generis, que es conocido como “el hombre”, más bien que la garra y su visión de conjunto para conquistar la presa, es esa posibilidad de convertir sus más grandes crímenes en capítulos de su grandeza?

La conquista a que Jorge aspira no es monstruosa; pero es el mismo espíritu de posesión que lo mueve.

De pronto, Abeja, señalando el horizonte exclama:

—“Hermanito, hermanito ¿ves aquello que brilla del lado de las montañas azules? ¡Es el lago!

—¡El lago!

Recuerdan lo que la duquesa de los Clarides les ha dicho de esas aguas peligrosas y bellas donde las Ondinas tienen su morada.

—¡Vamos! — le dice Abeja.

Esta resolución turba a Jorge, que, abriendo una boca grande, exclama:

—La duquesa nos ha prohibido salir solos y ¿cómo iríamos nosotros a ese lago que está al fin del mundo?

—Cómo iremos, no lo sé. Pero tú debes saberlo, tú que eres hombre y que tienes un maestro de gramática.

Jorge, picado, responde que se puede ser hombre y aún un hermoso hombre sin saber todos los caminos del mundo. Abeja tomando un airecillo desdeñoso que lo hace enrojecer hasta las orejas, le dice, en un tono seco:

(6) p. 26, 27.

(7) “El hombre y la técnica”.

—¡Yo no he prometido conquistar montañas azules y descolgar la luna. No se el camino de los lagos, pero lo encontraré bien... Iré sola al lago. Y mientras que yo descubriré las bellas aguas que habitan las ondinas, vos quedaréis sólo en el castillo como una niña. Os dejaré mi telar y mi muñeca. Tendréis bastante tarea, Jorge, bastante tarea.

Jorge tiene amor propio. Es sensible a la burla de Abeja. Con la cabeza baja, muy sombrío, exclama con voz ronca:

—Y bien, iremos al lago. (8).

¡Con qué delicadeza y hondura ha mostrado France en esas pocas líneas, que cierran un capítulo de Abeja, el conflicto perenne entre el entusiasmo y la cordura, entre el deseo y el deber! Jorge no reniega de sus sueños y sus promesas, pero su juicio le da una medida más adecuada de lo que es posible y de lo que es probable. El primer conflicto de Jorge nace del fondo de la experiencia humana. El segundo es de aspecto moral: se refiere al control que el hombre ejerce sobre su naturaleza, en forma tan desmedida a veces que acaba por desvirtuarla. Pero lo importante en el diálogo entre Abeja y Jorge es que no triunfan los conceptos, ni los preceptos, ni la misma pasión. Triunfa el instante, lo circunstancial, es decir, esa cantidad variable que forma todo lo imprevisto en el hombre, que crea al hombre sorpresa, al hombre símbolo de una raza o de una época.

Una burla menos hiriente de Abeja y la aventura que ha seguir no se hubiera producido.

Abeja simboliza esa fina potencia excitativa del complejo varonil, potencia femenina por su naturaleza, y que rara vez se ve lograda.

Por supuesto que Jorge no sutaliza y para él su amor propio es quien lo decide. Abeja ha lanzado la chispa. La chispa incendia y se desvanece. Pero Jorge se ha consolidado en una resolución.

Al día siguiente, después del almuerzo, mientras la duquesa descansa en su habitación, Jorge toma de la mano a Abeja y le dice:

—¡Vamos!

—¿Dónde?— pregunta Abeja.

Descienden la escalera y atraviesan el patio. Cuando han

(8) p. 28, 29.

pasado la poterna, Abeja pregunta por segunda vez dónde van.

—Al lago! — responde resueltamente Jorge.

La Señorita Abeja se queda boquiabierta e inmóvil. ¡Ir tan lejos sin permiso y en zapatos de raso! Porque ella tenía zapatos de raso. ¿Es razonable?

La verdad de esta escena es admirable. Está en ella bien nítido el arrojo varonil que deshecha todo cálculo, y la prudencia femenina que domina el detalle. La firme constancia y el fácil olvido. Sería muy interesante estudiar si en la vida de mujeres que pudieron descollar por su pasión o por su talento no hubo algún zapato de raso como el de Abeja que las detuvo en los momentos decisivos.

Pero Jorge tiene una respuesta sublime:

—Es preciso ir y para ésto no es necesario ser razonable.

Ella lo había avergonzado y ahora se hacía la asombrada... Era él esta vez quien la reenviaría desdeñosamente a sus muñecas. Las doncellas mueven a las aventuras y se escapan. ¡Villano carácter! ¡Qué ella se quede! ¡El irá solo!

Pero Abeja, sollozante y arrepentida, resuelve seguirlo. (9)

La aventura ha comenzado. Pronto llegaremos al reino imaginario de otra realidad.

El viaje hasta el lago dura sólo unas horas. En el camino, Abeja y Jorge encuentran a una cuidadora de gansos. Los pequeños aventureros la interrogan:

—Gilberta: ¿cómo se va al lago?

—No se va — responde Gilberta.

—¿Por qué?

—Porque...

—Pero si se fuera a él?

—Si se fuera — responde Gilberta — habría un camino y se tomaría ese camino. (10)

Respuesta de ajustado raciocinio en la que está involucrado lo que la ignorancia se alimenta de la indiferencia, y que el movimiento normal del famoso hombre de rapiña es la marcha regular en manada y a través de los caminos que se le abren.

(9) p. 32.

(10) p. 37.

Jorge y Abeja descubren un sendero que va en suave pendiente hasta el borde del lago.

La noche se acerca.

El cansancio, la sed y el hambre han hecho desear a Abeja estar en el castillo. Pero Jorge arregla para ella, al borde del lago, bajo un sauce, un lecho de musgo y parte en busca de alimento. Para Jorge, tal aventura es como una nueva vida que destruye la otra y a la cual es forzoso acomodarse por adaptación. Lo imprevisto activa su ingenio. Reducido a la proporción de un cuento para niños, el lecho de musgo y la cosecha de moras representa el dominio del medio por obra de la voluntad humana.

Abeja se ha dormido, entreviendo un pequeño enano montado en un cuervo que ha pasado volando sobre ella. Esperando que despierte, Jorge deja junto a ella las moras recogidas y desciende hasta el borde del lago. Las ondinas se apoderan de él, llevándolo a través de las aguas, a sus galerías de cristal y de pórfido".

La prisión de Jorge dura algunos años. Las ninfas de las aguas y su reina, símbolos de la onda que acaricia y que tiende a borrar en una sucesión de sinuosidades idénticas todo a lo que aspira el alma humana, no logran hacer olvidar a Jorge su "constante ardor de volver a ver la tierra, la ruda tierra que el sol quema, que la nieve endurece, la tierra natal donde se sufre y se ama" (11).

¿De qué pasta estaba hecho ese France puesto en el banquillo de los escépticos? ¿Cómo brota del fondo de su alma ese canto a la vida igualmente impregnado de amargura, como de alegría, como de piedad?

Cuando Jorge dice a la reina de las Ondinas que él no ama a otra que a Abeja de los Clarides, la reina, muy pálida (pero más bella aún, dice France) le reprocha querer a una mortal, a una grosera hija de los hombres. ¿Cómo es posible esto?

—Yo no lo sé — dice Jorge — pero se que la amo (12).

Llegará un momento en que, espada en mano, exigirá se le abra el camino hacia la tierra, se le devuelva a la verdadera

vida y a la luz verdadera. Pero la espada se rompe contra el pecho brillante de la reina de las Ondinas (13).

¿Cómo puede seducir a Jorge una vida que no cede a su voluntad? ¿Cómo puede doblegarse al deseo de las Ondinas, cuando ese amor carece de pasiones y no ha sido creado por él ni para él?

La reina de las Ondinas, como si hubiese contemplado alguna vez a los hombres intentando corregir sin éxito la conducta de sus semejantes, hace encerrar a Jorge en un calabozo de cristal. De allí ha de ser rescatado por Loc, el rey de los Enanos, y devuelto al camino de la libertad.

¿Qué le ha ocurrido a Abeja, entretanto?

Descubierta por el pequeño Enano del cuervo, una multitud de Enanos llega hasta el lugar donde ella duerme. ¿Qué harán con Abeja?

Un Enano, llamado Rug, opina:

—Construiremos una gran jaula y la encerraremos en ella.

Quien tal habla conoce bien las costumbres de los hombres.

Sólo al hombre hasta ahora se le ha ocurrido crear el infame instrumento de la jaula. Pero sólo el hombre es capaz de aguzar su infamia derrochando su pensamiento en crear Códigos que se limitan a quitar o poner algunos barrotes. Sólo el hombre es capaz de meditar sin remordimientos y con pavorosa frialdad sobre la "peligrosa benignidad" de algunas leyes. Un jurista articulando un Código penal con todo el fervor de su conciencia es la más desoladora expresión del fondo miserable del alma humana.

Otro Enano, Dig, combate la proposición de Rug, arguyendo que solamente a los animales se les mete en jaulas, y que nada puede aún hacer sospechar que la hermosa niña lo sea. Pero Rug, demostrando sus perfectas cualidades de abogado y su lógica incontrovertible, defiende su idea, con sutileza:

—Si esta persona — dice — no es aún salvaje, no tardará en serlo por efecto de la jaula, la que llegará a ser, en consecuencia, útil y aún indispensable.

Este razonamiento disgusta a los Enanos. Uno de ellos, Nad, propone llevar la niña a sus padres.

Este parecer es rechazado por contrario a la costumbre de los Enanos.

—Es la justicia — dice Nad — y no la costumbre lo que es necesario seguir.

Pero la proposición de Nad no es tomada en cuenta. Si bien la justicia es un atributo de los Enanos, no olvidemos que ellos son, al fin de cuentas, creaciones del hombre.

Y en una camilla hecha con ramas y follaje Abeja es llevada al país subterráneo que aquellos habitan.

Por tercera vez, el Enano Rug, símbolo de la inconsciencia, insiste:

—¿Si, en lugar de camilla, construyéramos una jaula?

Una reprobación unánime se levanta. El juicioso Tad le dice, con desprecio:

—Rug, tú eres más semejante a un hombre que a un Enano (14).

Pasan varios años desde el rapto de Abeja.

¿Qué ha sido de ella durante todo ese tiempo? ¿Qué son, qué hacen, qué esperan los Enanos que la aman y la protegen?

Fantástico y curioso genio el de aquellos Enanos que han construído un reino maravilloso cortando y tallando las rocas. Inmensas riquezas acumula su creciente industria. Pero ¿qué es lo que ha evitado que se endurezca su corazón? ¿Cómo no se les ha ocurrido hacer saltar la costra que los cubre y destruir las moradas de los hombres, como harían los hombres si conocieran la existencia subterránea de los Enanos?

Oigamos al sabio Nur, a quien el rey Loc, enamorado de Abeja, consulta sobre el paradero de Jorge: — "... los hombres son ignorantes, tontos y malos... Para dar algún valor a la vida de esta raza orgullosa y miserable, los hombres tienen el coraje, las mujeres la belleza, y los niños la inocencia. Fuera de ésto, toda la humanidad es deplorable y ridícula. Sometidos como los Enanos a la necesidad de trabajar para vivir, los hombres se rebelan contra ésta ley divina; y lejos de ser como nosotros obreros llenos de alegría, prefieren la guerra al trabajo, y gustan más bien matarse que ayudarse. Pero es necesario reconocer, para ser justo, que la brevedad de su vida es la causa principal de su ignorancia y de su ferocidad.

Viven muy poco tiempo para aprender a vivir. La raza de los Enanos que viven bajo tierra es más feliz y mejor. Si bien no somos inmortales, por lo menos cada uno de nosotros durará tanto como la tierra que nos lleva en su seno y nos da su calor íntimo y fecundo, mientras que ella no tiene para las razas que nacen sobre su ruda corteza más que un hálito, ya ardiente, ya helado, que infunde la muerte al mismo tiempo que la vida. Los hombres, sin embargo, deben al exceso de su miseria y de su maldad una virtud que torna el alma de alguno de entre ellos más bella que el alma de los Enanos. Esta virtud, cuyo esplendor es para el pensamiento lo que para el ojo el dulce brillo de las perlas, ¡oh rey Loc! es la piedad. El sufrimiento les enseña y los Enanos lo conocen mal porque, más sabios que los hombres, tienen menos penas. Así también, los Enanos salen a veces de sus grutas profundas y van sobre la corteza inclemente de la tierra a mezclarse a los hombres, a fin de amarlos, de sufrir con ellos y por ellos, de gustar así la piedad, que refresca las almas como un celeste rocío" (15).

Así habló el sabio Nur al rey Loc.

Así ha hablado France en muchos de sus libros para quienes han querido entenderlo. Podemos dolernos que no haya sido optimista al formular su juicio sobre los hombres. Pero ha sido justo, — sin la inhumanidad de los dioses juzgadores que sepultan en los abismos —. Podríamos decir que en France ha existido esa atrevida aspiración a concertar la piedad de los hombres con la justicia de los Enanos.

El rey Loc, enamorado de Abeja, temiendo que sus celos lo vuelvan injusto y malo, evita a veces encontrarse con ella. Y cuando, después de haber fracasado en sus intentos de atraerse el cariño de Abeja y haber sufrido de amor tanto como los hombres, el rey Loc liberta a Jorge del calabozo del reino de las Ondinas, y más tarde une a éste con Abeja, la bondad y justicia de tal acto rayan para nosotros, humanos, en lo absurdo. No comprendemos a ese Rey Loc que es justo y bueno con la misma simplicidad con que nosotros obraríamos siendo indiferentes. ¿Qué dirían los Enanos si supieran que la amistad está vigilada como una falta en la letra de nuestros Códigos y que no tenemos una sola justicia, sino tantas como lo exigen nuestros intereses y nuestras pasiones?

(15) p. 88, 89.

Hermoso es el mundo de los Enanos y ellos son bondadosos y justos. Pero Abeja desea volver a subir a la tierra, donde la luz del cielo volverá a acariciarla, abrazará a su madre, y descansará su mirada en los ojos de Jorge, más bellos que todas las perlas. Por una sola vez, el rey Loc, para complacerla, la lleva fuera del subterráneo. "Cuando Abeja vió nuevamente los árboles agitados por el viento, las nubes que pasaban sobre la luna y toda la gran noche fresca y azul; cuando sintió el olor de las hierbas, cuando el aire que había respirado en su infancia penetra a raudales en el pecho, lanza un gran suspiro y cree morir de alegría" (16).

Con tales palabras describe France el encuentro de Abeja con el mundo en que ansía vivir. Ellas nos explican, de un modo claro y sentido, que nuestra vida es un acercamiento, un continuo aproximarse a algo por rumbos diversos; que nada está concluso, que nada es perfecto; que odiamos y amamos sin percibir claramente la finalidad de tales direcciones; que tal como es, el mundo es el instrumento de nuestro ensayo y que su encanto irresistible está en lo mudable, en lo vario, en lo múltiple de sus reacciones y de sus cambios; y que su belleza como su dolor son obra nuestra y nos pertenecen. Los Enanos trabajan un mundo que durará tanto como la tierra, pero que será al fin de cuentas de la tierra misma. Es una obra. El mundo del hombre es un deseo.

De retorno a la tierra, Jorge y su escudero Fielcorazón, después de haberse orientado en cuanto al paradero de Abeja, resuelven rescatarla. Llegados al país de los Enanos, Jorge descubre en el rey Loc su benefactor a quien debe la libertad.

Y el rey Loc, después de haber interrogado a Abeja si es Jorge el hombre a quien ella ama, cierra ante la respuesta afirmativa el prolongado capítulo de sus amores, uniendo a aquéllos más tarde en medio de la fiesta de los Enanos. Unas últimas recomendaciones les hace: Que el amor de ambos tenga tanto de dulzura como de fuerza y que en él no falte ni la indulgencia, ni la piedad, puesto que los hombres, por ser tales, están sujetos a muchas miserias. (17).

No quisiera profanar "Abeille" diciendo que es una be

(16) p. 77.

(17) p. 129.

lla lección para los hombres. Nada más ajeno al espíritu de France que el de sentar cátedra de buenas obras y de buenas costumbres. Su valor reside no tanto en lo que muestra como en lo que sugiere. Sus personajes no tienen almas de fantoches en reinos de pedrería. Son el espíritu mismo de France que los anima, sin encadenarlos. No son portavoces ni siervos de sus principios. Viven por sí. Son simples o sabios, serenos o apasionados; hombres, en fin.

Nada hay falso en "Abeille" a pesar de lo maravilloso. Bella flor brotada en el armonioso jardín de France, "Abeille" es la más fiel imagen del alma humana que pueda ser puesta bajo la mirada curiosa del niño.

Setiembre 13 - 1932.

Nuevos Prolegómenos a la Metafísica

Por ANGEL VASSALLO

I

LA METAFISICA EN KANT

El asunto de estas lecciones lo constituyen algunos atisbos o notas encaminados a sugerir un cierto concepto de la metafísica. Como hilo conductor de nuestra exposición, seguiremos en mucha parte el pensamiento de uno de los más agudos filósofos franceses de nuestros días; acaso, el más profundo y original de ellos, Mauricio Blondel. En algunos artículos publicados en revistas y hoy casi inhallables y en dos o tres volúmenes, verdaderos escritos de circunstancias, Mauricio Blondel ha expuesto, sin embargo, un verdadero sistema de pensamientos. Un sistema *materialiter*, es decir, en el sentido material y esencial de esta palabra, o sea, en el de un conjunto de pensamientos solidariamente dependientes y subordinados a un principio, idea, o intuición fundamental. Dada la manera rapsódica de su producción, no puede hablarse, en efecto, a propósito de Blondel, de un sistema en el sentido más usual de la palabra, en el sentido del sistema meramente formal, arquitectónico o literario. Y es que Blondel tiene por la escritura la indolencia característica de los demasiado enamorados de la perfección. A los hombres de esta clase el escribir se les presenta siempre como un riesgo, el riesgo de traicionar, con las pro-

pías manos, la verdad irredenta, por decir así, en que han puesto la fibra más vital de su vivir.

Pero a pesar de lo fragmentario de su obra, tenemos en Blondel los elementos de un verdadero organismo de ideas, que nosotros trataremos de seguir en sus articulaciones esenciales y especialmente en cuanto tocan el problema metafísico.

¿Es posible la metafísica? ¿Es posible la metafísica como ciencia, es decir, como un conocimiento conceptual riguroso, susceptible de imponerse al espíritu, a todo espíritu, con los caracteres de la necesidad, la objetividad y la universalidad, característicos de la ciencia? Tal es el problema a que nos tiene acostumbrados una tradición que podemos llamar kantiana.

El problema metafísico, aquí, coincide con el de la posibilidad de la metafísica. Tan pronto como la necesidad metafísica del hombre intenta darse libre curso, intenta *realizarse*, al punto le sale al paso el problema: ¿es ello posible? Y en la discusión de esta posibilidad se agota la mayor parte de la metafísica misma.

No vamos a proferir lamentaciones sobre la parte que en el quebrantamiento de la gallardía del pensamiento filosófico del siglo diecinueve le cabe a esta manera de plantear el problema. No negaremos tampoco que la solución dada por Kant, solución fatal para toda metafísica futura que pretendiera presentarse como ciencia, no tenga una esencial coherencia en sí. Pero invitamos a pensar en lo siguiente: cuando Kant pronuncia la imposibilidad de la metafísica como ciencia, tiene la mente referida a un bien delimitado concepto de metafísica y a un no menos bien definido concepto de ciencia. Resulta entonces que su tesis sobre la imposibilidad de la metafísica tiene un sentido por así decir convenido; está como condicionado por un concepto de la metafísica misma. Debemos señalar esto desde luego y tenerlo bien presente.

Observemos de paso que la aprobación o la crítica de la posición kantiana, de ordinario se hace mirando a esta solución misma, sin que ni los unos ni los otros se preocupen de determinar rigurosamente, de una manera previa, *aquéllo* de cuya posibilidad o imposibilidad se trata. Ahora bien, no es nuestro propósito criticar la tesis kantiana, discutiéndola en sus bases gnoseológicas, bases gnoseológicas que no creemos, ciertamente, incommovibles. Nosotros nos proponemos esto otro: Oponer

una afirmación a otra afirmación; enfrentar el concepto kantiano — que es también el de la metafísica tradicional — con otro, con otra manera de entender la necesidad metafísica y de formular su problemática.

Es claro entonces que para nosotros, el problema ulterior de la posibilidad o imposibilidad de la metafísica debe variar conforme varía el concepto de la metafísica de que depende.

El año pasado hubimos de leer en la "Sociedad Kantiana de Buenos Aires" un pequeño trabajo sobre "Metafísica y Ética en Blondel". Propusimos entonces la frase programática: *necesidad de una conversión de la metafísica en ética*; programa que no detallaremos preliminarmente a fin de entrar cuanto antes en materia. Pero queremos hacer notar que el mismo asunto, convenientemente ampliado en algunos de sus aspectos y colocado en una perspectiva histórica, constituye también el objeto de este curso.

Dicha perspectiva la constituyen: una interpretación de la obra de Kant, en función del pensamiento que atribuimos a Blondel y una apreciación de algunas tendencias significativas del pensamiento post-kantiano, en las que es posible distinguir como los grados que conducen naturalmente a una concepción de la metafísica como la que queremos dejar insinuada.

Esta primera lección se propone definir el sentido exacto de esta tesis kantiana: *no es posible la metafísica como ciencia*. Estimamos conveniente y necesario empezar por aquí. Se verá entonces si dicha frase con el concepto de metafísica que implica debe tenerse como el prolegómeno obligado a toda metafísica, o si es posible señalar un territorio de experiencia humana adonde no alcanza el rigor de ese decreto; una esfera de experiencia humana en que se engendra, a nuestro parecer, la necesidad metafísica y donde el problema metafísico adquiere un sentido concreto y vital; y si estribando en esa esfera es posible hablar todavía, sin caer en el dogmatismo prekantiano, ni bajo la ironía del criticismo, de algunos nuevos prolegómenos a la metafísica.

La metafísica tradicional hace crisis en Kant. Toda esa metafísica está contenida en la obra de Kant, aunque de una manera peculiar. Kant ha visto pasar a su lado la metafísica,

pero no se ha incorporado a su corriente. La metafísica tradicional está en Kant diversamente distribuída con respecto al orden que guardaba tradicionalmente; pero está como el enemigo en la mente del enemigo; es decir, sujeta a una predominante voluntad de contradicción. ¿Y qué es la metafísica tradicional? En la forma en que Kant la conoció, en la situación histórica en que le tocó pensar, la metafísica tradicional se presenta como una ciencia de conceptos puros. Se divide ordinariamente en una parte general u Ontología y en una parte especial constituída por la Psicología racional, la Cosmología racional y la Teodisea.

La Ontología se define como la ciencia del ser como ser; pero esta definición no es comprensible de primera intención. No adelantáramos más trayendo a colación la definición más profunda y sagaz, a mi juicio, que es la de Hegel: la Ontología es la descripción de los caracteres abstractos de la esencia. Para dar una impresión concreta de lo que es la Ontología tradicional, conviene un breve excursu histórico, donde la veamos aparecer y determinarse en su intención fundamental. El pensamiento filosófico griego tuvo su claro principio en esta experiencia: el conocimiento sensible no satisface nuestra necesidad de conocer. Las formas sensibles del ser nada dicen sobre la esencia del ser, sobre el ser mismo. Pero si todo nuestro conocimiento fuera sensible, si tuviera su origen en la sensación, no podríamos llegar a conocer la limitación del conocimiento sensible mismo.

Quien juzga esa limitación debe ser en nosotros alguna cosa que no es conocimiento sensible; los griegos lo llamaron razón (logos o nous). La existencia del ser como ser, el problema ontológico, la búsqueda de la esencia del ser, es por tanto una exigencia de la razón y es esa razón la que nos certifica de que el ser sensible no es el verdadero. Ella sabe indirectamente que el ser real, esencial, existe y sólo por ella es conocido. De esta suerte se ponen las bases del racionalismo occidental.

Pero decir que el conocimiento sensible es insuficiente, puede querer significar dos cosas: 1º, que el conocimiento, que todo conocimiento válido, todo conocimiento que pretenda ser científico, no nos puede llegar por la ancha puerta de los sentidos, sino que supone la mediación de conceptos racionales

puros. Ese es un primer sentido de esa exigencia; 2º, el conocimiento de lo sensible, de lo empírico, prodúzcase como se produzca, con elementos meramente sensibles o con la mediación de elementos racionales puros, no es suficiente; postula necesariamente otra realidad, que existe, que indirectamente ya está afirmada al constatar la insuficiencia del conocimiento sensible, realidad que podemos llamar *realidad inteligible*, en virtud de ser conocida por la razón o inteligencia.

Nacidos juntos, como dos exigencias de una misma experiencia, estos dos sentidos del problema marchan juntos y confundidos hasta Kant. El resultado de esa confusión fué la convicción siguiente: que las determinaciones de nuestros conceptos puros son al mismo tiempo, por ser determinaciones racionales, determinaciones de la realidad misma. Establecer y definir los conceptos últimos es también asir la última realidad del ser en sí, ya que esa realidad es racional.

La Ontología es la ciencia de esos conceptos puros o categorías, pero considerados al misma que como conceptos del espíritu humano, como determinaciones de la realidad misma. Y la ambigüedad de que la ontología vive, es ésta, precisamente: que esos conceptos unas veces se toman como conceptos del espíritu humano y otras como realidades, como existencias.

De manera que por ese tránsito subrepticio del *sentido lógico* de las categorías, a su *sentido real* se confiere a la razón la capacidad de establecer realidades, existencias, que no son la realidad y la existencia sensibles. Los antiguos llamaron "hipóstasis" a esta atribución de entidad, a un concepto puro, y la hipóstasis es la esperanza secreta de toda la ontología tradicional, como luego veremos.

Este tránsito del sentido meramente lógico del concepto puro a su sentido real, se muestra a la vista, de un modo típico y célebre, en la filosofía de Platón. En la filosofía de Platón los conceptos universales se transforman en las ideas platónicas, es decir, en los elementos constitutivos de un mundo, un mundo realísimo y ejemplar del que el mundo empírico es copia (mímesis). Aristóteles vió la generación equívoca del mundo platónico de las Ideas y refutó a Platón sumaria y sagazmente haciendo notar que con poner otro mundo al lado del mundo sensible, no se mejora ni aumenta el conocimiento del ser del mundo. Aristóteles fué el primero que usó la palabra categoría en

el sentido actual y formó el primer elenco de ellas; estudió las categorías de substancia, calidad, cantidad, etc. y se esforzó por dar a las categorías o conceptos un uso inmanente.

Pero el invencible platonismo del pensamiento griego lo siguió hasta las alturas de su frío espíritu analítico y basta leer el capítulo XII de la Metafísica para hacerse cargo de que la existencia de Dios se establece allí por un procedimiento hipotático en todo semejante al de Platón. *Es que el racionalismo nos coloca en la pendiente de la trascendencia, nos lleva como insensiblemente a materializar objetivamente la necesidad y la universalidad del concepto.*

Al lado de la Ontología, como metafísica general — y en el fondo fundadas sobre ella —, vienen tradicionalmente las partes de la metafísica especial: la Psicología racional, que estudia preferentemente la naturaleza del alma y el problema de su inmortalidad, la Cosmología racional, un conocimiento racional del cosmos en que se incluye el problema de la libertad; y la Teología racional o natural, llamada desde Leibnitz, Teodisea, que trata de la demostración de la existencia de Dios, de sus atributos, etc.

La metafísica, por lo tanto, en la situación histórica en que Kant la encontró, se presentaba como una ciencia de conceptos a priori, habiendo estos tres objetos: Dios, la libertad y la inmortalidad. Kant no modificó nada a esa problemática. “La metafísica — dice en una nota a la segunda edición de la Crítica de la razón pura — tiene por objeto peculiar indagar estas tres únicas ideas: Dios, la libertad y la inmortalidad. Todo lo demás de que esta ciencia se ocupa le sirve de medio para llegar a estas ideas y establecer su realidad. Para quien las profundiza — dice — la Teología, la Moral y la Religión (es decir, las disciplinas correspondientes a las ideas de Dios, de la libertad y de la inmortalidad) o sea, los fines supremos de nuestra existencia, dependen solamente del poder especulativo de la razón y no de otra cosa”. Es decir, que Kant no modifica nada a la problemática de la metafísica tradicional, y que esa metafísica tiene un objeto concreto y bien delimitado, circunscripto a demostrar la realidad o existencia de los referidos objetos y un procedimiento racional puro consistente en la pretensión de establecer esa realidad estribando en puros conceptos a priori,

Y la estructura de la “Crítica de la razón pura” traduce

el plan de la metafísica tradicional. La Estética y la Lógica Trascendental ocupan el lugar de la Ontología; la Dialéctica Trascendental con sus tres momentos del Paralogismo psicológico, las Antinomias de la razón y el Ideal de la razón, constituye las tres partes especiales de la metafísica tradicional.

Y para corroborar este punto de vista no hay sino leer las lecciones de metafísica profesadas por Kant y ordenadas por Poelitz para ver de qué manera sabía hacer entrar Kant el contenido de la Crítica de la razón pura en el plan de una enseñanza de la metafísica tradicional. Pero esta correspondencia exterior entre la estructura general de la Crítica de la razón pura y la metafísica tradicional, oculta sin embargo una divergencia radical. No permite ver por sí sola lo nuevo que hay en la Crítica de la razón pura. Y lo nuevo que Kant introduce es la *intención crítica*, intención crítica, que no vamos a definir en la manera descarnada y abstracta de los manuales de Teoría del conocimiento, como el problema de establecer el valor y los límites del conocimiento, porque no es eso lo que acontece en Kant, sino que debe definirse, en función de la situación histórica en que Kant piensa, como la voluntad resuelta de plantear de una vez frente a la Ontología tradicional, el problema de la relación entre el *concepto y la realidad*, la *esencia y la existencia*; desenmarcar el inexterminal platonismo del pensamiento occidental.

El tratamiento kantiano de este problema, del que sólo podemos referir aquí el resultado, se presenta como una síntesis o armoniosa composición de los puntos de vista del Empirismo y del Racionalismo. Un conocimiento científico sólo puede darse de una realidad empírica: ésta es la verdad del Empirismo. Pero esa realidad empírica, lejos de entrarnos por la ancha puerta de los sentidos, supone el ejercicio del pensamiento categorial, el uso de los conceptos puros o categorías; y tal es la verdad del Racionalismo, ésta la significación de la constante reivindicación que el racionalismo ha hecho de sus derechos. Pero todo el uso legítimo de las categorías se agota en su ejercerse sobre una intuición sensible (posibilitada por las intuiciones puras de espacio y tiempo) y dan solamente una realidad empírica, la experiencia.

Los conceptos puros, se puede decir con Kant, ahora y de una vez, son meras funciones lógicas del espíritu humano. Con

solos conceptos no podemos establecer, por más que hagamos, una existencia, una realidad. La existencia es un *datum* que sólo nos da la intuición sensible. *Existencia est positio absoluta*, la existencia es *posición* absoluta.

Por aquí está atajado el camino a toda hipóstasis, a todo atribuir un significado real al mero valor lógico de los conceptos. *El concepto es el concepto y la realidad es la realidad*; imposible efectuar el tránsito entre el concepto y la realidad. Fuera de la intuición sensible, el concepto no conoce realidad alguna. Así se quiebra el viejo sueño y la secreta esperanza del racionalismo ontológico. Kant tuvo la visión segura del significado histórico de su pensamiento que es, si no nos engañamos, éste que nosotros le atribuimos. Véase cómo se juzgó a sí mismo frente a la metafísica tradicional: "Lo esencial en mi sistema de las categorías — dice — lo que lo distingue de aquella antigua rapsodia que procedía sin principio alguno, aquéllo por que merece un lugar en la filosofía, consiste en esto: en que gracias a él es posible determinar netamente la verdadera importancia de los conceptos puros y las condiciones de su empleo. Ahora, puede verse que esos conceptos no son más que funciones lógicas y como tales no dan el menor concepto de un objeto en sí, sino que (para poder funcionar) necesitan una intuición sensible a que poder aplicarse. Ni su autor (es decir, Aristóteles) ni otro alguno, concibió de esta manera la naturaleza de las categorías, concepción que las limita al solo uso empírico. Si algo semejante se les hubiese ocurrido a los antiguos, el estudio del conocimiento racional que con el nombre de Metafísica ha torturado durante tantos siglos a las más finas inteligencias, nos habría llegado bajo otra forma".

Para ver funcionar de cerca la crítica kantiana, nos referiremos brevemente a su análisis del argumento ontológico de la existencia de Dios, que es el producto más característico del racionalismo medioeval, y que se halla en la raíz de los grandes sistemas metafísicos del siglo diecisiete.

Demos por concedido el concepto de un ser necesario, realísimo y perfecto. ¿Se deducirá de aquí que ese ser existe? Sí, dice el argumento ontológico; la existencia entra a formar parte del concepto de un ser realísimo y perfecto. ¿Qué sentido tendría, sino, hablar de un ser necesario realísimo y perfecto? Para Kant, el argumento adolece de dos errores fundamentales:

1.º, el concepto de un ser realísimo y necesario no se enriquece porque su objeto correspondiente se conciba existente. El que yo tenga en el bolsillo cien pesos o no los tenga, nada quita ni añade al concepto "cien pesos". Este es el sentido de la célebre frase "Cien thalers en efectivo no son más que cien thalers pensados". Pero hay una objeción más poderosa aún contra la posibilidad del argumento ontológico. Por realísimo y perfecto que se conciba un ser, esta perfección del concepto no puede traer aparejada la existencia del objeto que corresponda a ese concepto. La existencia no es un atributo lógico que pueda agregar alguna cosa a la perfección de que se trata. La existencia es una posición absoluta y para llegar a ella hay que salirse del concepto. El juicio existencial, dice Kant, es sintético, lo que traducido al lenguaje simple que hemos usado hasta aquí, quiere decir: la existencia es función de una intuición sensible sobre la que se ejercita el pensamiento categorial. El argumento ontológico de la existencia de Dios es, pues, imposible.

Si la metafísica debe ser una ciencia de conceptos a priori que establezca la realidad o existencia de estos tres objetos: Dios, la libertad y la inmortalidad, la metafísica como ciencia no es posible.

Esta es la solución kantiana y nuestra exposición ha querido darle su verdadero sentido circunscripto al convenido que Kant le asigna. La razón es clara y sumaria: no se dá de esos objetos una intuición sensible sobre la cual puedan ejercitarse los conceptos puros. En vano amontonaríamos conceptos sobre conceptos: la realidad es función de una intuición sensible y nosotros no tenemos de esos objetos la intuición sensible correspondiente. No es posible, por lo tanto, la metafísica como ciencia.

Vemos entonces que la tesis de la imposibilidad de la metafísica en Kant se refiere a un concepto estricto de la metafísica y a un no menos estricto concepto de ciencia.

Pero si la metafísica no es posible como ciencia en el sentido tradicional de la palabra, es decir, como una solución científica de la problemática tradicional, ¿de qué manera podría hablarse de la posibilidad de una metafísica estando al pensamiento kantiano? La única metafísica posible estaría representada por alguna cosa análoga a la "Crítica de la

razón pura"; como el análisis y el sistema completo de los conceptos puros; de los principios que rigen su empleo y de la determinación de los límites en que debe encerrarse su uso legítimo. Es el único y disminuído concepto de metafísica que nos quedaría, susceptible de realizarse como ciencia.

La Crítica de la razón, no aumenta nuestros conocimientos en el sentido de que no lo extiende materialmente, no nos revela ninguna esfera nueva de la realidad. Pero si no aumenta los límites de nuestro conocimiento, la crítica de la razón nos añade sabiduría, nos hace inteligentes de la verdadera naturaleza de la razón y nos brinda un criterio para juzgar de la vana apariencia dialéctica, en que se engendran los problemas de la metafísica tradicional. Nos da como una sabiduría de viejo, precisa y resignada.

Pero acaso no se detenga aquí — añadiríamos nosotros — porque mientras nos ataja en el desviado camino del racionalismo intelectualista nos abre, acaso, el territorio inédito por donde quizá deba torcer su ruta la metafísica.

Una metafísica de este tipo, que se aparta del desviado camino del racionalismo intelectualista es la que nosotros nos proponemos insinuar. Kant ha dicho que la metafísica no es posible como ciencia.

Pero aparte de esto, en Kant existe una dilucidación sobre la naturaleza de la necesidad metafísica. La metafísica no es posible como ciencia, sin duda; pero la metafísica existe, sin embargo, y parece inextirpable, como una tendencia natural del espíritu humano: *Metaphysica Naturalis*. Y es interesante para nuestro objeto conocer cómo concibe Kant esta necesidad metafísica.

La metafísica natural es para Kant una consecuencia necesaria de la estructura de nuestra razón. Nuestros conceptos puros son demasiado ricos en contenido y demasiado puros frente a la experiencia, para resignarse a un uso inmanente en la experiencia misma. Tienen por eso una tendencia natural e irresistible a trascender la experiencia. De ahí que se engendren las ideas que son el objeto de la metafísica tradicional.

La idea es esto: un concepto puro de la razón, que no tiene un objeto adecuado en la realidad empírica. Ahora bien, Kant se ha preguntado, además, cuál es el fin de esta disposición natural de nuestro entendimiento que constituye la meta-

física natural. Y aunque manifiesta que sólo puede hablarse de ese fin en manera puramente conjetural, lo ha hecho sin embargo y es interesante consignar su opinión. La secreta finalidad de esa tendencia de los conceptos a trascender su uso inmanente en la experiencia consistiría, según Kant, en querer libertarnos de las ataduras de la experiencia.

Pero esa liberación no se intentaría para ampliar nuestro conocimiento especulativo del ser, para poner una realidad inteligible al lado de la empírica que es la única que podemos conocer científicamente; sino que esa trascendencia de la experiencia se haría con el objeto de posibilitar la vida moral, que para Kant no puede fundarse en lo empírico, — Blondel diría: para que irrumpa libremente la incontenible intimidad donde se engendra la necesidad metafísica y donde el problema metafísico tiene un sentido.

Veremos en la próxima lección como esto comienza a operarse en Kant mismo.

Introducción a la Sociología

Por RAUL A. ORGAZ

III

EL PROBLEMA DE LAS RELACIONES

Todo lo *humano* es al mismo tiempo, y en alguna medida, *social*, pues la vida, en cualquiera de sus expresiones, es la negación del aislamiento. Así, el famoso verso de Terencio recibe esta legítima variante: "Soy hombre, y nada de lo *social* puede serme extraño". Nuestra última exposición tiene por objeto revelar y precisar las relaciones entre lo social y los restantes aspectos de lo humano. Contra lo que pudiera pensarse, juzgando con apresuramiento, no es este un tema de puro valor docente, extraído de alguno de los programas usuales de la materia, sino un verdadero problema, cuya solución eficaz repercute en el gran tema de la sustantividad de la ciencia social. En lo humano se dan realidades *vitales* y realidades *ánimicas*: ¿cómo se relacionan con las realidades *institucionales*?

La importancia de este problema le viene de ofrecerse como una prolongación del primero que hemos examinado: el de la realidad de lo social. La mejor manera de acabar de comprender *qué* es una cosa, es añadir *qué no* es esa cosa.

Las grandes categorías en presencia son aquí la *especie*, la *naturaleza humana* y la *sociedad* (entendiendo por "sociedad" la mera relación inter-individual, o el sistema de relaciones inter-individuales sujetas a normas y regulaciones, según se vió en la primera exposición). Por razones de comodidad podemos emplear la palabra "sociedad" sin sub-enten-

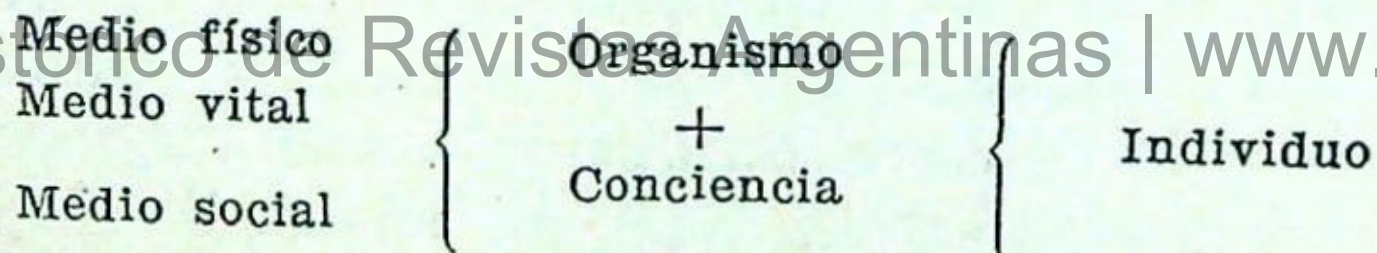
der nada ontológico, pues ya conocemos el concepto funcional que aceptamos para ese vocablo.

Acerquémonos, en primer lugar, a las conexiones de lo vital con lo social, de la "especie" con la "sociedad". El auge de la biología en el siglo XIX la lleva a conreinar sobre los espíritus ilustrados, al lado de la historia, cuya prodigiosa expansión, en el último tercio del pasado siglo, es notoria. La biología lo invade todo, y pronto aparece el biologismo sociológico. Son las doctrinas que, en el museo ideológico de nuestra ciencia, se conocen con los nombres de "organicismo", de "darwinismo social" y de "antroposociología".

Cada una de esas expresiones de la elaboración sociológica ha prevalecido en algún momento, y todas han dejado algún residuo útil a través de sus inevitables exageraciones. La última, en particular, ha prolongado su influencia en varias manifestaciones de la política contemporánea, bajo la inspiración de Gobineau y de Houston Stewart Chamberlain y la sugestión de las tremendas enseñanzas de la guerra de 1914. Pero este recuerdo doctrinario sólo tiene por objetivo dar, al pasar, una rapidísima impresión de la real trascendencia del asunto. Cuando se pretende, en efecto, que la "ley de la lucha por la vida" rige también en el sector institucional o cuando se hace la evolución de un pueblo mera función de la sangre de ese pueblo, es inútil adormecer el espíritu crítico para no advertir, en seguida que la ciencia social se convierte, de ese modo, en un simple capítulo de la biología.

Se dijo, en la primera clase, que la actitud científica debía desechar toda relación previa, apriorística, entre el individuo — realidad inmediata — y un término a él heterogéneo llámese éste "humanidad" o "sociedad" (con la reserva que antes se vió). Partiremos, pues, otra vez, del individuo para comprender las relaciones entre lo vital y lo social.

El individuo de la experiencia inmediata no es otra cosa que un *organismo* más una *conciencia*. Un esquema previo, que puede sernos muy útil, traduce ese ingenuo dualismo en la siguiente forma:



Es decir, que el individuo, en cuanto *organismo* está sujeto a las fuerzas *físicas* y a las fuerzas *específicas* (de la especie), toda vez que, como tal organismo, se relaciona con el medio cósmico y con el medio vital ("une vapeur, une goutte d'eau suffit pour le tuer", escribía Pascal a propósito del hombre, "junco que piensa"). En cuanto *conciencia*, el individuo depende de aquellas mismas fuerzas, y además, de las influencias que provienen de los otros seres humanos con quienes entra o se halla en relación (medio social). Si dejamos ahora de lado, por su relativo alejamiento, el medio cósmico o físico y si — por otro lado — reconocemos que la sola realidad autónoma parece ser la realidad espiritual, encontraremos, en definitiva, que el individuo debe ser mirado como el punto de intersección de tres relaciones o series: las *relaciones vitales* (la especie), las *relaciones psíquicas* o espirituales (la llamada "naturaleza humana") y las *relaciones sociales* (el grupo de individuos en reciprocidad de acción). Tenemos así un punto de partida neto y esencial para los desarrollos que subsiguen.

¿Qué se puede establecer acerca de las conexiones entre la *especie*, categoría biológica, y la *sociedad* — conjunto de relaciones inter-individuales reguladas — categoría sociológica?

La evolución orgánica puede ser mirada con referencia a tres sectores de lo social, según el cuadro siguiente:

La evolución orgánica influye	A) en los <i>orígenes</i> sociales	{ procesos de nutrición { procesos de reproducción { procesos de defensa	} <i>agregación</i>
	B) en la <i>organización</i> social	{ diferencias de sexo { diferencias de raza { diferencias de edad	} <i>coordinación</i>
	C) en la <i>evolución</i> social	{ poder de conceptos { poder de invención	} signos e instrumentos de acción (<i>cultura</i>)

La *agregación* o la reunión de individuos es condición, originariamente, de la inter-acción o *sociedad*. Sólo al agruparse físicamente, los individuos pueden, en un principio, entrar en reciprocidad de relaciones. De este modo, la vida social, en su forma bruta y rudimentaria, se explica en términos biológicos mediante los procesos de la nutrición, de la reproducción y de la defensa. El profesor norteamericano Ellwood observa sobre esto, con entera exactitud, que "el proceso de la vida es esencialmente social desde su aparición, pues implica relaciones entre organismos individuales", y que "la sociedad es la expresión de la unidad original y continua de los procesos de la vida". Si es evidente que sin previa *agregación* no pudo haber nunca nacido el proceso de recíprocas influencias entre los hombres, la red de relaciones inter-individuales, lo que abreviadamente llamamos *sociedad*, en suma, es claro también que aquel fenómeno primordial sólo puede esclarecerse a la luz de la biología. Así se confunde lo vital con lo social en este primer sector de los orígenes de la humanidad.

Esas relaciones cobran un carácter más libre de influencias históricas transitorias en lo que concierne a la *organización colectiva*. Por altamente organizadas que se conciban las relaciones inter-individuales, o el sistema que ellas forman, por espléndido que sea el espectáculo de un grupo de individuos finamente dotados de amor de comprensión y de amor de creación, la organización de esas relaciones y la coordinación de las actividades de esos individuos reposará siempre en las eternas diferencias del *sexo*, de la *edad* y de la *raza* (no asignando a la "raza" el sentido místico que suelen adjudicarle algunos filósofos de la política). Tales diferencias, — que son, en el fondo, diferencias *complementarias* —, introducen un elemento indestructible y espontáneo de coordinación y de especialización funcionales. Ya se sabe — digámoslo de paso, que todo el movimiento feminista de nuestra época tiende no a otra cosa que a posibilitar la desaparición de las barreras artificiales que separan a los sexos, y que impiden que las *verdaderas diferencias* que los separan aparezcan a plena luz.

En fin: la evolución orgánica ha creado los *caracteres específicos* siguientes: el superior cerebro del hombre, la capacidad de lenguaje articulado, la aptitud técnica y la prolongada inmadurez del individuo de nuestra especie. Estos carac-

teres antropológicos son de trascendencia innegable para el desenvolvimiento o *evolución* cultural.

Esto es de tal importancia, que nos permite rechazar definitivamente, como una inexactitud, el concepto de "sociedades animales", tan difundido a fines del siglo pasado. Bien se comprende, después de lo que acabamos de decir, que en los seres inferiores al hombre la *sociedad coincide con la especie*, al paso que en el hombre la separación entre la *especie* y la *sociedad* es neta y profunda. Es la separación entre lo natural y lo cultural. ¿No hemos hecho notar, en nuestra primera exposición, que la *inter-acción* consiste en un ir y venir de símbolos, en una circulación incesante de cosas cargadas de significación? Pero es obvio que sin esos caracteres antropológicos producidos por la evolución orgánica, y de los cuales los más importantes son el superior cerebro del hombre y la lentitud del desarrollo del individuo, la cultura habría sido imposible.

Antes de proseguir, es oportuno leer algún pasaje de las conferencias pronunciadas últimamente (1927-8) en el Colegio de Francia, por Eduardo Le Roy, el sucesor de Bergson, y reunidas en volumen con el título "*Les origines humaines et l'évolution de l'intelligence*". Al aludir Le Roy a los primeros gérmenes de la sociedad y del lenguaje, y al proceso de *hominización* no mecánica sino inventada que se cumple por la reflexión, agrega: "Por el solo juego de los factores biológicos, desde antes que aparezca el orden propiamente humano, a medida que se aclara la conciencia animal, un acercamiento se cumple por sí mismo entre las dos formas de vida, al principio independientes, que acaban de ser distinguidas: el pre-lenguaje se convierte en función de grupo, y de este modo lo estrecha y refuerza (*resserre*); el grupo, a su vez, multiplica las ocasiones de ejercicio ofrecidas a las facultades de expresión... En este momento preciso interviene la reflexión naciente, conducta nueva de la conciencia que se toma a sí misma por objeto... Se ve, en tal perspectiva que la sociedad tiene, al principio, la primacía sobre el lenguaje, a título de factor inicial. Luego, la reacción se invierte. Después de lo cual, bajo el influjo de la reflexión mediatriz, todo se mezcla, todo se penetra, todo participa en un movimiento de expansión compleja, en el que los diversos elementos se entrecruzan (*interfèrent*) y se empujan vuelta a vuelta" (pág. 271-2).

Todo el profundo libro del eminente filósofo abunda en referencias de importancia para el punto que acabamos de rozar.

Así, lo característico de la vida social humana, o sea el consistir en un proceso cultural que llama a la obra a los más altos poderes del espíritu, se halla originaria y persistentemente condicionado por fuerzas de naturaleza biológica. Cuál sea la extensión del influjo de esas fuerzas es cosa que aun divide a los sociólogos. Esa división origina el antagonismo entre *instintivistas* y *ambientistas*, a que especialmente alude el programa de este cursillo, y que muestra mejor, todavía, las relaciones entre lo natural de la *especie* y lo cultural de la *sociedad*.

Las fuentes exclusivas de la acción son, para los *instintivistas*, las impulsiones primarias del individuo. A veces esta posición concentra su interés en un instinto predominante; por ejemplo, el llamado "instinto gregario o de rebaño". Para este punto de vista, la historia de las instituciones es el resultado de la lucha organizada para satisfacer aquellas impulsiones, y cada gran institución específica gira alrededor de un correspondiente instinto. Semejante tesis alcanza, como es lógico, repercusiones doctrinarias. El instinto de reproducción convertido en fuerza suprema de la historia o de la humanidad, da origen a las teorizaciones de Schopenhauer y de Freud y a las sociologías racistas del tipo que ofrecen Gobineau, Lapouge, Houston Chamberlain y el austríaco Gumpowicz, entre otros. En cambio, cuando se hace del instinto de nutrición el eje alrededor del cual gira la historia, se cae en la filosofía social del marxismo.

Lo mismo puede señalarse en el llamado "instinto de poderío", cuyas expresiones doctrinarias (o pseudo-doctrinarias) son notorias en el movimiento político contemporáneo.

Como es fácil adivinarlo, los "ambientistas" invierten aquella tesis. Para ellos, la actuación humana — individual o colectiva — es una simple función del medio cultural. "Sostienen — escribe el profesor Luther Lee Bernard — que sean cuales fueren los instintos que el hombre posea, ellos son demasiado elementales y demasiado decididamente biológicos en su naturaleza para ser determinantes de la adaptación humana. El hombre civilizado es un animal de cultura, que vive en una construcción artificial: la sociedad. Esta organización

artificial — la sociedad humana — deviene de más en más artificial y derivada, hasta el punto de reprimir, en larga medida, las impulsiones nativas del hombre. El hombre construye la sociedad que su razón, sus temores, sus convicciones, sus experiencias le dictan; y elige, para orientar sus esfuerzos, otros objetos que los que los solos instintos le propondrían, si les fuera permitido a ellos dirigir o gobernar la conducta o el comportamiento de los hombres”.

No es difícil señalar o intuir la estrechez y unilateralidad de ambos puntos de vista. En concepto nuestro, los instintos son *necesarios* pero a la vez *insuficientes* en toda explicación de los fenómenos de asociación. En cuanto supone actividades individuales que se realizan con referencia a otro individuo o individuos, el fenómeno social depende, por un lado, de la *disposición* del individuo (resultante — esa disposición — de las capacidades originarias y adquiridas de que el individuo se halle en posesión) y por el otro, depende del *ambiente* o sea el medio *natural* y *cultural* resultante de la *naturaleza física* y de la *historia* (en una sociedad institucionalizada,) o de la *naturaleza física* con más las *disposiciones* del individuo o individuos con los que se entra en relación (en una sociedad *in status nascens*).

Así planteado el asunto, resulta indudable que la conclusión ha de reconocer que las impulsiones primarias o elementales del hombre son importantes, pero deben ser colocadas en un nivel secundario, al intentarse la explicación de los procesos sociales. El medio cultural es, en las sociedades actuales, decisivo, debiendo reconocerse, no obstante, que las impulsiones son los cimientos brutos sobre que se asientan las relaciones humanas.

Hoy se habla mucho de la “rebelión de los instintos”, y se cita, como exteriorizaciones de ese movimiento insurgente, el movimiento deportivo y la paganización de las costumbres, característicos de la hora presente; el movimiento cesarista, con su menosprecio de los intelectuales (en Rusia y en Italia), el culto de la fuerza; el “retorno a Rousseau”, en pedagogía; el auge filosófico del vitalismo; el movimiento eugenésico; la primacía — en fin — de lo que es primario e instintivo sobre lo evolucionado (la llamada “rebelión de las

masas" contra los jefes y las minorías, etc) y otras exteriorizaciones congéneres.

Es claro que la civilización actual es fatigosa, y que la intensa cerebralización de la vida contemporánea impone un desgaste nervioso excesivo y origina, — en alguna medida — la necesaria compensación que resulta de atender a las impulsiones primitivas, cuya voz, largo tiempo sofocada, logra hacerse oír otra vez. Pero en concepto nuestro, no ha de exagerarse la importancia del fenómeno, cuya explicación acaso no reside en la famosa *desarmonía entre la vida y la técnica*, sino en circunstancias estrictamente históricas, propias de la etapa post-bélica. La inmensa ola de desilusión que envolvió al mundo a raíz de la guerra última, dejó un estado de *abulia* y *apraxia* sobre el cual las disposiciones instintivas se elevaron como fuerzas predominantes. Así, el fenómeno de la "rebelión" de los instintos no ha de definirse como una verdadera "rebelión" sino más bien como una "cooperación" de los instintos en la tarea, llevada a cabo por la inteligencia, de cubrir el *déficit de adaptación* consecutivo a la gran crisis de 1914.

Después de esta referencia marginal, concluyamos — antes de pasar a las relaciones entre lo psíquico y lo social — reconociendo que las relaciones entre lo vital y lo social son efectivas, aunque indirectas, por el obvio motivo de que lo biológico llega a influir sobre lo social a través de lo *psíquico*.

El carácter excepcional que, *a priori*, debe señalarse en las relaciones entre lo psíquico y lo colectivo se halla indicado por esta simple consideración: que lo social, o sea el fenómeno de la inter-acción y los resultados de ese fenómeno se traducen como acontecimientos anímicos. Desde luego, la verdadera inter-acción —según ya se dijo en la primera exposición— sólo se hace posible por la recíproca modificabilidad interna de los actores que intervienen en la relación social. El contacto de un espíritu con otro comporta mutuas influencias y modificaciones. Por otro lado, el resultado de esos procesos de inter-acción o sea las *instituciones* — reglas de pensamiento y de acción, normas, hábitos, etcétera — no son otra cosa que estados de conciencia exteriorizados y objetivados. Pero no anticipemos las sugerencias que brotan de esta capital consideración.

Comencemos por fijar el concepto de “naturaleza humana”, categoría psicológica. La escuela inglesa de sociología postula la identidad del espíritu humano, siempre constante y lógico. De este modo, las funciones mentales son dadas *a priori* en la llamada “naturaleza humana”, y todo el trabajo del sociólogo consiste en *deducir* de esa naturaleza reglas uniformes del comportamiento de individuos y de grupos. Así proceden Tylor y Frazer, por ejemplo.

La “naturaleza humana”, que ha dado origen a una psicología abstractista *more geometrico*, sería “el conjunto de disposiciones que se suponen esencialmente las mismas en todos los seres humanos”. Se trata, pues, de llegar al fondo estable y constante de la actuación de los hombres, procediendo como si (al menos) todos los influjos sociales, inter-individuales, se hubiesen evaporado para permitir un idéntico residuo de propensiones: este residuo sería la “naturaleza humana”. Se crea, por esta vía, una ficción metodológica que puede ser de eficacia semejante a la del *homo oeconomicus*: el *homo psicologicus*.

Ahora bien: ¿cuál es ese fondo común estable? ¿Cuál ese residuo? Tanto podemos hallarlo en las disposiciones *instintivas* de la especie, como en disposiciones idiosincrásicas, *temperamentales*, como en disposiciones *simpáticas* elementales, de naturaleza orgánica, pues las tres especies de disposiciones, ofrecen cierto grado de indiferencia a los influjos sociales. Si hipotéticamente lográsemos eliminar todo cuanto deben los hombres a la experiencia común, obtendríamos el *homo psicologicus* de los antropólogos y sobre éste se alzaría el *homo sociologicus* que buscan los sociólogos, los que se verían libres, con tan providencial hallazgo, de las fatigas y sinsabores que comporta toda real investigación. Todo sería asunto de *deducir* con finura y atención.

Pero las cosas son menos simples, y el *homo psicologicus* es una abstracción, una ficción que posee la utilidad, pero también la relatividad de las ficciones metodológicas. Un autorizado sociólogo que nos visitó hace cinco años, el profesor Carlos Blondel, de Estrasburgo, hace notar, con mucho acierto, que “no hay maneras de pensar y de obrar que sean comunes a todos los hombres, que podamos captar a la primera ojeada y cuyo conocimiento nos permita la previsión de las actuaciones o comportamientos. Se dice que todo hombre tiene la idea de la

identidad y de la causalidad: de acuerdo, pero a condición de que reconozcáis que una vez dicho esto, no hallaréis ya nada que decir sino sabéis, precisamente, la concepción concreta que se forma, de la causalidad, o de la identidad, el grupo a que pertenece el interesado". ¿Cómo pasar, en efecto, de la *uniformidad* que se atribuye a las propiedades de la "naturaleza humana" a la *real diversidad* que nos exhiben los sistemas institucionales en vigor? Se diría que, como ocurre en los palimpsestos, sobre múltiples ejemplares del mismo manuscrito primitivo, trazado por las fuerzas de la especie, la cultura ha ido multiplicando textos muy diversos, incomparables entre sí.

Por consiguiente, también aquí el sano relativismo inseparable de toda ciencia, nos lleva a relacionar *propensiones*, ideas y creencias con medios o *tipos* sociales. La rectificación es, en este punto, homóloga de la que hemos formulado para las tesis del instintivismo. Aun en sus aspectos más generales, la ciencia social no puede prescindir de confrontar los elementos relativamente *constantes* del espíritu humano con las relaciones sociales *constantes*; lo que permite plantear los dos problemas siguientes: a) ¿qué elementos característicos y relativamente constantes del *espíritu* determinan las relaciones sociales? b) ¿cómo reobran *las relaciones sociales* sobre el espíritu para modificar o intensificar la acción de sus elementos constantes?

Pongamos un ejemplo. Partiendo de la supuesta uniformidad de la "naturaleza humana" es frecuentísimo oír razonar que la guerra, como fenómeno colectivo, se explica, en última instancia, por la constancia del llamado "instinto de lucha" (*pugnacity*). Este ejemplo, de sencillez atrayente, muestra la falacia de la explicación, falacia que se insinúa a la sola confrontación de la supuesta "causa" con la magnitud del efecto considerado. Se puede reconocer la realidad de las propensiones belicosas en el hombre, sin que ese reconocimiento comporte aceptar, como causa fundamental de la guerra, aquellas propensiones. Basta, en efecto, pensar que la guerra ha aparecido — como fenómeno de grupo — en una etapa relativamente avanzada de la evolución de la especie humana, para hacer ver la inanidad de la explicación aducida. Igual falacia se denuncia en ciertos modos habituales de razonar, cuando se sostiene — por ejemplo — que siendo el hombre un ser esencial-

mente egoísta, su actuación ha de hallarse condicionada por esa propensión. La biología revela que — según toda verosimilitud — las propensiones altruistas son *tan naturales* en el hombre como las egoístas; si bien se reconoce (pero esto ya pertenece a la historia) que el modo como las relaciones humanas se han desenvuelto hasta ahora puede haber agudizado las propensiones egoístas, que se exhiben así como primaciales.

Estas conclusiones relativistas se hallan, al parecer, corroboradas por los estudios e investigaciones de Luciano Lévy-Bruhl, que en sus excelentes análisis sobre la mentalidad primitiva ha hecho notar cómo las funciones psíquicas se correlacionan con los medios sociales. Según él, la mentalidad primitiva es mística y prelógica, impermeable al principio de contradicción: esa mentalidad es irreductible a la mentalidad civilizada. Es sabido que uno de los postulados o principios de la escuela durkheimiana es que *a sociedades* de estructura diferente corresponden tipos diferentes de *mentalidad*. Anotemos el hecho sin abrir juicio — porque ello no nos interesa en este momento — acerca de las conclusiones a que llega Lévy-Bruhl, vivamente discutidas hasta por sus propios compañeros de escuela.

¿Cuáles son, pues, en definitiva, las relaciones entre la psicología y la sociología? La psicología sigue siendo una ciencia del individuo, de fuerte tonalidad fisiológica o biológica en cuanto — según es notorio — las funciones *intelectuales* se hallan condicionadas por el sistema cerebro-espinal, y las funciones *afectivas* lo están por el sistema endócrino autónomo. Parece que la distinción es fácil de obtener mediante una adecuada distribución de problemas entre una y otra ciencia; y así — ha dicho Ellwood — “todo lo que esclarece la naturaleza psíquica del individuo es de orden psicológico, y todo lo que aclara o explica la vida del grupo es de orden sociológico”. Pero bien se comprende que estas distinciones son puramente verbales, pues apelan al concepto de “sociedad”, sinónimo de “grupo”. En cambio, nosotros hemos rehusado sustancializar la “sociedad”, y hemos arrancado del individuo en relación con otro u otros individuos, relaciones — por otra parte — accidentales y fugitivas o permanentes y reguladas. Así, es mucho más conforme con esa premisa sostener que la sociología estudia, solamente, los procesos de *inter-acción* y sus productos.

sin inmediata referencia a los procesos psíquicos. Comienza donde concluye la psicología.

El mérito de haber visto bien esta distinción debe atribuirse a Jorge Simmel. El agudo sociólogo ha escrito, en efecto, que "no cabe duda de que todos los acontecimientos e instintos sociales tienen su asiento en el alma, que la socialización es un fenómeno psíquico. . . Pero hay una consideración (agrega), que tiene extraordinaria importancia metódica. Aun en los casos en que hacemos uso ininterrumpido de reglas y conocimientos psicológicos, aun en los casos en que la explicación de cada hecho aislado sólo lo es posible por vía psicológica, como ocurre en la sociología, no es preciso que se refiera a la psicología, en el sentido e intención de este método; es decir, que no se dirige a la ley del proceso espiritual, sino a su contenido mismo y a las configuraciones de éste". La reiterada afirmación de que la sociología es un mero capítulo de la psicología, debe atribuirse a una precipitada conclusión del análisis en virtud del cual se empieza advirtiendo que lo social *no es físico*, y se concluye que puesto que no hay sino dos órdenes de la realidad, lo físico y lo psíquico, lo social se absorbe en lo psíquico, necesariamente. Pero la conclusión es falsa, según acabamos de recordarlo con Simmel. Si la psicología es la ciencia *del espíritu*, la sociología es la ciencia de *la asociación* o *disociación de los espíritus*. Tarde habría dicho que la psicología es la ciencia de lo *intra-mental*; al paso que la sociología es la ciencia de lo *inter-mental*. Todo esto revela — según antes se insinuó — la importancia de las relaciones entre ambas ciencias; pero no autoriza a concluir que la sociología es un mero capítulo de la psicología, ciencia clásica del individuo. Téngase presente también que la psicología, aprovechando una de las ideas favoritas de Comte, ha renovado muchos de sus problemas con la introducción del "punto de vista sociológico", como resulta del gran tratado de psicología elaborado por Dumas y sus colaboradores. Fraternidad, pues, pero a la vez autonomía, es la síntesis de esas relaciones, síntesis que Simmel ha legalizado al afirmar que "la sociedad es la imagen del alma, y el alma es la imagen de la sociedad".

Esa síntesis es fácil cuando el problema se enfoca en sus términos más resaltantes; pero tan pronto como se ahonda el asunto, véanse surgir dificultades por doquier. Ciencias fronteri-

zas y disciplinas limitáneas piden el derecho de ciudadanía. Entre los términos extremos constituidos por la psicología y la sociología, aparecen las llamadas *Socio-psicología* y *psico-sociología*. Es esta una clasificación muy difundida en Alemania por Stoltenberg. La primera de esas ciencias — la *socio-psicología* — trataría de los estados de conciencia determinados por la presencia de otros individuos, o influídos por las relaciones con los mismos; al paso que la segunda sería una ciencia sintética, que trata de las formaciones psíquicas colectivas. El centro de ésta se hallaría en la hipotética "conciencia social" de que hablan los discípulos de Durkheim, o simplemente en las formaciones psíquicas colectivas tales como la "opinión pública", la "tradición colectiva" y los "valores sociales" que, en concepto nuestro, carecen de entidad supraindividual, pero derivan, inequívocamente, de las recíprocas influencias que actúan entre individuos sujetos a circunstancias y modos comunes de coexistencia.

En cambio, la *socio-psicología* estudiará las influencias que, partiendo de individuos, modifican los estados de conciencia y la actuación correlativa de otro u otros individuos; por ejemplo: la sugestión, la simpatía, la imitación. Renovando la distinción entre "sociedad en estado naciente" y "sociedad institucionalizada", adjudicaríamos la primera a la *socio-psicología*, y la segunda a la *psico-sociología*, lo que vendría a dar cierto fundamento a la conclusión según la cual, la suma de ambas materias constituye — como piensan algunos — la llamada "psicología social", o sea — según los mismos — la parte más importante de la sociología. Pero jamás deberá olvidarse que el sociólogo, si bien trabaja con configuraciones psíquicas, no lo hace en el modo ni con la intención del psicólogo. Este se interesa en los procesos anímicos mismos, al paso que el sociólogo se dirige hacia los resultados de esos procesos, resultados exteriorizados en las variaciones de las relaciones sociales, o en las variaciones que recibe el sistema de las instituciones creadas por aquéllas.

Dígase, entonces, como conclusión general, que sin perjuicio de la autonomía ya señalada, no está lejos de la verdad Edmundo Goblot al sostener que "no es posible ninguna separación profunda entre la bio-psicología y la sociología", pues "la

especialización, en este dominio tan vasto de la *bio-psico-sociología* es solamente división del trabajo". Se trata de una observación que merece ser recogida para corregir los excesos del autonomismo — por otra parte fecundo — que hoy es ley en el mundo del saber, y que harían olvidar las afinidades profundas que enlazan lo vital y lo anímico con lo social.

PSICOLOGIÀ DEL ASOMBRO (*)

Por ANIBAL PONCE

El lenguaje común no distingue con claridad la sorpresa del asombro. Para el Diccionario de Domínguez, por ejemplo, sorprender es asombrar (1); para el de la Real Academia, casi casi lo mismo (2). No lo distinguen tampoco la mayoría de los psicólogos, y aún aquellos que como Ribot se plantearon el problema — después de Bain y Sully —, han emitido en diversas oportunidades opiniones que no están siempre de acuerdo. En la *Psicología de la Atención*, confundiendo sorpresa y asombro, Ribot hace de ambas una forma exagerada de la atención espontánea (3); en la *Psicología de los Sentimientos*, dos momentos sucesivos del sentimiento intelectual (4); en *Problemas de Psicología Afectiva*, se olvida del asom-

* Conferencia pronunciada en la Escuela Normal de Profesoras de Rosario.

(1). — El *Diccionario Nacional* de Ramón Joaquín Domínguez, Madrid, 1875, no incluye la palabra asombro aunque sí asombrarse: “asombrarse, espantarse”. En *Sorprender*, dice: “Sobrecoger, maravillar... *asombrar*”.

(2). — Asombro: “Susto, espanto”. Sorprender: “Coger desprevenido. Conmover, suspender o maravillar con algo imprevisto, raro o incomprendible”.

(3). — Ribot, *Psicología de la Atención*, traducción de R. Rubio, editor Jorro, Madrid, 1910, pág. 46: “el estado de sorpresa o de asombro es un aumento de la atención espontánea”.

(4). — Ribot, *La Psychologie des Sentiments*, editor Alcan, París, décima edición, pág. 370.

bro y define a la sorpresa como a la forma típica de la emoción-choque (5).

Esas incertidumbres o esos tanteos no han desaparecido de los estudios más actuales. El mejor que conozco, el de Patterson, aunque realizado con gran aparato experimental, no llega a conclusiones firmes (6). Entremezclando, sin darse cuenta, la sorpresa y la emoción, Patterson investigó sobre una treintena de sujetos las reacciones provocadas por un ruido súbito, una luz imprevista, una modificación en la voz, un cambio brusco en la conversación. Con semejante criterio la "sorpresa" se le presentó como algo sin figura propia y con un carácter menos instintivo que la cólera o el miedo, por ejemplo. Conclusiones, las dos, en mi opinión equivocadas. Pero para acercarnos al problema e intentar resolverlo, vamos a precisar con un ejemplo previo el perfil del fenómeno a cuyo análisis dedicaremos la charla de esta tarde.

Cuenta Darwin, en su libro magistral sobre *La expresión de las emociones en el hombre y en los animales* — magistral a pesar de que el tiempo lo ha envejecido bastante —, que un explorador amigo le narró en estos términos la sorpresa de un indígena de Australia que por primera vez veía un hombre a caballo: "Acercándome a él sin que me viera, lo llamé desde muy cerca. Se volvió, entonces, y me vió. No sé lo que supuso que yo podría ser; ello es que nunca he visto una personificación tan notable del temor y la sorpresa. Se detuvo, incapaz de mover un miembro, clavado en tierra, la boca abierta, los ojos fijos. Permaneció inmóvil hasta que yo llegué a algunos metros de él; entonces, tirando su fardo, subióse a un árbol tan alto como pudo. No podía hablar, y no respondía ni una palabra a las preguntas que mi negro le dirigía; pero temblando de los pies a la cabeza, agitaba sus manos como diciendo que nos alejásemos" (7).

He ahí un ejemplo elocuente de hombre sorprendido tal como lo observamos por excepción: es decir, con la sorpresa

(5). — Ribot, *Problemes de Psychologie Affective*, segunda edición, editor Alcan, París, pág. 11.

(6). — Patterson. *A qualitative and quantitative study of the emotion of surprise*, en "Psychological Monitor", XL, I, pág. 85 y sig., 1930.

(7). — Darwin. *La expresión de las emociones en el hombre y en los animales*, traducción de Eusebio Heras, tomo segundo, pág. 117, editorial Prometeo, Valencia.

agudísima que precede al miedo. La intensidad del choque ha llegado en ese caso a límites extremos; inmóvil, como bajo la mirada de la Medusa, el hombre se siente fulminado y vacío.

La vida normal rara vez nos depara choques de esa índole. La educación, por otro lado, nos ha enseñado a dominarlos en gran parte. Dentro del proceso común a todas las emociones, la influencia social modera también la expresión de la sorpresa hasta reducirla en el adulto civilizado a un simple levantamiento de las cejas, y a veces hasta extirparla por completo, como en el astuto Talleyrand. Pero antes de llegar a esa domesticación social, el niño de pocos años presenta una sorpresa idéntica a la del primitivo: intensa, violenta, paralizante.

Esa sorpresa, sin embargo, con características exactamente iguales, puede ser provocada por otras emociones distintas del miedo y del espanto. Una amable comedia de Madame de Girardin, urdida en torno de una madre a la que hay que anunciar el retorno de un hijo que ella daba por muerto, lleva precisamente como título esta sentencia expresiva: *La joie fait peur*. Si hay que tomar precauciones para dar buenas noticias, casi tantas como para las malas (8), es evidente que la sorpresa tiene una existencia aparte de la alegría o del miedo. *Independiente por naturaleza y con fisonomía propia, se presenta con frecuencia como el primer momento de todas las emociones* (9). Y digo "con frecuencia", porque muchas veces el síncope pone punto final a la sorpresa. En ese caso, claro está, no hay emoción que la siga, y el pobre diablo que en el sorteo de Navidad se desmaya al oír "cantar" su número, no se ha desvanecido de alegría sino de sorpresa. El número ma-

(8). — Esto ha sido bien visto por Sollier, *Le mecanisme des émotions*, pág. 30, editor Alcan, París.

(9). — En sus primeros trabajos, Dumas expuso la opinión de que todo choque emocional cuando es ligero se traduce naturalmente por una expresión de sorpresa. (Ver, *La tristesse et la joie*, pág. 184 París, editor Alcan, 1900). Esa opinión nos parece acertada. Lástima grande que Dumas haya confundido siempre la sorpresa (*la surprise*) y el asombro (*l'étonnement*), como se vé en el *Traité de Psychologie*, tomo I, pág. 636, año 1923, y en el *Nouveau Traité*, tomo II, pág. 297, año 1932.

Si los novelistas, por lo común muy perspicaces, merecieran ser escuchados, yo no vacilaría en reforzar mi punto de vista con la siguiente aguda observación de los Tharaud, que dejo en su idioma original para no alterarla en lo más mínimo: "Deux ou trois jours plus tard, au moment où Adrien s'apprêtait à sortir pour se rendre à Paris, un bruit de voix dans le vestibule le laissa interdit, comme une nouvelle heureuse ou malheureuse surprend avant de vous toucher". Jérôme et Jean Tharaud, *Les Bien Aimées*, pág. 182. editor Plon, París.

ravilloso le ha paralizado el corazón en el momento mismo en que iba a saltar dentro del pecho (10).

En el lenguaje de la psicología se dice hoy, que todas las emociones —alegría, tristeza, cólera, miedo— van precedidas por un conjunto de fenómenos que les son comunes y que se designan con el nombre de "emoción choque". Ya sea que una ventana se golpee de pronto, o que en una página de cálculos encontremos un error, o que de una persona respetable nos cuenten una acción indigna, el fenómeno inicial es siempre el mismo: *una detención, una parálisis, una inhibición de la conducta*. Lo que hasta entonces constituía el curso normal de nuestro pensamiento es, con brusquedad, interrumpido, y *antes* de que el sorprendido pueda apreciar confusamente la causa de ese choque — y prepararse para huír, alegrarse, entristecerse o encolerizarse — siente enseguida, como fenómeno inicial, el sordo malestar de la memoria turbada, del juicio inseguro, de la orientación comprometida. Desde el punto de vista mental, la sorpresa es la conciencia de un vacío en nuestros pensamientos, de una grieta, de un paréntesis: el presentimiento de que alguien que marchaba a nuestro lado con paso seguro, nos ha dejado de pronto ante lo inesperado.

Todo lo que hacemos, decimos, imaginamos, pensamos, se apoya en creencias o se nutre de creencias. Vivir es, siempre y de alguna manera, creer. Las creencias de las cuales nos vamos desprendiendo a lo largo de la vida, son reemplazadas por otras que muy enseguida nos devuelven la calma. Cuando ese cambio en las creencias obedece a un proceso lento, insensible, gradual, casi ni cuenta nos damos de que nos hemos transformado. Pero cuando un cambio brusco, subitáneo, nos sobrecoge (11), la creencia destruída y aún no reemplazada nos deja durante un momento — por fugitivo que sea — la impresión fulminante de haber perdido un apoyo. Como *Los Ciegos* de Maeterlinck, sabemos

(10). — Entre los muchos ejemplos que se podrían citar, recuerdo el siguiente que un cirujano amigo, el doctor Delgado, me ha contado. Un hombre de sesenta años, inmovilizado durante algún tiempo a consecuencia de una fractura del fémur, falleció de un síncope el mismo día en que se le sacó el yeso, y unos segundos después de anunciarle que podía caminar.

(11). — Etimológicamente, la palabra sorpresa deriva de *sor*, por *sub.* y *prender*. Es sabida la importancia que Klages dá a la psicología empírica que la etimología de las palabras puede revelarnos.

entonces que algo ha ocurrido que nos dejó sin guía. La sorpresa es el desamparo entre dos creencias.

Que ese desamparo es algo más que un fenómeno puramente interior, lo vemos de inmediato en el rostro atónito del sorprendido. Clavado en el suelo, como nuestro pobre indígena de Australia, la mirada fija, las cejas alzadas, la mandíbula caída, todo traduce en la fisonomía el instantáneo desarreglo de la vida mental. ¿Cómo interpretar esos rasgos que son de todos conocidos? Darwin, que dedicó al problema muchas páginas ingeniosas, sostenía que si la sorpresa comenzaba ante una situación desconocida, natural era suponer que el abrir mucho los ojos, por ejemplo, correspondía precisamente a un deseo instantáneo de facilitar en todo lo posible la visión completa de la situación... (12). Nadie acepta ahora esas explicaciones finalistas. Demasiado sabemos que el hombre sorprendido está en pésimas condiciones para tener tales deseos: *atender y explorar son actitudes incompatibles con la sorpresa* (13). La mandíbula pendiente, como los ojos demasiado abiertos, no pasan de ser sino detalles dentro del cuadro general de esa parálisis que está en la entraña misma del sorprendido: músculos que se relajan bajo la brusca inhibición (14), a igual título que la memoria desfalleciente o el juicio obscurecido.

En resumen, pues: nos sorprendemos cada vez que con los medios habituales no sabemos hacer frente a una situación que nos asalta. Contrariedad, y siempre *contrariedad*, — aunque preceda a veces a la misma alegría —, la sorpresa nos violenta, nos desarzona, nos desarticula. ¿Qué de extraño tiene pues que nos esforcemos en eliminarla, rechazarla o eludirla? Toda la vida humana, toda la vida animal, es una serie infinita de sorpresas que comienzan y de sorpresas superadas; es decir, de desacuerdos entre los hechos y nuestras creencias. Pero hay muchas maneras de luchar con la sorpresa. Una ante todo, la más simple, la más elemental, la primera en que pensamos siempre para salir del paso. Supongamos que al ir a abrir la puerta de un armario nos encontramos con que la

(12). — Darwin, *Loc. cit.*, pág. 117-118.

(13). — Ribot dice muy bien en la *Psicología de la Atención*, pág. 49, que "en la sorpresa se conoce mal porque se siente demasiado".

(14). — Dumas, *Traité de Psychologie*, pág. 636.

llave se ha perdido. Contrariedad, malestar, fastidio. Una tras otra, probamos todas las llaves que tenemos. Al principio con calma, con cuidado, con método. Pero cuando los fracasos siguen a los fracasos, ¡adiós cuidados, método y paciencia! Una verdadera sobreproducción de movimientos se vuelca en todas direcciones: para arriba, para abajo, con tirones, con golpes, con sacudidas (15). ¿Qué podemos esperar de semejantes reacciones? Esperamos que algunos de esos movimientos consiga por casualidad sacarnos del apuro.

En la vida mental, aún la más compleja, esos armarios cerrados se llaman los problemas. *Un problema es la conciencia de un obstáculo*. Nos planteamos problemas únicamente cuando una dificultad se atraviesa sobre el camino de un deseo. La vida normal tiene siempre a mano las llaves adecuadas para abrir tales armarios: llaves groseras, algunas, como las del instinto, fabricadas por los antepasados remotísimos; llaves más finas, otras, como las que nos dá la educación. La existencia de todos los días, la existencia satisfecha, se contenta con esas soluciones esquemáticas: fórmulas generales para conducirnos, consejos prudentes para salir de apuros. Pero a un dos por tres nos encontramos con que las fórmulas no han podido prever todos los casos y con que los consejos se estrellan a veces contra lo imprevisto. Y ahí empiezan también los movimientos impacientes, los golpes aturcidos contra los armarios. Si después de mucho forcejear seguimos como en el primer momento, le volvemos las espaldas y nos vamos. En nuestra experiencia intelectual, cada uno de nosotros guarda el recuerdo de más de un armario que no ha podido abrir: dificultades que nos salieron al encuentro, murallas que nos cerraron el camino. Problemas todos que nos dejaron el malestar de los conflictos no resueltos, y de los cuales preferimos defendernos recluyéndolos en el olvido. Huír ante una dificultad que no hemos vencido, es una reacción que tiene hondas raíces en la animalidad. Yo he creído siempre que el concepto de la represión — tan sistemáticamente aplicado por el psico-análisis — no es más que una forma superior de un reflejo elemental (16), sen-

(15). — Véase la conducta típica de la gallina frente a un obstáculo en Koehler, *L'intelligence des singes superieurs*, pág. 14, traducción Guillaume, editor Alcan, París.

(16). — Consultar Boas, *La defense psychique*, Alcan, *passim*.

cillísimo, inferior: la llamada reacción de "autotomía". Cuando un cangrejo, por ejemplo, siente uno de sus miembros cogido de manera que todo esfuerzo es vano, le corta mediante un reflejo primitivo. Nosotros no nos comportamos de otro modo. Si revisáramos con atención los mis problemas que nos han asaltado a lo largo de la vida, veríamos que nos defendimos muchas veces de la realidad que nos prendió, entregándole sangriento, algún fragmento de nosotros. Y puesto que toda sorpresa implica siempre la posibilidad de ese fracaso, ¿no es perfectamente explicable el miedo instintivo por todo lo nuevo, el temor primitivo por todo lo raro, inacostumbrado, desconocido? (17).

Circula todavía por ahí la leyenda absurda de que los niños se incorporan al mundo con grandes ojos curiosos. ¡Qué error tan enorme! Yo no conozco ser humano más completamente, más tenazmente conservador que un recién nacido. Ha entrado en la vida trayendo en el equipo hereditario un manojo de respuestas instintivas para ciertos grandes grupos de fenómenos que habrán de interrogarlo. Ese equipo es su seguridad y su fuerza. Pero que no lo saquen de ahí: de su libro, de su programa, de su texto. Cada cosa nueva, fuera de su programa y de su libro, lo espanta, lo aturde, lo irrita; y si le fuera posible hablar nos daría quizá de esa conducta la misma explicación que dan los viejos: "¿Pero creen ustedes que a mis años estoy yo para cambios?" (18).

Mucho tiempo después del nacimiento, y a medida que el niño va creciendo en fuerzas y en audacias, empezará recién a mostrar otra actitud: en vez de huirle a los obstáculos o de enquistarlos en algún rincón de la memoria, vá a revivir la sorpresa que en otros tiempos sintió, la vá a mantener en el recuerdo, se va a volver a plantear muchas veces el mismísimo problema. Esa actitud nueva, de consecuencias enormes para la vida mental, es el *asombro*. Aristóteles ha dicho que el asombro es el comienzo de la filosofía. Y así es, en verdad. Si por filosofía entienden ustedes no el sentido estrictamente técnico, sino la acepción general de ir al encuentro del obstáculo, de

(17). — Ese temor a lo "misterioso" ha sido bastante bien estudiado por Groos y Stern en libros que son ya clásicos.

(18). — B. Russell, *Ensayo sobre educación especialmente en los años infantiles*, traducción de Huici, págs. 85 y 95, edición de "La Lectura", Madrid.

plantearle batalla a los enigmas, de romper la corteza de las cosas para extraer la pulpa jugosa, el asombro es, en efecto, la primera manifestación auténtica de la vida intelectual. ¡A qué distancia de la sorpresa nos encontramos ahora! La sorpresa era la paralización ante el obstáculo, paralización subitánea y transitoria. *El asombro, en cambio, es la reflexión sobre la sorpresa*; el regreso mental al mismo sitio en que encontramos el obstáculo, la insistencia en ese malestar que la sorpresa engendró pero que esta vez no eliminamos apresuradamente. La sorpresa se nos presentó como un vacío, como un hiatus, como una laguna; el asombro, como un esfuerzo consciente por no eludir esa laguna, por no olvidar ese hiatus. En la sorpresa, estamos a la merced del obstáculo, pasivamente, desamparadamente: nos ha vencido y fulminado. En el asombro, volvemos a buscar ese obstáculo, activamente, resueltamente, sin saber muchas veces que será de nosotros, pero dispuestos a no recobrar la tranquilidad a costa de un disimulo o de un olvido. Actitud valerosa, muchas veces heroica, y que hace del asombro un perpetuo rondar en torno del obstáculo. Como una fortaleza, el problema está allí, desafiante y temible; como a una fortaleza, hay que sitiario. El asombro en sí mismo, no es sin embargo, el sitio, el cerco, el asedio; todo eso implica muchas cosas más que acostumbramos llamar razonamiento, pensamiento, inteligencia. Pero el asombro es la chispa que pone en marcha la máquina (19), el aguijón que aviva la curiosidad, el malestar continuado que no nos dá reposo.

Mas no ya un malestar predominantemente orgánico, como en la sorpresa: malestar de respiración anhelante, de corazón oprimido, de músculos inmovilizados. Malestar por el contrario, puramente mental: de desacuerdo entre las creencias, de dificultad en la comprensión, de tormento por no poder darse a sí mismo una respuesta. Mucho después de haber estado sorprendido (20), tiempo más tarde de haber chocado con lo inesperado, el hombre, en efecto, prolonga en el asombro

(19). — Aunque sin detenerse a estudiarla, John Dewey ha hablado una vez "de la chispa sagrada del asombro", en *Comment nous pensons*, traducción Decroly, pág. 54, editor Flammarion, París.

(20). — Ese alejarse del problema, para volver luego sobre él, parece ser una condición que contribuye a resolverlo. La concentración sobre el obstáculo, en cambio — esa fascinación de la Medusa, de que ya he hablado — constituye una dificultad muchas veces insalvable. Ver el ejemplo ya citado de Koehler, pág. 14.

la turbación que lo preocupa. Actitud no sólo dolorosa, sino también y en cierto modo, artificial. Porque lo natural en nosotros, ya lo dijimos, era la propensión a creer, la necesidad de creer. Los sueños, que traducen de una manera casi perfecta el fondo más íntimo de nuestra realidad, lo que deseamos y lo que queremos —el juego originario de nuestras tendencias, los apetitos de la fauna que se mueve en lo más hondo del alma, — los sueños digo, ¿no nos demuestran todas las noches de que somos capaces de asistir a los espectáculos más desconcertantes como si fueran los más triviales y comunes? El más extraordinario prodigio del absurdo, que si alguna vez en vigilia comprobáramos nos haría dudar de nuestro juicio, pasa y repasa sobre la tela de los sueños, sin despertar la más leve insinuación de asombro. Seres queridos, muertos hace años, conversan con nosotros mientras dormimos; montañas prodigiosas se hunden como bambalinas al contacto de nuestro pie o nuestra mano; distancias enormes se salvan en un instante; transformaciones indecibles ocurren bajo nuestros ojos; acciones inenarrables, también, de las que somos espectadores o cómplices: y todo eso, que nos helaría de espanto en la vigilia, no nos parece en sueños ni reprochable ni asombroso (21).

La necesidad de creer tiene pues, casi los caracteres de un instinto: algo así como un instinto de conservación intelectual con el cual la conciencia se defiende y se afianza. ¿Cómo no maravillarse entonces de la audacia prodigiosa del asombro; del asombro que zapa creencias, ataca prejuicios, pone en duda lo que se nos dió por indudable? El pensador auténtico, el filósofo ideal, ¿no era en opinión de Aristóteles ese ser excepcional que descubre problemas donde el común de los hombres los ignora o los niega? El médico de Molière que afirmaba con aplomo que el opio hace dormir porque posee una virtud dormitiva, ¿no expresaba la "ciencia" que los hombres construirían inmediatamente si se dejaran guiar por la necesidad casi instintiva de eliminar la sorpresa? Y eso que decimos para la ciencia, ¿no es también lo que ocurre con nuestras creencias morales, nuestros gustos estéticos, nuestras

(21). — Para no mencionar más que un ejemplo en la copiosa bibliografía de los sueños, véase S. de Sanctis, *Il sogno*, en el "Volume giubilare in onore di G. Sergi", Roma, 1916, pág. 34.

preocupaciones sociales? Para conocer con exactitud en qué reside la extraña acción del opio, son menester interminables tanteos, laboriosas pesquisas, prolijas experimentaciones. ¡Y todo al final para tener entre las manos algunas dudosas creencias provisionarias! ¿Quién podría afirmar que en la más segura ley científica nadie encontrará jamás la legitimidad de avanzar una sospecha? Ese carácter provisorio del saber científico, con sus certidumbres modestas y su permanente asedio del problema, ¡cómo contrasta, en cambio, con la triunfante seguridad que dán a los hombres esas explicaciones semejantes a la de las virtudes dormitivas! Nada en tales casos, de incertidumbres y de angustias, de malestares y de tormentos: tan pronto como el problema se insinúa, allí está al alcance de la mano la respuesta instantánea que nos devuelve la calma. Las terribles batallas científicas que Lavoisier provocó sin quererlo, ¿no fueron una demostración terminante de esa fiera hostilidad que todo lo nuevo arrastra irremediabilmente? Porque más que combatir la nueva teoría de la combustión que Lavoisier aportaba, lo que los viejos químicos hacían era defender la comodidad de sus creencias (22). Aceptar las nuevas concepciones implicaba en efecto un largo trabajo de control y de crítica, de revisión y de duda: esfuerzos todos que despiertan siempre una repugnancia defensiva. Y si eso ocurre en los ambientes científicos, ¿qué tiene de extraño que en el buen hombre de la calle cada nuevo punto de vista sobre problemas esenciales choque de inmediato con una resistencia ciega? Los innovadores intelectuales no han contado nunca con su simpatía. La vida cotidiana hasta entonces se deslizaba para él sin zozobras y sin tropiezos, bien abrigado en las creencias, reposado y contento junto al fuego; y ¡he ahí que de pronto un hombre extraño viene a arrancarlo de su comodidad y de su calma, a pedirle que suspenda sus creencias, que no comprometa sus afirmaciones, que deje para más adelante la seguridad de la certeza! Es decir, precisamente, todo lo contrario de aquello a lo cual por instinto estamos irresistiblemente conducidos. (23)

(22). — En el apéndice I, al segundo tomo de *L'Explication dans les sciences*, Meyerson trae ejemplos bien demostrativos sobre la psicología de los enemigos de Lavoisier (pág. 392).

(23) Como los prudentes moradores del fantástico *Erewhon* — el país de “más allá de las montañas” que Samuel Butler descubrió, — “en cuanto sospechamos que hay gato encerrado en alguna institución, nos hacemos los distraídos para no oírlo maullar”... Ver Butler, *Erewhon*, pág. 220, traducción de Preteceille, editorial Sempere, Valencia.

Una edad hay, sin embargo, en que la capacidad de replantear las cosas es posible; una edad en la cual la vida intelectual tiene algo de cacería y de aventura, de exploración y de riesgo. Para los adolescentes, la vida sólo tiene sabor cuando se la vive en la "tempestad y en la osadía". Entre el niño recién nacido, horriblemente conservador, y el adolescente heterodoxo y revolucionario, ¿qué ha podido ocurrir para encontrar de un extremo a otro una tan opuesta actitud ante la vida? Un hecho extraordinario que se llama *la conquista de la propia personalidad*. Se teme la sorpresa y se la huye cuanto menos confianza se tenga en sí mismo; se la domina y se la busca cuanto más aplomados en la vida nos sabemos. Para plantear un problema y resolverlo con el estricto criterio de la verdad, ajeno en absoluto a nuestros temores y a nuestras creencias, a nuestras simpatías o a nuestros odios, es preciso que la vida mental realice el esfuerzo extraordinario de acallar todo lo que en nosotros hay de turbulentamente humano. La verdad sólo es accesible a los que saben olvidarse de sí mismo (24), es decir, a los que encontrándose de pronto ante un problema nuevo están dispuestos a sacrificarle la tibieza del propio sosiego. En esa marcha apasionante, hundida en la carne el espolón del asombro, ni una sola flaqueza empaña con sus temores la recta persecución de la verdad. ¡Qué importan las creencias que se derrumban y las angustias que les siguen, si la propia excitación del acecho y la aventura procura goces intelectuales difíciles de concebir para quien nunca los probó jamás!

No temer la sorpresa, cultivar el asombro es el indicio más seguro de la juventud mental. Una educación que diera a la vida intelectual el sentido de la más bella aventura, disminuiría en buena parte los dolores que engendran los miedos insensatos. Y si en algún momento fué necesaria y urgente esa manera de encarar la educación, es precisamente ahora. En la historia del mundo alternan los períodos de inquietud y de reposo. Epocas hay en las cuales el ritmo parece retardarse: una suave molicie se extiende entonces por el mundo y una impresión de estancamiento pone en todas las almas sus tonos opacos. Otras, en cambio, en las cuales la lenta labor

de muchos siglos se despeña de pronto en un ritmo triunfal. Vivimos, amigas mías, en la madrugada de una fecha ilustre. El movimiento de emancipación del hombre que desde el Renacimiento comenzó a acelerarse, ha adquirido en nuestros días ese ritmo creciente de los períodos triunfales. Nuevos ideales de justicia inflaman los corazones; nuevos ideales de verdad guían la marcha de las inteligencias. Lo quieran ustedes o nó, la vida las llevará a plantearse problemas que las abuelas ni siquiera sospecharon. Para no tomar más que un ejemplo, limitado y casi minúsculo, todas las preocupaciones de la política las inquietarán a breve plazo. Desconfíen de sí mismas las que vuelven la cara con desgano; aquellas sobre todo que se anticipan ya a decir que "no son cosas de mujeres"... En la actitud aparentemente reflexiva, sólo hay un temor de lo nuevo, un deseo de huír ante lo desconocido.

Si el aprecio de ustedes que me trajo hasta aquí me autorizara a la enorme responsabilidad de aconsejar, yo las invitaría como resumen y corolario de esta charla, a acercarse a escuchar las nuevas voces del mundo. Porque sólo después de haber vencido al malestar de la sorpresa, somos recién capaces de escapar a la tragedia de las almas tímidas: la de tener que apoyarse en un pasado que ya no se respeta por temor de un futuro que no se tiene el coraje de aceptar.

Análisis de Libros y Revistas

ARDOINO MARTINI. — *La personalidad de Goethe.* — Editorial C. L. E. S. de Rosario. 180 x 140 mm. 128 pág. rúst. 1932.

El Colegio Libre de Estudios Superiores de Rosario, asociándose a la celebración del centenario goethiano acaba de editar el Goethe de Ardoino Martini, cuyo contenido corresponde a las conferencias pronunciadas en Agosto - Septiembre 1931 bajo su auspicio. Inaugura al mismo tiempo con éste su primer volumen, las publicaciones de su Biblioteca.

La fuerte personalidad de Goethe no podía menos que encadenar a sí la atención de cuantos se inclinaron sobre su vida y su obra, y el universo goethiano es por eso fuente inspiradora de una literatura ya copiosísima. El trabajo de Martini, bien intencionado y mejor informado, aspira a exponer a plena luz la personalidad del poeta, en toda su admirable unidad moral, intelectual y pasional.

La primera conferencia, "Su formación", encadena una serie de datos biográficos que destacan las influencias espirituales recibidas a lo largo de la vida, y los nombres de Wieland, Shakespeare, Klopstock, Herder, Merk y Weimar se vinculan al de Goethe para explicar la significación de sus contactos.

La segunda conferencia, "Su plenitud", continúa en este aspecto la orientación de la primera. Anádese aquí un análisis crítico de sus obras, detenido en el "Fausto", y una interpretación personal del arte y la lírica goethianos.

"Su síntesis espiritual y su universalidad", constituye el tema de la tercera conferencia, y bajo este tema es abordada la interpretación del sentido de la obra goethiana y su contenido humano, el sentido universal de su vida y de su personalidad, su mundo emocional, y su actitud ante la vida, el arte y la humanidad. "Realízase en su espíritu la hermosa conjunción de arte y sabiduría, y su virtud más alta fué el poder de síntesis que poseyó en grado sumo".

"La universalidad de Goethe no estriba únicamente en su inmensa cultura, que abarca todas las esferas del conocimiento, ni tampoco en la relación activa que mantuvo viviente con los más grandes hombres de su tiempo, ni en las ideas que expresó en sendas ocasiones acerca de una literatura mundial. Universal es la actitud de su espíritu frente a los problemas más arduos de la vida, del arte y de la humanidad". — *Julia Laurencena.*

JOSE INGENIEROS. *Crónicas de viaje*. Editor Rosso. Buenos Aires.

El volumen quinto de las "Obras Completas" de José Ingenieros nos saca del ambiente estrictamente científico que constituían los libros anteriores, para llevarnos a los espacios abiertos de la literatura y del arte. Es sabido que en las primeras ediciones, la obra única que aparece hoy bajo el nombre de "Crónicas de Viaje" se presentó al público español en dos simpáticos volúmenes de la famosa biblioteca Sempere con los títulos de "Al margen de la ciencia" e "Italia, en la ciencia, en la vida y en el arte". Años después, Ingenieros realizó una edición conjunta conservando el título primero, y mucho tiempo después lo reimprimió con el nombre de "Crónicas de Viaje", que lo hizo popular.

De acuerdo a sus costumbres, en cada nueva edición modificaba bastante el texto de la anterior. De donde resulta que si el libro se rejuvenecía de modo innegable, perdía también en igual medida su fisonomía originaria. El editor de las "Obras Completas" ha reproducido con buen criterio el texto de la última edición, advirtiendo con algunas notas oportunas las modificaciones que ha creído más considerables.

En este libro, de innegable interés para un conocimiento íntimo de Ingenieros, se perciben de una manera clarísima las dos influencias literarias más intensas que sufrió en su juventud: la de Nietzsche y la de D'Annunzio. El egotismo triunfante del primero, y la exuberancia verbal del segundo asoman vuelta a vuelta, y nos hacen llegar hasta nosotros un eco de aquel ambiente de los alrededores del 1900, tan lejano ya para el hombre de nuestros días, que cuesta no poco imaginarlo.

Como en las páginas de este volumen alternan la producción científica con la evocación literaria, resulta más instructivo el contraste entre los dos aspectos de Ingenieros: el hombre de ciencia, sobrio y austero, de una claridad ejemplar, y el hombre de letras, recargado y fastuoso, de buen gusto no siempre impecable. El mismo Ingenieros, con la sonrisa burlona que le era de tal modo personal, confesó al reeditarlos por última vez que no se reconocía en muchas de esas páginas. Pero esa misma confesión aumenta el valor, en cierto modo autobiográfico del libro, pues nos presenta al hombre con su rica personalidad luchando todavía por encontrarse plenamente.

Desde el punto de vista literario, "El elogio de la risa" nos parece la más hermosa página del libro; desde el punto de vista científico, "Un cónclave de psicólogos", la más densa y doctrinaria.

A continuación de este volumen se anuncia para muy en breve un libro inédito en castellano: "El lenguaje musical", obra de psicología clínica que mereció en su época la más alta distinción de la Academia de Medicina de París, y que constituyó, en cierto modo, la iniciación de una nueva rama de la medicina: la psicopatología del lenguaje musical. — *Lucas Godoy.*

ERNESTO SCHNEIDER. — *El psicoanálisis y la pedagogía*. Traducción del alemán por José Salgado. Editorial Espasa - Calpe S. A. Ediciones de La Lectura. 190 x 120 mm. 141 pág. rúst. Madrid. 1930.

Este trabajo del Dr Schneider procedente de una serie de conferencias pronunciadas en los Cursos Rein de vacaciones de la Universidad de Jena, es una buena introducción a los estudios psicoanalíticos en sus relaciones con la educación, es decir, en tanto estos puedan contribuir a despejar situaciones pedagógicas difíciles. Por la abundante presentación de casos en los que se realizan prácticamente las bases del método psicoanalítico, fácil es al lector imponerse de sus fundamentos y sus fines.

La situación pedagógica a que se alude, es casi siempre el resultado de una dificultad de origen inconsciente: dificultad de mantener la disciplina, dificultad de recordar cierto tipo de lecciones, de pronunciar ciertas letras, de efectuar operaciones aritméticas exactas, etc. El psicoanálisis es en esencia el método para desentrañar la causa de esas dificultades. lo que es decir ya, que es también el método para eliminarlas.

Porque esa causa fué, naturalmente, desagradable ha sido lanzada fuera de los límites de lo consciente, en donde se mantiene gracias a una continua repulsa, a un rechazo que le impide aflorar a la conciencia. Esta resistencia es el obstáculo que se debe vencer para llegar hasta ella, y Freud dá precisamente el nombre de *inconsciente* a lo que se recuerda únicamente después de vencer una resistencia, a diferencia del *preconsciente* que se reproduce sin encontrar obstáculos.

Ante un caso a observar, la primera actitud es hacer que el individuo se coloque mentalmente en la situación en que la dificultad se presenta y se abandone enseguida al curso de sus ocurrencias mentales que deben ser explícitamente confesadas y ajenas a toda selección o análisis crítico.

El observador ordena luego estas ocurrencias, y tarde o temprano sorprende la conexión de la dificultad con un asunto de fuerte tono desagradable que se repetiría cada vez si subiera a la conciencia. No recordar lo que está tan estrechamente ligado al complejo desalojado, es una forma de mantenerlo bajo el umbral de la conciencia.

Pero a su vez el complejo rechazado reitera constantemente su pedido de salida, estrellándose cada vez contra el obstáculo insalvable. En este conflicto irresuelto, la imposibilidad de realización para el complejo repulsado origina el fenómeno de la pesadumbre de conciencia; y esa angustia, esa opresión, esa zozobra, es lo único que de él puede subir a la conciencia. Tendencia por un lado y obstáculo por otro, deseo y veto, ejecución y repulsa, las dos caras del conflicto se enfrentan en lucha tenáz y sólo la derrota de una de ellas podrá traer la solución.

El complejo arrinconado es temido porque pesa sobre él la amenaza de una situación desagradable, un *castigo*, en caso de subir a la conciencia; revístese así con el carácter de lo prohibido, de la culpa, y se acompaña de la angustia de sentirse culpable, lo que importa de por sí un conflicto de conciencia.

Estos conflictos psíquicos que no han podido encontrar solución algu-

na, constituyen el inconsciente, y la investigación psicoanalítica llega a la conclusión de que el inconsciente está formado en modo principal, de conflictos infantiles ocurridos en un período de edad anterior a los sesiete años.

La exposición clara que Schneider hace del material psicoanalítico, va integrándose a través de sus análisis de situaciones pedagógicas difíciles; y el libro se completa con una exposición del plano del organismo psíquico esbozado por Freud y con algunas consideraciones sobre "el campo de validez del psicoanálisis en la pedagogía".

No ha olvidado Schneider incluir una lista copiosa de obras psicoanalíticas para maestros, y ha hecho bien porque seguramente la importancia que la aplicación del método puede tener en la escuela, depende en gran parte de su conocimiento profundo y su interpretación inteligente, ya que tal vez sólo así resulte defendida la posibilidad de librarse de las ingenuidades que ni el mismo Freud ha sabido evitar en su entusiasmo. —
Julia Laurencena.

R. GRIGORIEVA. *Diario de una maestra. Apuntes de la vida escolar en Rusia.* Traducción directa del ruso por Piedad de Salas de Lifchuz. Editorial Cenit. S. A. Madrid. 130 x 190 mm. 258 pág. rúst. 1931.

El problema de la escuela modernísima no podía dejar de ser abordado en Rusia, donde la renovación de todos los aspectos de la vida y sus valores, está dirigida a crear una vida mejor en un orden nuevo. Con los cimientos de los locales nuevos, adaptados y confortables, se han echado también los de los nuevos métodos, y el sueño de los reformadores que anhelaron la escuela como un laboratorio en pequeño de la vida, es ya brillante realidad en marcha. Muéstralo así el *Diario de una maestra*, que es el diario de la maestra rusa, porque la escuela que R. Grigorieva describe en su narración plástica, hilvanada en diálogos juguetones, es la actual escuela revolucionaria de la U. R. S. S.

Sorprende de entrada, la organización, el ambiente de camaradería, el papel responsable del niño, el trabajo a conciencia de la maestra, y su actitud sincera de perplejidad o de acción, según las circunstancias. El trabajo está organizado bajo el régimen de gobierno autónomo que dá a cada niño una situación responsable. Los temas "complejos" — el asunto que sirve de tema se vincula a todas las materias de la enseñanza — son abordados por grupos de niños que se constituyen libremente y cuya composición varía según el tipo y el sentido del trabajo propuesto. Exploraciones y viajes, así sólo sean a otra calle u otro barrio, sacan al chico de la escuela para el desarrollo de sus temas, y mientras por un lado aparece la oportunidad de iluminar mil motivos de ciencias naturales, vincúlase por otro con la geografía viva: situación de la ciudad, sus alrededores; actuación de los hombres en su creación y conservación, organización de la vida urbana; es decir, se aborda conjuntamente el estudio

de la naturaleza, el trabajo del hombre y la sociedad, mediante un material vivo de índole técnica y social.

El niño se impone de la magnitud del esfuerzo colectivo; codease, al buscar datos e informes, con las cosas de la vida; por todos los medios se le procura el reconocimiento de su situación responsable, de su papel productor en la vida. La Rusia nueva quiere formar el "ciudadano del Universo" y para ello cada niño debe ser iniciado en la interpretación del esfuerzo que se afianza y se plasma ante sus ojos; pero el estudio del propio país debe hacerse en forma "centrífuga" fundiéndose con el conocimiento del mundo, ya que el mundo es el solar patrio de ese ciudadano.

Tarea nada fácil por cierto, pues frente al "gran ambiente" de renovación, el pequeño ambiente familiar imprime todavía, con colores emocionales, sobre el alma fresca del niño, sus dogmas cotidianos; y es una verdad grande que los chicos se "instruyen" en la escuela, pero "viven" en sus casas. Sólo puede educárselos para la vida por medio de la vida; y he aquí que cuando esto se intenta, hasta los niños mismos, en elocuente reacción contra la escuela tradicional, se niegan a mezclar su vida en ella. Educarlos para la vida por medio de la vida y en contra de la vida... Grigorieva duda a veces de las propias fuerzas, y está pronta para hacérselle carne la impotente desesperación que servía a Ellen Key para comparar al reformador pedagógico con un hombre que fuese obligado a derribar un bosque con un solo cortaplumas.

Sin embargo, el "gran ambiente" no permite estas desesperaciones, y aunque reconoce que aún nada hay hecho en materia de "rezagados" y "difíciles", que no se ha observado suficientemente la posibilidad de la coeducación, ni el problema de los "abandonados", cada maestro está en su puesto como un vigía psicólogo y un camarada comprensivo.

Cuántas veces aún, a pesar de esto, muchas conversaciones y problemas son aplazados para "luego" porque se presiente las dificultades que encierran o se aguarda el momento oportuno del ánimo del niño; y cuántas veces, cuando la vida se adelanta con la explicación casi brutal: "¿para qué voy a esperar que maduren aquellas premisas científicas si la vida y el ambiente influyen en la formación de la mentalidad infantil sin pasar por esas premisas, abusando de la experiencia cotidiana del niño? ¿Qué me aconsejan los dictados infalibles de la sabiduría pedagógica?"

La vida escolar es tan múltiple y rica en problemas, que es imposible preverlos todos; el "no saber qué hacer" puede ser una actitud frecuente hasta en un gran maestro de verdad. ¿Qué maestro sincero no ha de encontrar en los de Olga Martinovna sus problemas?

Y todo el libro no es sino un encadenamiento de problemas. Matizado aquí y allá con algún detalle de psicología aplicada, como el que destaca la ineficacia de las encuestas frente a la mina de oro de los dibujos y las composiciones para conocer el interés infantil; valorado por el trazado exacto del carácter de cada personita: Klava, una burguesita avinagrada; el malévolo Ludvik; la orgullosa Aneta; la piadosa Pelagufyushka; Trifón, el sectario piadoso; Mapka, el golfo risueño; Devy, el estudioso concienzudo; destacando aquí el interés de las reuniones semanales

de padres y maestros; más allá la innovación del "rincón vivo", donde los niños crían ardillas, ratoncitos, pájaros, peces, ranas, tortugas, conejos; el libro de R. Grigorieva, ameno, matizado, logra bien la impresión de que esa escuela, toda ella, es un "rincón vivo". Libro de afirmación, y con un fondo tan grande de bondad, que supone para el maestro lector una fuente copiosa de impulsos generosos. — *Julia Laurencena.*

GINA LOMBROSO. *La tragedia del progreso.* Prólogo de Guillermo Ferrero. Traducción de Salvador Quemades. Biblioteca de Ideas y Estudios Contemporáneos. 1 tomo de 385 páginas. 195 x 130 mm. M. Aguilar, editor. Madrid, 1932.

Con gran acopio de citas, datos, referencias y números, sostiene su tesis Gina Lombroso: Múltiples factores impidieron, hasta fines del siglo XVII y comienzos del XIX, el desarrollo del maquinismo. Es necesario contar entre los más importantes, la distinta orientación de las viejas civilizaciones. China, Egipto, Grecia y Roma, aunque poseyeron hombres capaces de descubrir leyes científicas y aplicarlas llegado el caso, se guardaron de hacerlo: temían la utilización de la máquina que podría influir gravemente sobre la conquista de la perfección moral, que aceptaban como fin de la existencia humana. También contrario a la máquina fué el cristianismo: El ideal del bienestar material no hallaba eco en la Edad Media; el fin supremo de la vida era preparar una existencia ulterior, en el cielo. El cristianismo buscó diferenciar el hombre de la bestia, subyugando los sentidos hasta transformar su dolor en alegría, gozando de sus sufrimientos como de los bienes más reales. Si los chinos, griegos y romanos fueron contrarios al industrialismo por razones morales, el cristianismo lo fué por motivos sentimentales. La Edad Media se defendió contra toda innovación que perturbara la fijeza de la vida, indispensable al desarrollo del idealismo y de la imaginación.

Por otra parte, las condiciones sociales anteriores al siglo XIX, no favorecían el desarrollo de la máquina. El desdén hacia el "mercenario", la falta de libertad, de vías de comunicación, de escuelas, la población demasiado diseminada, la escasez de oro y plata, impedían aquel desarrollo. La era maquinista nace entre 1780 y 1800, cuando Inglaterra se encuentra ser, gracias a la conjunción de múltiples circunstancias, único amo de un inmenso mercado, al que debía proveer de productos industriales. El oro de América, que de España y Portugal pasaba al resto de Europa, poniéndola en condiciones de comprar; la independencia de los Estados Unidos, que les permitió duplicar sus exportaciones de materias primas y minerales; la anulación de la competencia holandesa; el estallido de la Revolución Francesa que impidió por varios años la entrada de Francia en la lucha industrial, al mismo tiempo que ratificaba la nueva orientación, cortando las trabas feudales que impedían su arraigo; la eliminación, por medio del monopolio, de la concurrencia de la India, pusieron entre las manos de Inglaterra la clientela del mundo entero. Inglaterra

aprovechó inteligentemente las circunstancias. Se produjo una rápida movilización industrial: hombres, mujeres y niños fueron forzados al trabajo, los inventos se multiplicaron. Todo lo hizo Inglaterra para satisfacer los pedidos de mercancías manufacturadas de su enorme clientela.

Nació así el industrialismo moderno y el mito del maquinismo o sea su identificación con la felicidad. El centro de las aspiraciones no fué ya la perfección moral, social e intelectual, que buscaban los chinos, griegos o romanos. La nueva existencia se caracterizó por la persecución de bienes materiales, satisfacción de intereses egoístas, movilidad de las clases, lujo, sensualidad.

Los inconvenientes no tardaron en presentarse. No es verdad que la industria crea riqueza. Esta creencia errónea, proviene de que la gran industria sólo puede prosperar en países que posean gran capital, pues necesita instalaciones costosas, vías de comunicación, Bancos y otras organizaciones necesarias. Pero si sólo puede nacer en países ricos, no puede exportar sus productos más que a países pobres y atrasados, que explota y empobrece cada vez más. Asia, Africa y América saben algo de eso. Durante el siglo XIX, todas las grandes potencias se han aplicado a la conquista colonial siguiendo siempre el mismo método e instaurando el mismo régimen: exploración, conquista permanente, proclamación de la soberanía, impuestos muy pesados. La gran industria no puede vivir sin la exacción de las colonias, pues necesita materia prima a precio vil; necesita gobiernos dictatoriales, expediciones de castigo, hambres, epidemias y luchas.

A cambio de todo eso, ¿qué dió el industrialismo? A pesar de las ilusiones que crearon las máquinas, no ha disminuído el costo de la vida; por el contrario, aumentó. No aumentó el descanso; lo disminuyó. Piénsese en el paro, inherente al maquinismo y que constituye, por lo tanto, un problema insoluble y cada vez más grave. Rebajamiento del nivel intelectual, decadencia de los principios morales, falta de idealismo, exaltación de la vida sensual, anulación de la personalidad, "standardización", tedio... tal es el saldo del industrialismo. — *Rafael Rio.*

HUGO CALZETTI. — Biología y Educación. — Publicación de Extensión Universitaria No. 19. — Instituto Social de la Universidad Nacional del Litoral. Folleto de 46 páginas. 225 x 155. Imprenta de la Universidad. 1932.

Relaciones entre la Biología y la Pedagogía, exposición de viejos y nuevos principios de ambas ciencias, las inspiraciones de la nueva escuela, son los temas que desarrolla Hugo Calzetti en esta conferencia. Juan Bautista Lamarck, en su "Filosofía Zoológica" (1809), infunde nueva vida al viejo concepto de la evolución, indicando su mecanismo en el uso y desuso de los órganos, que originan la adquisición de nuevos caracteres, y la transmisión de estos caracteres en virtud de la herencia. Resis-

tido tenazmente en su tiempo, este concepto fué recogido por Darwin quien, fundando la teoría evolucionista en las ideas de lucha por la vida y selección natural, con su consecuencia: progreso de la especie y adaptación cada vez más completa a las condiciones del medio, lo impone en Biología.

El darwinismo, gracias, sobre todo a Spencer, influyó inmediatamente todo el campo de los conocimientos humanos, y reinó mucho tiempo en la filosofía y en la ciencia; pero de las teorías darwinistas queda ahora incólume el principio de la evolución; la hipótesis acerca de las causas motoras de esta evolución: influencias mecánicas externas, son consideradas insuficientes para explicarla.

El vitalismo trata de encontrar otras causas, internas, psíquicas. El individuo no sería ya un esclavo del medio, sino que trata de conformarlo a sus necesidades, utilizarlo para sus fines. La vida no es un proceso de adaptación sino de creación constante, de superación de este mismo medio.

Como todas las demás ciencias, la Pedagogía fué imbuída de darwinismo. El resultado es la escuela de ahora, que ent'ende por misión la de crear hombre "aptos para la vida". La escuela de hoy es la escuela de la adaptación. Educar, así, significa preparar para un determinado tipo de vida, para la vida tal como es en la actualidad; Italia y Rusia ofrecen un ejemplo palpitante al acentuar este caracter en sus sistemas de educación, diversamente orientados en sus fines políticos pero iguales en sus métodos.

Sin embargo, la idea de superación, que se abrió paso en Biología, ya había sido claramente expuesta por Kant, refiriéndose a los sistemas educativos mucho antes de que la Biología comenzara a desarrollarse como ciencia: "No se debe educar a los niños conforme al estado presente, sino conforme a un estado mejor, posible en lo futuro, de la especie humana", decía el filósofo de Koënigsberg. Esta es la idea que inspira la Pedagogía moderna. La educación se considera, según esta Pedagogía, como un proceso de perfeccionamiento contínuo y su fin es la preparación de una vida mejor. Como primera consecuencia didáctica, — y la más importante — de esta nueva concepción, los intereses individuales del niño adquieren primacía sobre los intereses sociales del adulto.

Si se admite que la educación tiene por fin crear una sociedad mejor, no es necesario, sin embargo, postular el tipo de sociedad a que quiere llegarse; se trata de educar, de elevar el nivel de vida al elevar el nivel de la cultura; se trata de formar hombres, hombres completos, equilibrados, cultos, y no de formar buenos ciudadanos, ni padres de familia o profesionales.

Y aunque la escuela persigue la superación de la sociedad presente, ello no le impide valerse de las instituciones actuales, ya que trabaja, no con criterio formalista, sino inspirándose en la realidad, no para imitarla, sino empleándola como instrumento, como materia experimental. En contraposición al viejo lema spenceriano: "escuela para la vida", el lema de la educación moderna podría ser: "escuela como la vida, para una vida superior".

Algunos pensadores, teniendo en vista justamente los principios de la escuela nueva, atienden en primer término a lo vital o biológico, posponiendo al segundo plano lo intelectual o técnico; sin embargo conviene tener en cuenta que vida e inteligencia se presuponen mutuamente y deben desarrollarse en armonía. Y mientras el biólogo trata de inquirir las causas de la evolución, el educador se propone aprovecharlos para hacerlos servir al desarrollo de una nueva y superior cultura. — R. R.

AUGUSTO BUNGE. — *“El continente rojo”*. Biblioteca del Colegio Libre de Estudios Superiores. Un tomo de 304 págs. 200 x 145. Editorial L. J. Rosso. Talleres Gráficos Argentinos, Buenos Aires, 1932.

El doctor Augusto Bunge ha reunido en este volumen las magníficas conferencias que dictó en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES sobre la Revolución Rusa. Precede a la obra la siguiente declaración:

“El mundo todo (el mundo que piensa y aspira), sigue con atención e interés crecientes, la obra de economía planeada integral, ensayo de dirección consciente de la historia que se desarrolla en el Continente Soviético, después de haber acogido su anuncio como el engendro insensato de una megalomanía cesárea. Atestigua el interés general, la abundante y variada literatura de fondo o simplemente informativa, sobre todo en los países más cultos y económicamente más avanzados: Inglaterra, Estados Unidos, Alemania. Economistas, educacionistas, sociólogos, escritores, entre los más reputados, han sido atraídos al estudio sobre el terreno, teórico y práctico, de la economía soviética y la vida en general, tal como se está desarrollando en este vasto y heterogéneo complejo de naciones y culturas.

De esa literatura, lo mejor o más fundamental no ha sido traducido sino por excepción a idiomas difundidos entre el grueso público argentino. La búsqueda de la verdad sobre la unión soviética — la verdad inevitablemente subjetiva pero honesta y bien informada — es muy difícil sino imposible, sin dominar el inglés o el alemán.

He querido comunicar las nociones y las impresiones generales recogidas en largas lecturas activas de la literatura en cuatro idiomas que me ha sido accesible; lo de más fondo, hallado sólo por accidente en nuestras librerías, en su mayor parte directamente encargado por un instituto oficial.

Créí poder resumir lo más esencial en curso de cinco conferencias en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES. Al desarrollarlo advertí el error del marco demasiado estrecho que me trazara. Fueron necesarias seis, dos de ellas de un largo excesivo. Sin embargo, debí omitir algunos aspectos de alto interés, por la impresión directamente recibida del cultísimo auditorio en el curso de las exposiciones, de que la claridad requería mayor desarrollo de otros más capitales. He agregado esos puntos a la versión taquigráfica, fielmente recogida con esfuerzo casi

heróico por los señores Roberto C. Barcia y Vicente J. Capellano, porque al revisarlo noté que eran indispensables para coordinar un texto leído y evitar serias lagunas de información o comentario en los aspectos encarados.

Los agregados han permitido un reordenamiento de la materia de una de las conferencias, tratando por separado la organización económica soviética, y han ampliado considerablemente éste y el último capítulo.

No se me escapan los posibles defectos de la doble forma alternante, hablada y escrita, y menos, los de la forma improvisada de la exposición oral. Me han decidido a aceptar su edición tal cual en libro, numerosos pedidos, en su mayoría de universitarios que han seguido las conferencias.

He dejado las repeticiones y recapitulaciones inevitables en exposiciones orales distanciadas en el tiempo, porque suprimirlas habría equivocado a rehacer el trabajo.

Reivindico para este trabajo la asiduidad, la autenticidad de primera mano de las citas, un criterio de severa selección informativa, y la falta de toda tendencia que no sea el amor a la verdad y al progreso social. He basado las críticas principalmente en las de los mismos bolcheviques; los hechos favorables y los elogios, en cambio, son recogidos de escritores no bolcheviques, de preferencia de autores científicos de reputación internacional que han investigado a fondo ese nuevo mundo en construcción, como los profesores de economía Dobb, inglés; Hoover, norteamericano y Pollock, alemán.

He buscado así la verdad, esto es: *mi* verdad de hoy. Es la que presento.

La ilustración de la carátula es inspirada por la fotografía de uno de los titulados "carteles" pretendidos "subversivos", que la policía del gobierno de *facto* dijo haber encontrado en las oficinas de la sociedad "Yuyamtorg", y cuyos originales no figuran en el sumario. La traducción de todos los textos de las fotografías, hecha por traductor público, demuestra que son carátulas e ilustraciones de revistas, y propaganda por el plan quinquenal. He considerado el dibujo utilizado simbólico de la obra de forja de un continente".